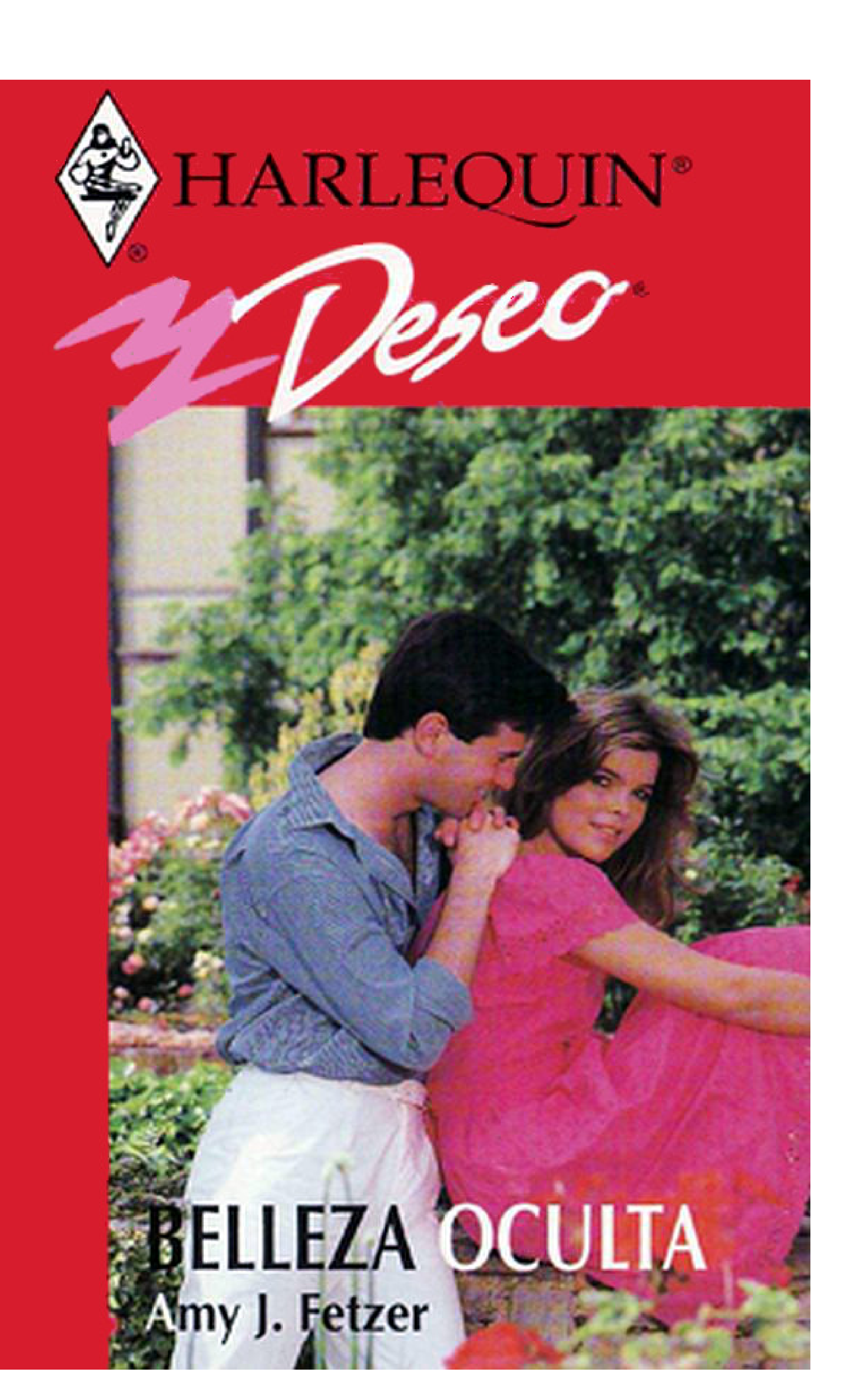


HARLEQUIN®
Deseo®
BELLEZA OCULTA
Amy J. Fetzer

Como si de un cuento de reyes y sirvientes se tratara, Laura Cambridge empezó a trabajar de niñera del hijo secreto de Richard Blackthorne. Los rumores sobre aquel hombre que vivía como un recluso no hicieron mella en la joven; su propia experiencia le había demostrado que la mayoría de las veces las personas no eran lo que parecían. Pero en el caso de Richard, su corazón estaba tan herido como su rostro…

Él se sentía como un niño al que se le ofrece un caramelo pero no se le deja probarlo… pero no había perdido del todo la esperanza. A pesar de todo, quizás podría cautivar a aquella diosa de ojos verdes…



Amy J. Fetzer

Belleza oculta

Deseo - 1074

(Esposas de alquiler- 3)

ePub r1.0

LDS 14.12.16

Título original: *Taming the Beast*
Amy J. Fetzer, 2001
Traducción: Alicia Díaz Booth
Publicado originalmente: Boon Desire
2-in-1
(MD2) - 36) - 90 / Silhouette Desire (SD) - 1361
Protagonistas: Richard Blackthorne y Laura Cambridge
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Laura Cambridge miró el castillo de piedra gris y se preguntó qué encontraría dentro. ¿Al Príncipe Encantador o al dragón?

Probablemente al dragón, si había algo de verdad en los rumores que los lugareños habían compartido durante el viaje en barco a la pequeña isla. Se preguntó si Richard Blackthorne sabía cuánto lo temían, mientras sus ojos recorrían los arcos de las ventanas, las almenas y la torre. Laura sólo vio la soledad que embargaba todo.

—Señora —dijo el taxista deteniéndose ante la mansión—. ¿Está segura de que viene «aquí»?

—Oh, sí, estoy segura, señor Pinkney —replicó sin mirarlo. ¿Por qué todos los habitantes del diminuto pueblo de la isla le preguntaban lo mismo, como si se enfrentara a una ejecución? Blackthorne no era más que un hombre.

—El señor Blackthorne no es exactamente amistoso, ¿sabe?

—No es extraño, si todo el mundo actúa como si les hubiera pegado un mordisco —lo miró, arqueando una ceja. Él enrojeció levemente.

—De algún sitio habrá salido la idea —farfulló él, saliendo del coche para sacar sus maletas. Laura lo siguió por los empinados escalones que llevaban a la puerta delantera.

La habían contratado para ayudar a una niña de cuatro años, la hija de Richard Blackthorne, a acostumbrarse a vivir allí. A vivir con un recluso, un hombre encerrado en un castillo y aislado de todo contacto humano. Iba a ser un trabajo duro, se había enterado por el cotilleo de que en los últimos cuatro años nadie había puesto

el pie en la casa, excepto para entregar provisiones. Sentía pena por la niña; acababa de perder a su madre y no conocía a su padre. Laura había llegado antes para acostumbrarse al entorno.

El señor Pinkney dejó las bolsas en el suelo. Ella se volvió para pagarle y lo vio escribir en un pedazo de papel. Cuando le entregó el dinero, él le dio el papel.

—Aquí tiene mi número. Si necesita que la saque de aquí, o algo, llámeme.

—No es un monstruo, señor Pinkney —dijo ella, conmovida por el innecesario gesto.

—Sí, señora, lo es. Grita y gruñe a cualquiera que pone el pie en su terreno; hizo picadillo al chico que entrega el pedido del supermercado. No quiero ni pensar en lo que la haría a usted —cuando Laura lo miró con determinación, el señor Pinkney suspiró—. Hace años un hombre diseñó y construyó esta casa para su futura esposa, que quería vivir como una princesa. Hizo que trajeran cada piedra del interior, algunas incluso de Inglaterra e Irlanda. Ella murió antes de que estuviera acabada, y antes de casarse.

—Lo dice como si creyera que está maldita o hechizada —comentó Laura, pensando que era una historia muy triste.

El señor Pinkney, sin contestar, miró la doble hoja de madera de la puerta como si fuera la entrada de una cueva. Laura se sonrió y alzó la aldaba de bronce, era una cabeza de dragón. «Bueno, señor Blackthorne, si quiere mantener a la gente alejada de aquí, está haciéndolo muy bien», pensó, dejando caer la aldaba.

—Adelante —se oyó por el intercomunicador. Era una voz profunda y arenosa, una especie de rugido ronco y estremecedor.

—¿Ve lo que quería decir? —dijo Pinkney.

—Bobadas —replicó ella con firmeza, abrió la puerta y entró. Una lámpara encendida, sobre una mesita de madera tallada, creaba sombras en el vestíbulo. Ella dejó el bolso y el maletín en el suelo, se volvió y vio al señor Pinkney meter las bolsas apresuradamente y retirarse hacia la entrada. Laura encendió la luz y el vestíbulo se iluminó. El dio un respingo y retrocedió aún más.

—Llámeme, ya lo sabe —dijo él, con pronunciado acento sureño. Esa actitud, de temor y desprecio hacia un hombre al que ni siquiera conocía, hizo que Laura deseara defender al señor

Blackthorne.

—No será necesario —dijo, cerrando la puerta con un suspiro. Le dio un vuelco el corazón cuando la luz se apagó y una sombra apareció en la parte superior de la curvada escalinata.

—¿Señor Blackthorne?

—Obviamente —llegó su voz rasposa.

—Hola, soy…

—Laura Cambridge, ya lo sé —cortó él—. Treinta años recién cumplidos, licenciada por la Universidad de Carolina del Sur, nacida en Charleston, fue miss Carolina del Sur, miss Condado de Jasper y miss Festival de las Gambas —su voz tenía un tono de sorna y superioridad, que a ella la molestó—. ¿Se me olvida algo?

—Por ejemplo que fui adjunta del Ministerio de Asuntos Exteriores y profesora de la embajada, y que soy lingüista y hablo italiano, farsi y gaélico.

—Pero ¿sabe cocinar? —preguntó él en gaélico impecable.

—No estaría aquí si no supiera —se cruzó de brazos y miró la sombra del hombre, la lámpara sólo permitía ver la impecable raya de sus pantalones oscuros. Tenía una mano en la barandilla, y la luz se reflejaba en un sello de oro que llevaba en el dedo—. ¿Hay una página web sobre mí que yo desconozca? —inquirió ella.

—Las telecomunicaciones son un gran recurso.

—Ya, bueno. No hace falta que me hable de qué talla de sujetador uso, ni del día que perdí los pompones bajo las gradas del estadio de fútbol con Grady Benson.

—¿Fue eso lo único que perdió? —Gruñó él.

—Búsquelo en Internet —espetó, irritada porque supiera tanto sobre ella. Laura sólo sabía de él que estaba recluido desde que un accidente lo desfiguró, que era divorciado y que en un par de días recibiría a una hija a la que no conocía. Agarró las bolsas y se enfrentó a él—. ¿Dónde está mi habitación?

—En el segundo piso. Deje el equipaje y sígame.

Laura dejó todo menos el bolso y el maletín y lo siguió escaleras arriba. El mantenía unos escalones de distancia, siempre en la oscuridad. Sólo podía ver la silueta de sus hombros, anchos y rectos, en una prístina camisa blanca. Su paso era suave, casi elegante.

—Aquí —dijo, se detuvo ante una puerta, la abrió y siguió

andando.

—¿Y la habitación de su hija?

—Al otro lado del pasillo —replicó él, a mitad de un segundo tramo de escaleras—. Haré que le suban las maletas.

—Creí que vivía solo.

—Hay un guardés que vive en la casita que hay detrás de ésta, y los lunes viene una sirvienta.

—¿No cree que deberíamos discutir la llegada de su hija? —gritó ella, al ver que no se detenía.

—Llegará dentro de dos días. Vaya a buscarla al barco —subía cada escalón pausadamente, y Laura se preguntó si le resultaba doloroso.

—¿No vendrá conmigo?

—Para eso la he contratado, señorita Cambridge.

—No puede pretender que yo me haga cargo… —En lo alto de las escaleras una puerta se cerró de un golpe—. Bueno, eso ha sido muy provechoso —dijo ella, acercándose a las escaleras y mirando hacia arriba. Sólo se veía un vestíbulo y una puerta de madera. No comprendía su indiferencia; su hija, Kelly, sólo tenía cuatro años. Se preguntó si no se dejaba ver por vanidad o si realmente estaba muy desfigurado. En cualquier caso, la preocupaba Kelly, así que cuadró los hombros, subió y llamó a la puerta.

—Creo que debemos hablar, señor Blackthorne. Ahora —no hubo respuesta—. Le aviso que puedo ser muy persistente si me empeño.

—Váyase, señorita Cambridge. Yo la llamaré cuando y si la necesito.

—Por supuesto, «su señoría», qué estupidez haber pensado que le importa su única hija —contestó ácidamente. Era bruto, maleducado y grosero, se merecía un puñetazo por hablar así a una mujer.

Laura volvió a su habitación, entró y se quedó boquiabierta. Sería un dragón, pero tenía un gusto exquisito. La alfombra, las cortinas e incluso los marcos de los cuadros armonizaban perfectamente, con una gama de colores sensual y al tiempo relajante. En una esquina había una cama con dosel, con edredón de plumas y varios almohadones en tonos borgoña, gris claro y blanco. Cerca de la puerta había un escritorio estilo Reina Ana con

un ordenador, ante la chimenea un grupo de delicado mobiliario femenino, y en un mirador formado por tres ventanas un banco acolchado muy acogedor. A la izquierda había un enorme vestidor que no podía ni soñar con llenar, aunque le hubiera encantado hacerlo, y un moderno baño, con la bañera más grande que había visto en su vida. Dejó el bolso y el maletín sobre la cama, cruzó el pasillo y fue al dormitorio de Kelly.

Se quedó paralizada. Parecía que el dinero no era problema para Richard Blackthorne. La habitación era de ensueño: una fantasía en rosa y verde menta con una casa de muñecas victoriana, montones de juguetes nuevos y una cama situada en ángulo, cubierta con medio dosel del que colgaban cortinas transparentes atadas con lazos de satén. Laura recordó el cuento de *La princesa y el guisante*, la cama era tan alta que la niña tendría que usar una escalerilla de dos peldaños para subir. Inspeccionó el armario y los cajones y descubrió que estaban llenos de ropa de tres tallas distintas. Comprendió que él realmente no sabía nada de su hija pero que, aun así, había pensado en todo. Volvió a su habitación y sacó la carpeta que Katherine Davenport, dueña de Esposas a Domicilio, le había entregado dos días antes.

El rostro de una niña de pelo oscuro, sonrisa dulce y ojos azules como un cielo estival, la miró desde la foto. Con un suspiro, se sentó en el banco del mirador y abrió la cortina. Se veía la costa del interior y otras islas que salpicaban esa zona de la costa sur de Carolina del Sur. El viento de octubre azotaba la playa y los altos hierbajos se movían como hojas de palma en el trópico. Las olas lamían y oscurecían la arena, el cielo estaba gris plomizo y cargado de humedad. Melancólico. El mejor momento para acurrucarse con un libro y soñar. Se preguntó con qué soñaba una niña pequeña, en especial una niña que había perdido a su madre y tenía que trasladarse a una isla solitaria con un padre cuya existencia desconocía.

Laura pensó que soñaría con un príncipe que la protegiera, no con un dragón que echaba fuego por la boca si alguien osaba entrar en su cueva.

* * *

Richard apoyó la espalda contra la puerta y cerró los ojos, tenía su imagen grabada en la mente y no podía borrarla. Era la mujer más bella que había visto en su vida; de esas que atraían las miradas, hacían que los hombres tropezaran y provocaban envidia en las mujeres. Sólo mirar sus ojos verdes jade hacía que le escociera cada cicatriz. Era como enseñarle un caramelo a un hombre muerto de hambre; ofrecérselo e impedir que lo probara.

Apenas podía tolerar su presencia allí, en su casa, su santuario. Saber que estaba cerca lo volvería loco. Deseó estrangular a Katherine Davenport por enviarle a una fémina tan exquisita. ¿No sabía Kat que no había estado cerca de una mujer desde el accidente? Hasta esa mañana, ni siquiera le había dicho su nombre, sólo que estaba cualificada. No había podido investigar su pasado a conciencia y, aunque descubrió que había ganado varios concursos de belleza, no había visto fotos; parecía que no deseaba mostrar su bello rostro al mundo. Él tenía una buena razón para no hacerlo, pero se preguntó cuál sería la de ella.

Seguía siendo preciosa con treinta años. Maldijo para sí. Había especificado claramente los requisitos que esperaba en la niñera: maternal, fuerte, suficientemente saludable como para correr tras una niña de cuatro años, y que se hiciera totalmente responsable de Kelly. No podía permitir que la niña lo viera nunca. Echaría a correr, y él no podría soportar eso de nuevo. La gente lo rechazaba por su desfiguración y no estaba dispuesto a asustar a una criatura.

Kelly. Richard apretó los puños. Una niña cuya existencia había ignorado hasta hacía dos semanas, cuando su mujer murió. Sólo servía para ocuparse de su propia hija cuando no quedaba otra opción. Maldijo a Andrea una y otra vez por no haberle dicho que estaba embarazada cuando lo abandonó. Hubiera deseado saberlo cuatro años antes, para tener algo a lo que aferrarse mientras sufría en un mundo de quirófanos y rehabilitación, y se enfrentaba a la cruda realidad: su desgarrado cuerpo nunca volvería a ser el mismo.

Fue hacia el teléfono y pulsó una tecla con furia.

—Esposas a Domicilio. Katherine Davenport al habla.

—Maldita sea, Kat, es una belleza —asombrosa y exótica, pensó para sí, recordando cada curva de su cuerpo enfundado en el traje blanco.

—Así que has salido de tu guarida lo suficiente como para mirar,

¿no?

—¿Por qué me has hecho esto?

—Laura es una de las mujeres más cariñosas que conozco —soltó un suspiro—. No lo he hecho por ti, sino por Kelly. A Laura le encantan los niños y tiene experiencia. Tiene las calificaciones que pediste: buena educación, capaz de charlar con un crío y, además, divertida y creativa. Dale una oportunidad.

—No tengo opción. Kelly llega en dos días.

—Funcionará, Richard.

—Encuentra a otra persona, inmediatamente. No la quiero aquí.

—Andrea debería haberte hablado de Kelly —dijo Katherine con voz fría y cortante—. En eso estoy de acuerdo contigo. Cuando me dijo que te había abandonado porque te habías vuelto frío y mezquino, no lo creí. Ahora veo que tenía razón —concluyó. Richard se sintió como si lo hubiera abofeteado.

—Andrea se marchó porque no podía soportar las repercusiones del accidente. Quería que fuera el mismo de antes, en mi aspecto y en mi personalidad. Eso no iba a ocurrir. No ocurrirá nunca —inhaló con fuerza—. Encuentra a otra persona —colgó el teléfono sin despedirse.

Rodeó el escritorio, se dejó caer en la silla de cuero y la giró para mirar por la ventana. El sol pugnaba por asomarse entre las nubes. Richard hizo un esfuerzo para alejar sus recuerdos del accidente, del dolor y de la reacción de Andrea cuando le quitaron los vendajes. Horror y repugnancia. Siempre creyó que Andrea estaría siempre con él, y lo dejó anonadado que se marchara. Debió imaginárselo cuando ella se negó a compartir su cama y a dejar que la tocara. Notaba su repulsión cada vez que se acercaba. La última vez que había disfrutado del placer de amar a una mujer fue la noche anterior al accidente. Y ahora tenía en su casa a una mujer que, diez años antes, había sido considerada la más bella del estado. Su belleza aún cortaba la respiración.

—Señor Blackthorne —la voz, delicada y sureña, hizo que le diera un vuelco el corazón.

—He dicho que yo la llamaría…

—Eh, según recuerdo, mi puesto de trabajo exige que cuide de su hija, no de usted. Así que puede llamar y exigir cuanto quiera, milord…

—Pago su salario.

—Y, ¿qué? —dijo Laura. Él arqueó una ceja y se volvió hacia la puerta—. ¿No le enseñó su madre que es una grosería interrumpir a una señorita?

—¿No aprendió usted diplomacia en el Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Sí, pero esto no es territorio extranjero, y no puede solicitar inmunidad diplomática.

—¿Qué quiere? —preguntó Richard, reclinándose en la silla e intentando contener la sonrisa.

—Ajá, llegó la negociación —dijo ella triunfal—. A no ser que esa insulsa comida de la nevera y el congelador sea su idea de una dieta equilibrada, creo que tendré que planificar el menú yo.

—Perfecto. Encargue lo que quiera.

Laura suspiró y dejó caer la cabeza, pensando que era un nombre muy difícil. Agitó la bandeja para que se oyera el ruido de la porcelana.

—¿Oye eso? Son platos, con comida —dijo con voz sugerente.

—Déjela en la puerta.

—¿Perdone? —Laura parpadeó.

—Estoy seguro de que me ha oído, señorita Cambridge, la puerta no es tan espesa.

—Parece que su cabeza sí —murmuró ella.

—Déjela en el suelo y váyase —ordenó. Laura dejó la bandeja y miró la puerta con furia, empeñada en sacarlo de su cueva.

—Creo que lo vamos a llevar muy mal, señor Blackthorne.

—Sólo si rompe las reglas.

—¿Y cuáles son?

—Se las enviaré por correo electrónico.

—Vaya, eso es de lo más aséptico.

—Es la única manera —musitó él en voz baja cuando oyó sus pasos en la escalera. Se frotó la frente, rozando las cicatrices, soltó una maldición y se puso en pie. Rechinó los dientes, preguntándose cómo iba a sobrevivir con esa preciosa y deslenguada mujer paseándose por la casa.

* * *

Laura fregó los platos con furia. Le daba igual que se quedara encerrado y solitario, pero ¿qué ocurriría con Kelly? No podía permitir que una niña que esperaba ver a su papá percibiera la exclusión instantánea que Richard Blackthorne expresaba con unas pocas palabras; rechazaba todo contacto. Pensó que ella se ocuparía de eso.

Puso una lavadora y decidió investigar la casa. Sus zapatillas rechinaron en el suelo cuando recorrió los amplios pasillos, decorados con objetos medievales: una armadura, escudos y al menos tres espadas. Estaba claro que no le faltaba el dinero, pensó, echando una breve ojeada a las habitaciones y fijándose en un jarrón tan delicado que daba la impresión de que se rompería con mirarlo.

Entró en el salón, aunque pensó que podría ser el estudio o la sala de estar. Había pasado por un par de habitaciones cerradas con llave, y supuso que el señor Blackthorne no quería que nadie entrara en ellas. Tardaría días en investigar todos los recovecos, aunque estaba claro que la planta superior estaba prohibida. Abrió las puertas del patio y el viento húmedo y cálido acarició su rostro. Respiró profundamente, notando el sabor salado del aire, cerró las puertas y bajó hacia la playa corriendo. Sus pies se clavaron en la arena, abrió los brazos de par en par y se echó a reír. «Bueno, esto no está tan mal». Miró hacia la casa, el castillo en la colina. Era un lugar de ensueño y, evidentemente, el elegido por Richard Blackthorne para ocultarse del mundo.

No era extraño que lo temieran y murmuraran sobre él. La mansión se erguía sobre el pueblo como la de un señor feudal, rodeada por un muro de piedra de dos metros de altura, y el mar era el foso. Un lugar pacífico y perfecto. Miró a la torre más alta de la mansión y vio una figura en la ventana, el blanco de la camisa contra las cortinas oscuras, que desapareció inmediatamente.

Un solitario príncipe dragón, pensó, que no deseaba que lo rescataran.

Capítulo 2

«Debería haber hecho un pedido», pensó Laura mientras llenaba el carro de la compra. Todos estaban pendientes de ella, y algunos hombres, demasiado jóvenes para ella, la miraban casi con obscenidad. Les dedicó una dulce sonrisa, la que usaba para derretir a los jueces en los concursos, y soltó una risita sádica.

Revisó la lista y se dirigió hacia la caja. «Ahora llega el momento», pensó, viendo que todos se acercaban lentamente, como gatos al acecho. La cajera la miraba expectante, aunque había mucha gente en la cola, los clientes la miraban con descaro. Era lógico que Blackthorne nunca saliera de su casa. ¿Qué había sido de la hospitalidad sureña?

—Es nueva aquí —dijo la cajera, una rubia que llevaba unos pendientes demasiado grandes y mascaba chicle de modo muy poco femenino.

—Sí. Es una isla preciosa —replicó ella.

—¿Está en el castillo que hay en el cabo?

—Soy la niñera del señor Blackthorne —explicó.

—¡Niñera! —exclamaron varias personas al unísono. Laura los miró a los ojos, uno a uno.

—El señor Blackthorne espera la llegada de su hija, y yo estoy aquí para cuidarla.

—Oh, pobre niña —exclamó una señora mayor.

—¿Por qué? —preguntó Laura, conociendo la respuesta.

—Tener un hombre tan horrible como padre.

—¿Conoce usted al señor Blackthorne?

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo puede saber cómo es? —preguntó, esperando que su rostro fuera la pura imagen de la inocencia.

—No sale de ese sitio —replicó la cajera—. No lo hemos visto en cuatro años, ni siquiera Dewey lo ha visto de cerca, y vive allí.

Laura supuso que Dewey era el guardés que aún no conocía.

—Está… está desfigurado —tartamudeó el chaval que guardaba la compra en bolsas.

—Si no lo has visto, ¿cómo lo sabes? —El chico se encogió de hombros como si fuera obvio, aunque nadie había visto a Blackthorne—. No veo que importancia puede tener su aspecto —dijo ella, intentando controlar su genio. La molestaba profundamente que se diera prioridad a la apariencia; era algo que sufría continuamente, aunque por las razones opuestas. Las mujeres no le ofrecían su amistad, imaginando que se creería superior a ellas. Los hombres se esforzaban en impresionarla, para acostarse con ella o llevarla del brazo y lucirla en una reunión social como si fuera un trofeo; no una persona. Ni siquiera su prometido había visto más allá del bello rostro que Dios le había dado. Parecía que nadie quería ver más allá de las cicatrices de Blackthorne.

Se le hizo un nudo en el estómago y sintió cólera. Deseó proteger a ese hombre al que no conocía también a sí misma.

—Cargue esto a su cuenta y que lo lleven a casa —dijo, y se marchó, consciente de los ojos que se clavaban en su espalda. En vez de regresar en taxi, volvió paseando por el pueblo, para calmarse. Pero la asolaron los recuerdos de su infancia, cuando su madre la obligaba a aparecer en anuncios de televisión y en concursos que sólo provocaban maledicencia. Siempre lo odió. Cuando creció, decidió elegir ella misma los concursos adecuados. Era una postura hipócrita, pero quería ir a la universidad y necesitaba el dinero de los premios.

Miró los escaparates, los cuidados porches y a los turistas e isleños que paseaban y hacían sus compras. Había dos viejos sentados junto al muelle, contándose historias y tallando madera; a juzgar por las virutas que había a sus pies, era un ritual diario. Sonrió al recordar a su abuelo en la mecedora tallando animales de madera para que ella y sus hermanos jugaran; no había dinero para más. «Placeres sencillos para una vida sencilla», decía siempre su

abuelo, y el recuerdo de su cariño le levantó el ánimo.

Inhaló con fuerza la fresca brisa marina. En octubre hacía calor cuando el sol estaba alto, pero era temporada de huracanes, llovía a menudo y el aire era húmedo y frío. Se abrazó la cintura y aceleró el paso. Pronto salió del pueblo y tomó la carretera que llevaba a la casa.

Entró y puso la cafetera. Cuando se frotaba los brazos para entrar en calor oyó a alguien cortando leña. Frunció el ceño, se acercó a la puerta trasera y apartó la cortina. Todo lo que tenía de mujer se removió en su interior al ver la musculosa espalda desnuda de un hombre que alzaba un hacha y partía un tronco de un golpe.

Blackthorne. Era un hombre magnífico. Sólo llevaba unos vaqueros y botas. Lo veía de perfil y, obviamente, era el lado que no tenía cicatrices, pero su rostro tenía rasgos definidos y aristocráticos. Su cabello oscuro ondeaba al viento, demasiado largo y desaliñado. Él colocó otro tronco y los músculos de sus brazos se hincharon cuando golpeó con el hacha, casi partiendo el tronco. Cortó dos más, e hizo una pausa, apoyando el hacha en el tocón. Al oírlo hablar comprendió que no estaba solo y se acercó a la ventana. Había un hombre mayor sentado en un banco, jugueteando con una navaja. Debía ser Dewey Halette y, aparentemente, además de guardes era amigo de Blackthorne, quizá el único.

Dewey dijo algo y sus rasgos se arrugaron como una manzana vieja. Llevaba una camiseta que ceñía su estómago y las rodillas de sus vaqueros estaban blancas por el desgaste. Sus ojos fueron de un hombre a otro; Blackthorne, como si supiera que estaba allí, siguió de espaldas. Vio unas brillantes cicatrices, como cortes de daga, que marcaban sus costillas. Debió ser algo muy doloroso, pensó, preguntándose cómo habría sido el accidente. De repente, él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, y la sorprendió la profundidad y calidez del sonido. La alegró que no fuera totalmente ajeno a los placeres de la vida y controló su deseo de unirse a ellos. Si él quisiera que lo viese, se habría acercado.

Blackthorne dijo algo, Dewey se sonrojó y, con una sonrisa, se puso en pie y colocó un montón de troncos a sus pies. Él los partió uno tras otro mientras Dewey los recogía y apilaba. De pronto, Dewey se detuvo y la miró. Ella le devolvió la mirada. Blackthorne

dejó el hacha y agarró una sudadera con capucha.

—Perdón —dijo ella, saliendo—. No tenía intención de molestar.

—Pues lo hizo —dijo Blackthorne de espaldas a ella, poniéndose la sudadera.

—Lo siento, me iré a otro sitio.

—No. —Richard suspiró, deseando darse la vuelta y mirarla a los ojos—. No puedo permitir que se sienta como si tuviera que evitar los lugares donde estoy yo.

—Pero eso es lo que pretende, ¿no? Preferiría que no estuviera aquí —vio que él se tensaba—. Lo menos que podemos hacer es ser honestos el uno con el otro, señor Blackthorne.

—Sí, es cierto. —Richard apretó los labios—. Admito que me disgusta no poder pasear libremente por mi casa.

—No tiene por qué esconderse.

—No me escondo. He elegido esta forma de vida, señorita Cambridge; en los últimos cuatro años he comprendido que es la mejor.

—La más fácil, quiere decir.

—No tiene nada de fácil.

—¿Y qué me dice de su hija? Espera a su papi y necesita que la consuelen. Ha perdido a su madre, por Dios santo.

Richard sintió una opresión en el pecho al imaginarse el dolor de Kelly, y deseó con toda el alma poder consolarla.

—Por eso la contraté, señorita Cambridge.

—¿Es que ni siquiera le importa?

Se puso rígido. ¿Importarle? No podía explicarle que cuando se enteró de que tenía una hija sólo había sentido rabia y cólera hacia la madre de Kelly por abandonarlo sabiendo que estaba embarazada, por no darle la oportunidad de conocer a su hija. Su amor por su esposa desapareció cuando ella lo rechazó y lo sentenció a esa prisión. No podía olvidar el pasado.

—Sí, me importa, pero perdóneme si la paternidad no me ilusiona. Aún no me he acostumbrado a la idea —dijo, yendo hacia el garaje.

—Pues vaya acostumbrándose —espetó ella a su espalda—. Llegará pasado mañana, deseando verlo. ¿Cómo quiere que le explique que su padre no quiere conocerla?

—Dígale la verdad, señorita Cambridge —gritó él sin dejar de

andar—. Su padre no quiere provocarle pesadillas.

Ella se quedó sin habla y cuando la recuperó él había desaparecido. Se volvió hacia Dewey.

—Eso no ha ido nada bien, ¿verdad?

Dewey la estudió lentamente, evaluando y juzgando de una mirada. Su expresión era inescrutable y no reflejó el resultado.

—No, señora —respondió él.

—Soy Laura Cambridge.

—Eso dijo el señor Blackthorne.

—¿Qué más le dijo?

Con rostro impasible, Dewey se volvió y comenzó a apilar los troncos entre dos árboles. El montón medía al menos nueve metros de ancho y uno y medio de altura. Probablemente necesitaban la leña por si se iba la luz en las tormentas. La casa de piedra debía ser fría y húmeda.

—Todos los del pueblo piensan cosas horribles de él, pero usted ya lo sabe, ¿verdad? —dijo ella, admirándolo por guardar los secretos del señor Blackthorne, aunque tuviera que mentir para ello. Dewey colocó unos troncos en el montón—. ¿Puede al menos explicarme su rutina diaria para que no volvamos a pelearnos?

—No —dijo Dewey mirándola fijamente.

—¿Perdone? —Ella abrió los ojos de par en par.

—El señor Blackthorne hace lo que quiere, señora, y si vuelve a encontrarse con él, supongo que tendrá que apañarse como pueda.

—Oh, es usted una gran ayuda —abrió los brazos y los dejó caer —. Prefiere verlo encerrado como un topo en este palacio… —señaló el castillo—… ¿o que conozca a su hija?

Él no contestó y se puso a cortar leña. Laura comprendió que no le sacaría nada. Aun así, le puso una mano en el hombro.

—No me iré de aquí hasta que sepa que Kelly recibirá buenos cuidados y toneladas de amor —farfulló, alargando las palabras y exagerando su acento sureño—. ¿Me oye, señor Halette?

—Sí, señora —un brillo divertido relampagueó en sus ojos—. Llámeme Dewey, señora.

—Laura —accedió ella, se volvió hacia la casa y añadió—. Van a traerme un pedido, y llegarán pronto. Si quiere seguir con su embuste, sospecho que más le vale borrar esa sonrisa de su rostro.

—Sí, señora. —Dewey parpadeó, luchando por contener una

sonrisa aún mayor.

* * *

El dulce aroma del horno inundó la casa, y con él llegó un coro de risas. Decidió bajar, utilizando la antigua escalera de servicio, que llevaba años tapiada. Un laberinto de pasadizos se escondía tras las paredes; los corredores eran empinados y estrechos. No los había utilizado desde que los descubrió y sintió cierta vergüenza al hacerlo. Pero había gente en su casa y hacía años que sólo él y Dewey la recorrían. Ahora ella estaba allí, cocinando. Verla era tan tentador como el olor a chocolate horneado, pero sobre todo lo atrajo su risa, limpia, fresca y feliz. Algo en Laura Cambridge tocaba su corazón. Ella lo desafiaba y se rebelaba, y él ansiaba hablarle, empujarla hasta el límite, pero sabía que todo estaría perdido si veía su rostro. Su hija dependía de Laura.

Se detuvo al final del corredor y oprimió el resorte, sujetando la pared para que no se abriera del todo. Ella estaba ante el horno, sacando una bandeja de galletas. Era una escena doméstica, que no había conocido con Andrea, pero lo sorprendió aún más ver a tres personas sentadas alrededor de la mesa. Laura les llevó un plato de galletas y se las ofreció. Invitados en su casa, por primera vez. Deseó enfadarse, deseó que se fueran porque no podía unirse a ellos. Verla hablar tan animadamente solo consiguió que su aislamiento fuera más agónico y amargo.

Maldijo para sí ante su belleza; los tres hombres la escuchaban embobados. Cuando fue a meter otra bandeja de galletas al horno, todos ladearon la cabeza para mirarle el trasero. Él se preguntó si estaban allí para ver la casa, verlo a él o para verla a ella.

—Es una casa bastante grande —dijo el adolescente que solía llevar los pedidos.

—Sí, no se acaba nunca —comentó ella, dejando caer cucharadas de masa en otra bandeja.

—Da miedo —dijo uno de los hombres.

—A mí me encanta. Es grande e impresionante. Y la piedra rezuma historia de todo el mundo.

Richard, se apoyó en la pared, recordando que él había pensado

lo mismo cuando la vio.

—¿Ya lo ha visto? —preguntó el otro hombre.

—Claro.

—¿Es… es horrible?

Richard inmóvil, esperó la respuesta.

—A mí no me lo pareció.

Ni mentía ni daba información, y Richard se preguntó por qué actuaba así.

—Entonces, ¿por qué se esconde?

—Es un hombre solitario, y quizás sea porque no se le ha recibido bien y… —hizo una pausa, volvió la cabeza para mirarlos, con una chispa de pasión en los ojos—. Os aviso que si una sola persona hace un comentario insultante a su hija, bueno…, digamos que mi abuelito me enseñó a disparar un fusil y a despellejar las piezas cazadas.

Richard se tragó una carcajada y los invitados sonrieron, sin saber si ella hablaba en serio. Segundos después, le agradecieron el café, le dijeron que llamara si necesitaba algo y se marcharon.

Laura cerró la puerta, volvió a la encimera, y comenzó a distribuir el resto de la masa. No conocía a ningún niño al que no le gustaran las galletas de chocolate, y esperaba que Kelly no fuera una excepción. Quería que la niña se sintiera bienvenida en la oscura casa.

De repente, percibió que no estaba sola y alzó los ojos. Lo vio, encajado entre la esquina y la puerta abierta de la despensa, una ancha sombra y unos vaqueros ajustados que contorneaban su figura hasta las caderas. Se preguntó cómo había llegar allí sin que lo viera.

—Me gustaría creer que lo atrajo la receta de mi abuelita, pero no soy tan tonta.

—Lista y guapa.

—¿Quiere una galleta? —Laura se erizó de rabia, preguntándose por qué todo el mundo mencionaba su cara en los diez primeros segundos de conversación.

—No, gracias.

—¿Es la única persona a la que no le gustan las galletas de chocolate?

—No.

—Ah, no quiere salir a la luz. ¿Qué otras cosas se niega por permanecer en la oscuridad, señor Blackthorne? —Lanzó una galleta en su dirección, y la mano de él la cazó al vuelo. El brazo volvió a la oscuridad—. ¿Y qué le negará a Kelly?

—Las pesadillas, señorita Cambridge.

—Llámeme Laura. Creo que sólo se engaña a sí mismo.

—No sabes nada de mí, reina de la belleza —se mofó él, sarcástico.

—Tienes razón, no sé nada —golpeó el mostrador con la espátula—. Ni tú de mí…, bestia —se volvió hacia la encimera y pulsó el temporizador del horno. Apretó los ojos, intentando olvidar. Ser «reina de la belleza» le había servido de bien poco; ni siquiera había sido capaz de retener a su prometido.

—Laura. —Richard se preguntó por qué parecía tan dolida. El nombre sonó como un gruñido profundo, como un trago de *whisky*, y Laura lo paladeó, percibiendo una compasión que no deseaba. Los hombres, la gente, se fijaba en su rostro, era natural. Y Richard era un hombre. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Lo siento —le dijo—. Eso ha sido muy cruel.

—Te has enfadado. —Richard había oído cosas mucho peores, y la pulla no lo había afectado en absoluto—. Dime por qué.

—No es nada —replicó ella, colocando las galletas en una lata y tapándolas.

—Mentirosa.

—Volvemos a insultarnos, ¿eh? —Chasqueó la lengua, fue hacia la nevera y sacó carne y verduras. No se conocían lo suficiente para que le contara su pasado, ni sus problemas. Tenía mejores cosas que hacer. Puso la carne a marinar y peló y cortó las verduras consciente de su mirada, sentía su calor como si estuviera junto a un fuego—. Estás observándome.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo noto.

—¿Y qué sientes? —inquirió él.

Laura se quedó quieta. Sus palabras le sonaron íntimas, casi como si las hubiera pronunciado en un momento de pasión y se le aceleró el corazón.

—Casi una invasión —echó las verduras en un cuenco—. Y no me gusta.

—Eres una mujer como para caerse de espaldas, Laura. ¿Qué hombre no te miraría hasta saciarse? Debes estar acostumbrada.

—Sí. Sé muy bien cuánto valora la gente el físico —murmuró ella.

—Yo también —comentó él con amargura.

—Bueno, entonces ya tenemos algo en común —sacó la última bandeja de galletas del horno y se volvió. Se había ido, percibió su ausencia como si un viento helado le azotara el rostro.

—Eso tampoco me gusta nada, señor Blackthorne —gritó con fuerza. No hubo respuesta, pero no la esperaba. Richard Blackthorne hacía lo que le venía en gana y el resto del mundo le importaba poco.

* * *

Richard bajó por la escalera de servicio para llevar la bandeja de la cena a la cocina. Aclaró los platos, los metió en el lavavajillas y se comió una de las galletas que había en un plato sobre la mesa. Atravesó el comedor camino de la biblioteca, pero percibió una corriente de aire. Frunció el ceño, entró en el salón y se quedó paralizado. Todos sus músculos se tensaron al verla en la oscuridad. El ventanal estaba abierto y ella, de pie en el porche, apoyaba las manos en la barandilla. Una bata de gasa verde ondeaba a su espalda como el estandarte de un caballero y tenía el rostro alzado hacia el cielo oscuro. El viento jugueteaba con su cabello cobrizo. Más allá, el mar se estrellaba contra la playa. A Richard le pareció que veía a un ángel.

—¿No es fantástico? —preguntó ella. Él se quedó callado, sintiéndose atrapado en su propia casa—. ¿No crees? —insistió ella, girándose ligeramente hacia él.

—¿Te gusta este tiempo? —preguntó Richard, sabiendo que ella no podía verlo.

—Es mi tiempo preferido. —Laura miró de nuevo el mar. A lo lejos destellaban relámpagos—. Tormentas, truenos y lluvia torrencial.

Richard comprendió que se había dado la vuelta para que pudiera acercarse, o irse, sin que lo viera. El gesto lo emocionó y, al

mismo tiempo, lo intranquilizó. ¿Y si de repente encendía la luz y se ponía a gritar? Aun así, no pudo resistir la tentación de acercarse. Salió al balcón y se apoyó contra el ventanal.

—Gracias por la cena —ella se la había dejado en la puerta, sobre una mesita.

—De nada. No tienes por qué comer allí arriba solo.

—¿Sugieres que comamos como gente civilizada?

—¿Por qué no?

—Creo que sabes la respuesta.

—¿Y qué le voy a decir a Kelly? «Lo siento, perdiste a tu madre y en realidad no tienes padre, sólo un benefactor».

—Dile lo que creas conveniente —dijo él dolido.

—Sé que te importa, Blackthorne. He visto su dormitorio.

—Que no quiera que me vea no implica que no desee que esté cómoda aquí. ¿No lo entiendes? Es una niña. Un vistazo a lo que queda de mi cara y tendrá pesadillas durante una semana —negó con la cabeza—. Prefiero evitarnos eso a los dos.

Laura se acercó y notó que se ponía rígido y se cruzaba de brazos. Era una postura tan defensiva que supo que no podía llegar a él, al menos en ese momento.

—¿De veras crees que una niña se conformará con las migajas?

—Te tendrá a ti.

—Soy una desconocida —susurró ella.

—Yo también.

—Eres un hombre imposible —exclamó Laura con frustración, apretando los puños.

—Quiero protegerla —dijo él, tras un silencio.

—Evitar que te conozca no es la manera.

—¿Eres una autoridad en niños? —preguntó él, con tono incrédulo.

—Tengo experiencia.

—¿En serio?

—No te gusta que la gente te vea desfigurado, y te escondes —dijo ella deseando darle una patada—. Pero tú eres igual. Ves lo que quieres, Blackthorne. No tengo hijos, pero desearía tenerlos. Fui profesora en la embajada durante años y estudié psicología infantil, eso debería servir para algo. Además, soy la mayor de cinco hermanos. ¿Te vale con eso? —Enfadada, se apartó de la barandilla

para entrar, pero él la agarró del brazo y la atrajo hacia el ventanal.

—Sí, me vale. Laura se quedó sin aliento. Era un hombre enorme; sus dedos le rodeaban el brazo por completo y se sintió completamente inmersa en su presencia. Su aroma varonil y el peligro de estar con él envuelta en sombras la enredó como una cuerda de seda. Sintió la fuerza de sus piernas y el calor de su cuerpo. Era demasiado misterioso y demasiado embriagador.

Sin embargo, no era su soledad ni su amargura lo que la atraía. Era el hombre: el que había sufrido y sobrevivido, el que no permitía que nadie se le acercara, el que protegía a los demás al tiempo que se protegía a sí mismo. Vio la sombra de su cabeza inclinarse y supo que deseaba besarla. Casi deseó que lo hiciera.

—Hueles a… libertad —susurró él, mientras cada célula de su cuerpo le gritaba que era un hombre y ella una mujer cálida y bella.

A pesar de que Laura oyó campanas de alarma en su cabeza, aunque sabía que estaba allí, disponible, y que probablemente era el primer contacto físico que Richard Blackthorne tenía en años, no pudo resistirse al deseo de tocarlo; alzó la mano y la puso sobre su pecho.

El inhaló con fuerza y se apartó, adquiriendo conciencia de lo que estaba haciendo.

—No quiero tu compasión, y esto está mal —dijo, apartándola. Laura se tambaleó y él se adentró en la casa, de vuelta a su cueva.

Ella deseó decirle que en ese momento, en sus brazos, compasión era lo último que había sentido. Lo último de lo último.

Capítulo 3

Era un tonto. Estúpido como el que más.

Estaba claro que no había aprendido nada cuando su mujer lo abandonó, o no habría tocado a Laura. Sentado ante el escritorio, de espaldas al amanecer, Richard tecleó, cometió media docena de errores y apartó el teclado. Se recostó en la silla de cuero, cerró los ojos y volvió a sentir la impronta de su cuerpo contra el suyo, la suave y dulce femineidad que deseaba explorar.

Cualquier hombre lo desearía. Su cuerpo era curvilíneo y sensual, y su forma de andar era como para volverse loco. No sólo había sido estúpido tocarla, pensar en ello iba a desquiciarlo del todo. Sacudió la cabeza. Soportarlo iba a ser mucho más difícil de lo que había pensado.

Se recordó que era la niñera. Una empleada. Se puso en pie y fue a la ventana. De empleada nada, era el sueño de cualquier hombre. Y pasaría mucho tiempo allí, tentándolo.

Richard miró la playa. Delicadas huellas marcaban la arena y supo que eran de Laura. Se preguntó si llevaría a Kelly de paseo a buscar caracolas, y si la niña sería feliz allí. ¿Le gustaría su dormitorio, o se sentiría abrumada y temerosa? Las preguntas martillearon su cerebro y tuvo que reconocer que no tenía ni idea de cómo educar a una criatura de cuatro años. Pero Kelly era lo único que le quedaba en el mundo, y haría cuanto pudiera por ella, le ofrecería todo. «Menos a ti mismo», resonó la voz de su conciencia, y lo asoló el remordimiento. Lo preocupaba traumatizar a una niña inocente e impresionable.

Laura sería perfecta de momento; era una mujer encantadora y sospechó que Kelly disfrutaría por fin; llevaba semanas pasando de mano en mano, desde que su madre se mató. Ni él ni Andrea tenían familia. Un policía lo había informado de la muerte de su mujer; cinco días después, un notario, ejecutor del testamento de Andrea, le comunicó que tenía una hija. Katherine Davenport, siguiendo sus instrucciones, había rescatado a la niña del Departamento de Acogida de Menores, había buscado una niñera y organizado todo para que se reuniera con él.

Andrea le había ocultado que tenía una hija. Y él había tenido mucho tiempo para pensar en la mujer que conoció en un baile de caridad y con la que se casó siete años atrás. Andrea había sido una belleza, frágil como una muñeca de porcelana, pero se volvió egoísta y acaparadora; le gustaba más su estilo de vida que él. Criadas, cocineras, viajes… cuanto más le daba, más pedía. Pero cuando le dijo que quería tener hijos y dejar de viajar, ella se negó y discutieron hasta que lo convenció. Debía haberse quedado embarazada la noche anterior al accidente, en la playa. A pesar de todo, cuando él perdió el atractivo con que la había conquistado, lo abandonó. No podía reprochárselo, era una mujer débil e inmadura, y él también había cambiado, por dentro y por fuera. Se preguntó qué le habría contado de él a Kelly. Con un suspiro, volvió al ordenador, hasta que escuchó una suave voz por el intercomunicador.

—Mucho trabajo y poco alimento, convierte al señor Blackthorne en un tormento.

Richard movió la cabeza de lado a lado, sonriendo, y pulsó el botón del intercomunicador.

—¿Has cocinado? —preguntó, hambriento.

—Sí, y Dewey no puede ni con la mitad —hizo una pausa y añadió, pensativa—. Nunca he sido capaz de cocinar para menos de seis personas. Menos mal que me gustan las sobras, ¿no?

Richard se preguntó si alguna vez estaba de mal humor y agradeció que no mencionara la escena de la noche anterior. No quería que lo considerara un animal en celo, ni que le tuviera lástima. Se había comportado como un idiota, pero le hubiera gustado saber si ella sintió la misma atracción, el mismo calor que él. Ni siquiera Andrea había conseguido excitarlo así, a pesar de que

la amaba.

—Tengo hambre.

Laura deseó que no le gustara tanto su voz y no acordarse de cómo la había afectado en la oscuridad. Se había preguntado mil veces cómo podía sentir tanta atracción por un hombre al que no había visto, pero sabía que aspecto, dinero y encanto no eran nada en comparación con lo que decía un cuerpo. Y el cuerpo de Richard Blackthorne decía mucho; Laura deseó que el suyo no estuviera tan dispuesto a escucharlo.

—Te lo subiré —dijo.

—Gracias —replicó él, deseando poder bajar.

—Recibí el correo electrónico. Las «reglas».

—Supongo que tienes algo que decir al respecto —dijo él, casi viendo cómo ella fruncía los labios.

—¿Es negociable alguna?

—¿Cuál, por ejemplo?

—Esa de no subir a la tercera planta. ¿Cómo va a limpiar la asistenta?

—Conoce las reglas. Me avisa antes de subir y me voy a otra parte de la casa —explicó él.

—Ya veo —su suspiro se oyó claramente—. Esto del intercomunicador es muy impersonal.

—Así es como debe ser, Laura.

—Pero ninguna regla es irrevocable, ¿no? —dijo ella. En silencio, golpeó la pared con la frente; era un hombre muy testarudo.

—No —tras una pausa, preguntó—. ¿Qué es lo que quieres, Laura? —Su voz sonó irritada y ella se agitó como una ola. Quería que Kelly tuviera un hogar normal, pero sabía que tendría que luchar con Richard para conseguirlo.

—Oh, nada —dijo con voz dulce—. Encontraré una forma de saltarme tus reglas, te aviso. Sobre todo la de no pasear por la casa de noche. Me gusta la noche. Me gusta beber cacao en la oscuridad, mirando a las estrellas.

—Entonces aquí debes sentirte como en casa.

—Sí, así es.

Richard quería que se sintiera bienvenida; Kelly llegaba a la mañana siguiente y Katherine Davenport lo había llamado para

decirle que no podía encontrar otra niñera a tiempo. Richard creía que estaba enfadada con él y que tampoco estaba buscando a conciencia.

Minutos después llamaron a la puerta, Richard miró por la mirilla. Era una mujer persistente.

—Déjala ahí —ella le sacó la lengua a la puerta—. Un gesto encantador, señorita Cambridge —dijo con sequedad. Laura sonrió levemente y dejó la bandeja.

—Señor Blackthorne, respecto a ayer noche…

Richard gruñó para sí y golpeó suavemente el intercomunicador que había junto a la puerta.

—Hiciste mal en tocarme.

—¿Por qué?

—Eres la niñera de mi hija.

—Muy conveniente, ¿no?

—¿Qué?

—Bueno —dio un respingo al percibir su tono hiriente—, estoy aquí, soy una mujer, y…

—De muy buen ver.

—Eso no es lo que iba a decir —apretó los labios con amargura. Casi deseó estar desfigurada como él. Así al menos sabría que los hombres no la querían sólo por su aspecto.

—¿Te estás preguntando cuánto tiempo llevo sin estar con una mujer?

—¡Claro que no! —exclamó. Esa voz ronca y profunda hacía que le temblaran las rodillas.

—Mentirosa.

—Insultar es una defensa infantil —dijo ella furiosa, cruzándose de brazos y mirando la puerta.

—Perdón.

—Olvida que lo mencioné.

—Eso haré.

—Perfecto —replicó ella, pero no se fiaba. Él mantenía al mundo a distancia y, de pronto, se había agarrado a ella como si fuera el cabo salvavidas de un barco que se hundía. No podía ignorar la electricidad que había sentido, el calor que la inundó, ni la necesidad de acariciar la dureza de su enorme cuerpo. Había hecho que se sintiera pequeña, indefensa y deseada. No era algo fácil de

olvidar—. Si quieres repetir, no tienes más que dar un grito —dijo, y bajó la escalera.

Richard abrió y miró asombrado la montaña de comida: huevos, tortitas, beicon, salchichas, café, tostadas y mermelada. Iba a tener que correr un par de kilómetros de más para bajarlo todo, pero se sentó a disfrutarlo y a intentar no pensar en la mujer que lo había preparado.

Apenas tuvieron contacto durante el resto del día, y Richard esperó impaciente a que llegara la noche para disfrutar de la libertad que le daba la oscuridad. Se sentía como un vampiro; la noche era su compañera, aunque amaba el día y el sol.

Ya abajo, miró a Laura, dormida en el sofá, con un libro abierto sobre el pecho. Ladeó la cabeza para leer el título: *Los niños y el dolor*. Lo asaltó la idea de que Kelly iba a depender de ella para encontrar consuelo y que en realidad deseaba dárselo él. Ansiaba tener a su niña en brazos, leerle cuentos y verla crecer y aprender; maldijo a Andrea por no haberle permitido compartir la vida de Kelly. Comprendió, con tristeza, que iba a ser Laura la que amaría a su hija por él.

* * *

Laura esperaba impaciente cuando el barco atracó. La gente comenzó a salir y buscó con los ojos a la niña y a su acompañante. Vio una criatura preciosa, de pelo oscuro y carita de ángel, que agarraba con fuerza la mano de Katherine Davenport.

—Me alegro de que la trajeras tú —dijo, mirando a su ex compañera de estudios. Katherine bajó los ojos hacia la niña y sonrió.

—Me pareció que preferiría alguien conocido a una extraña —dijo ella. Le preguntó con la mirada cómo le iba con Richard Blackthorne. Laura no quería que adivinara lo ocurrido la noche anterior y suspiró con alivio cuando un hombre se acercó a recoger las maletas. Lo acompañó al coche que Richard le había prestado, le dio una propina y volvió con ellas.

Se puso de rodillas y sonrió a Kelly. La niña ocultó la cara en la falda de Katherine.

—Hola, soy Laura —dijo.

—Hola —apenas se oyó la voz. Katherine se apartó, obligando a Kelly a alzar el rostro. Laura se sentó en el suelo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—Ha sido una semana difícil, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, yo voy a cuidar muy bien de ti, Kelly —la niña la miró con cansancio—. Te lo prometo. Podemos jugar en la playa, montar en bici y, quizás, incluso a caballo —notó que eso animaba a la niña y continuó—. Tu papá tiene tres caballos, y creo que no hacen suficiente ejercicio, así que tendremos que ocuparnos de ellos.

—¿Has visto a mi papá?

—Sí —la esperanza de la vocecita emocionó a Laura—. Es muy agradable.

—Mamá me dijo que se hizo daño.

—Es verdad, pero ahora ya está bien —no quería asustar a la niña con detalles—. Sólo que no le gusta que lo miren.

Kelly frunció las cejas como si intentara comprender por qué no quería que lo miraran si ya estaba bien.

—Bueno, ¿estás lista para ver tu nueva casa? —Kelly asintió y mordisqueó una esquina de su jersey. Laura se lo sacó de la boca—. Habla, no puedo oír lo que piensa tu cabecita.

—Sí, señora —la niña casi sonrió.

—Te va a encantar. Es un castillo, igual que en el cuento de *La Cenicienta*.

—¿De verdad?

—De verdad. —Laura se puso en pie y le ofreció la mano. Kelly miró a Katherine, suspiró y la aceptó. Laura casi lloró de alegría—. ¿Quieres venir a casa? —le preguntó a Katherine—. Puedes tomar café y volver en el siguiente barco.

—Creo que es mejor que os vayáis conociendo. Te llamaré después, cariño.

—Eso me encantará —replicó Laura mirándola a los ojos, se acercó y susurró—. Porque este trabajo no tiene nada de temporal, y tú lo sabías.

—Necesita a la niña en su vida, Laura.

—Lo sé, pero… —Bajó los ojos y vio que Kelly las miraba con curiosidad. Intercambió una mirada con Katherine, ella sonrió y se

inclinó para besar a la niña. Kelly se aferró a su cuello y a Laura se le encogió el corazón. Debía sentirse asustada e insegura.

Katherine le dio un golpecito en la espalda, susurró que iría a visitarlas y que la quería. Kelly fue hacia Laura y sonrió con valentía. En el coche, Laura le puso el cinturón de seguridad, se sentó al volante y arrancó.

—¿Lista? —Kelly la miró con enormes ojos azules llenos de lágrimas y asintió. Laura se inclinó hacia ella y la abrazó—. Todo irá bien, cariño. Sé que tienes miedo.

—Quiero irme a casa —la niña la agarró con fuerza. Sonaba triste e indefensa.

—Voy a llevarte a una casa nueva, y será una aventura investigarlo todo. ¿No te apetece?

Kelly se encogió de hombros y Laura le acarició el pelo. Les quedaba mucho camino que recorrer. Laura se preguntó cuánto tiempo tendría que pasar allí y si alguna vez se atrevería a irse. Ya empezaba a querer a la desconsolada niña.

* * *

Cuando apareció la casa, Kelly soltó un gritito y se estiró para verla. Laura hizo que volviera a recostarse y rodeó la casa, esperando que la playa, el establo y el enorme jardín interesaran a Kelly. Y así fue, sobre todo los columpios y el tobogán que no habían estado allí el día anterior. Detuvo el coche y apagó el motor.

—Venga, ve a probarlos —la animó. Kelly abrió la puerta del coche, Laura la ayudó a bajar y la niña corrió hacia los columpios de madera. Sonrió cuando trepó al tobogán y se tiró una y otra vez, sintiéndose agotada sólo con mirar. Le encantó ver su sonrisa de felicidad y se preguntó cuánto duraría, mientras la niña probaba un columpio con forma de avión y descubría un arenero lleno de juguetes bajo el tobogán.

Dewey apareció pronto y se acercó despacio.

—Subiré sus maletas —dijo, estirando la mano para que le diera las llaves del coche—. Se parece a él —dijo con voz suave, sin moverse. Laura miró fijamente a Kelly, preguntándose cuánto se parecía a su padre.

Kelly saltó del columpio y corrió hacia ella, se paró ante Dewey y lo miró fijamente. Laura comprendió que creía que era su padre. Les presentó y vio que la niña perdía la sonrisa.

—¿Cómo está, *señorina*? —Dewey se agachó ante ella y le crujieron las rodillas.

—¿Te ha hecho daño eso? —preguntó Kelly mirando sus rodillas con los ojos de par en par.

—No, siempre hacen ese ruido.

—Mi papá se hizo daño. Mucho.

—Sí, bonita, es verdad.

—¿Lo conoces?

—Sí, claro que sí.

—¿Crees que le gustaré? —preguntó con voz temblorosa; Dewey cruzó una mirada con Laura.

—Sí, princesa. Le gustarás mucho.

—Pero ¿dónde está?

—Ahí arriba. —Dewey se estiró y miró hacia las ventanas. Kelly alzó los ojos a la casa.

Richard miró a su hija y se le hinchó el corazón de amor. La había observado mientras jugaba, tenía el pelo oscuro como él, y los ojos del mismo color. También tenía su sonrisa. Se preguntó si a Andrea le había dolido verla cada día y recordarlo a él. Kelly alzó la mano y saludó; Richard deseó bajar corriendo y tomarla en brazos, decirle que la quería y que la protegería y que se alegraba de que estuviera allí. Pero no podía hacerlo, así que se limitó a saludar con la mano.

Miró a Laura, apoyada contra el coche, de brazos cruzados, lo miraba fijamente. Era obvio que pensaba que él debía estar jugando con Kelly, y que no entendía cómo podía resistirse a una niña tan perfecta. Deseó explicarle que se moría de ganas de bajar, que quería consolarla, y que a él le dolía más que a la niña mantener la distancia.

Dewey fue hacia la casa con las bolsas. Laura le dijo algo a Kelly y cuando ella le dio la manita, sintió el deseo de golpear la ventana y aullar: «Yo debería hacer eso. Kelly es mi niña. Mía».

* * *

Laura dio la comida a Kelly antes de llevarla a su habitación, sabía que no tendría ningún interés en comer una vez viera la fantasía que su padre había creado para ella. Le explicó que dormía al otro lado del pasillo, y que podía ir a verla en cualquier momento del día o de la noche; eso pareció tranquilizarla. Mientras Laura guardaba su ropa, Kelly investigó la habitación y los juguetes, y le llamó la atención un oso de peluche con orejas y patas de satén verde menta, casi tan grande como ella. Cuando se subió a la cama y miró hacia abajo, apretó el oso contra su pecho.

—¿Tienes miedo? ¿Está demasiado alto?

—No. —Kelly la miró, miró a su alrededor con asombro y bostezó—. Es todo muy bonito.

—Lo sé. Me hubiera gustado tener un dormitorio como éste cuando era pequeña.

—¿Cómo era el tuyo?

—Era pequeño y oscuro, y lo compartía con mis hermanas —no mencionó que el techo era de hojalata y que había goteras.

—¿Hermanas?

—Tengo dos, pero ya son mayores y están casadas —explicó. Pensó para sí, con envidia, que eran más jóvenes que ella. Había estado a punto de casarse con el hombre equivocado. Un hombre que sólo la deseaba por su rostro, su figura y su gracia; le había oído contárselo al que iba a ser su padrino de bodas. Quería una «esposa trofeo», para exhibirla, y a su amante en la cama.

Laura cerró los ojos, intentando olvidar esa humillación. Paul había sido la culminación de una vida regida por la belleza. Sabía que había propiciado esa actitud al presentarse a los concursos, pero lo hizo para poder pagarse los estudios y escapar de la granja. Había creído que él la amaba por sí misma, no por su rostro, y cuando ese sueño se rompió, perdió no sólo al hombre sino también su propia autoestima. Se sintió como un pedazo de carne comprado y pagado; Paul le regalaba todo lo que una mujer podía desear. Todo excepto su amor.

—Quizás las conozcas algún día. Mi hermana Jolene tiene una niña un poquito mayor que tú —no hubo respuesta, Kelly se había dormido abrazada al osito. Sonriendo, le quitó los zapatos y la arropó. Le dio un beso en la sien, apagó las luces y salió del dormitorio. Percibió inmediatamente una presencia y miró hacia la

escalera. Podía ver sus piernas y una mano en la barandilla.

—¿Está bien?

—Sí, pero agotada, se ha dormido.

—Gracias, Laura.

—De nada. Quiere verte.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Necesita a su papá.

—Laura… por favor —el tono de su voz estaba teñido de desesperación. En ese instante, ella comprendió lo solo y aislado que se sentía; lo difícil que era para él tener dos mujeres en la casa cuando hasta entonces la había recorrido con toda libertad.

—Se siente sola y asustada. Todo es nuevo para ella, y aunque eso sea excitante, lo único que quiere es verte.

—Pues no puede. No quiero asustarla más. Y no sé nada de niñas ni de cómo educarlas. Tú sí.

—Yo no estaré aquí siempre —dijo ella, no quería discutir, y menos tan cerca de Kelly. Cruzó el pasillo, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Richard suspiró y se frotó la cara. Ella estaría allí mientras él quisiera, y sólo pensar en que se fuera lo ponía nervioso. Miró la puerta del dormitorio de su hija. No quería arriesgarse a que ninguna de ellas lo viera, pero su necesidad de ver a Kelly fue más fuerte que él. Bajó las escaleras, recorrió el pasillo y entró en la habitación. Observó a la niña dormida, parecía relajada e inocente, y era muy pequeña.

Le acarició el pelo y la mejilla. Su piel era suave y fresca al tacto. Era preciosa. Deseó tomarla en brazos y apretarla contra sí.

—¿Papi?

El sonido de esa palabra, casi le hizo llorar.

—Sí, princesa, estoy aquí. Duérmete otra vez. —Kelly se removió en la cama y Richard le tapó los hombros—. Tu papá te quiere —susurró. Entre sueños, Kelly le tocó la mano y él se puso tenso; las cicatrices de su muñeca eran muy profundas, pero ella ya estaba dormida.

No quería que Laura lo viera y estuvo a punto de utilizar el pasadizo, pero decidió que tenía derecho a pasear por su propia casa. Casi había llegado a la escalera cuando Laura abrió la puerta de golpe y salió. Él aceleró el paso, sumergiéndose en las sombras.

—Blackthorne —lo llamó suavemente. Él captó su fragancia, cálida y especiada—. Blackthorne —insistió Laura y él se detuvo.

—Estoy ignorándote. Sigo andando. ¿Es que no lo entiendes?

—Shh —corrió hacia él—. Claro que sí, soy univer-si-ta-ria y todo eso —replicó ella, recalcando cada sílaba.

—No des un paso más —gruñó él, volviéndose.

—¿Qué harías? ¿Despedirme? —preguntó ella, sabiendo que no podía hacerlo.

—Hay otras maneras de hacerte mantener la distancia —amenazó él, viendo que avanzaba.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, dejar que veas mi cara.

—No me tienes mucho respeto, ¿eh? —susurró ella, mirando hacia las sombras. Él percibió compasión y lástima en su voz.

—Al contrario —dijo quedamente—. Te respeto demasiado.

Dio un paso, acercándose peligrosamente. Ella percibió el calor de su enorme cuerpo. Casi se dejó caer sobre él, tanta era su fuerza y atracción. Laura sintió que algo la llamaba, como si lo hubiera conocido en otro tiempo, en otra vida. Hambrienta de él, deseaba el reencuentro. Pero no podía ser, ya la habían utilizado bastante por su belleza. Tenía ante sí a un hombre que la culpaba por esa belleza, y que quería utilizarla como barrera entre su hija y él.

—Y eso te enfada, ¿verdad? Desearías que no fuera yo la niñera, sino otra persona.

—Sí —escupió él, como una serpiente a punto de atacar—. Veo tu rostro perfecto y percibo cada una de mis cicatrices como si me las hubiera hecho ayer —su voz se hizo más profunda, ronca de deseo por lo inalcanzable—. Oigo como se agita tu respiración cuando me acerco, siento tu cuerpo vibrar como ahora y me…

—Te sientes como un hombre, en lugar de un ermitaño —interrumpió ella, sin poder reprimirse. Él se quedó paralizado, tenso. Percibiéndolo, ella estiró el brazo, deseando acariciarlo—. Richard.

Oír su nombre pudo más que él. Bruscamente, se dio la vuelta y subió la escalera hacia su santuario. El portazo fue como un tiro que resonó en la oscuridad. Laura se dejó caer sobre la pared y se cubrió la cara con las manos.

Lo había fastidiado todo. Él nunca saldría a la luz. Ni por el

deseo que compartían, ni por la niña que ambos amaban.

Capítulo 4

Laura se sentía como una basura. «Bueno, quizá no tan mal», pensó, con las manos en las caderas. Pero sí lo suficiente como para perder el sueño y pasear por la casa a medianoche. Deseó haber mantenido la boca cerrada. Eso le pasaba por haber crecido en una casa llena de niños en la que si uno no hablaba, lo hacían los demás. Quería pedirle disculpas, pero Richard no respondía al intercomunicador ni a la puerta.

Estaba claro que quería evitarla. Era un cabezota, pero sabía que lo que había dicho era cierto. Ella le hacía sentir cosas porque viviendo solo en ese castillo hacía tiempo que no sentía nada. Ahora ella y su hija estaban allí, y él notaba su aislamiento con más fuerza, y más dolor.

Pero él también la afectaba. Se sentía femenina, deseada, y comprendió que era algo que había echado de menos desde que rompió con Paul. Ni la ropa nueva, ni los baños de burbujas, ni los caprichos lo habían conseguido. Pero Richard era distinto a su prometido y a cualquier otro hombre. Sólo Richard hacía que su corazón martilleara y que su sangre fluyera como fuego líquido. Era como si un radar interno hiciera saltar a sus células gritando de deseo cada vez que él se acercaba. Ni siquiera hacía falta que la tocase, y no sabía si eso le gustaba. Paul casi había acabado con su confianza en sí misma, y había aceptado el trabajo en Esposas a Domicilio para alejarse lo más posible de él. No estaba segura de querer arriesgarse con otro hombre. Era obvio que lo primero en lo que pensaba Richard era en la apariencia. En la propia y… en la de

ella, justo lo que quería evitar.

Con un suspiro, encendió la luz de la biblioteca. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros, había un sofá y un sillón junto a la chimenea y un escritorio a un lado. En una esquina, había una armadura que parecía un centinela. Era una habitación muy masculina. Percibió olor a tabaco y comprendió que venía de la pipa que había en el cenicero de cristal. Recorrió la habitación con los ojos.

—¿Señor Blackthorne? —llamó. La idea de verlo la asustaba y excitaba al mismo tiempo. Como no hubo respuesta, tocó la cazoleta de la pipa. Estaba templada.

Miró a su alrededor e intentó imaginárselo allí sentado. ¿Serían esos libros su única compañía aparte de Dewey? Sintió una oleada de compasión, pero la desechó; sabía que él la rechazaría. Recorrió los lomos de los libros con el dedo. Fue hacia el escritorio, se sentó en la silla de cuero y recogió las piernas hacia un lado. Se preguntó si él solía leer allí por la noche y si ella le había robado esa libertad con su presencia.

Conocía a los niños y sabía que Kelly no se contentaría con no ver a su padre, odiaba pensar en el momento en que exigiera hacerlo. Aunque él viviera como un recluso, no podía esperar que la niña hiciera lo mismo. Decidió que no abandonaría el castillo hasta que él y su hija se conocieran y pudieran vivir juntos. Se frotó los brazos y vio unas fotos enmarcadas que había en una esquina de la mesa. Se levantó y se inclinó para inspeccionarlas, una de ellas era una foto de boda, antes del accidente.

—¡Oh, Dios mío! —musitó, dejándose caer en la silla—. Era guapísimo —aunque su esposa era preciosa, digna de un desfile de modelos, él dominaba la foto por completo. El pelo oscuro le caía sobre la frente; sus ojos azules, iguales a los de Kelly, sonreían al fotógrafo. Sus rasgos eran firmes y perfectos, aristocráticos. No era guapo, era devastador. Le dio un vuelco el corazón al pensar que un hombre así se interesaba por ella.

Al otro lado del pasillo, frente a la biblioteca, Richard se frotó la boca. Se había olvidado de la foto. Desde que era un adolescente, había tenido más mujeres de las que podía contar, tan sólo gracias a su aspecto. Hasta el accidente.

Ella colgó las piernas desnudas del brazo del sillón y él la

observó. Llevaba una escotada camiseta negra y, por lo que podía ver, nada más. Su cuerpo se tensó al pensar que sólo los separaban unos metros, que eran kilómetros. Si ella veía su rostro, comprendería que el hombre de la foto había muerto cuatro años antes.

Laura frunció el ceño y dejó la foto en la mesa. Miró hacia el umbral y vio una sombra en la pared del vestíbulo. Se levantó, cruzó la habitación y se asomó al pasillo.

—Sal de dondequiera que estés —no hubo respuesta, pero sabía con certeza que estaba por allí, sentía su presencia—. Déjalo ya —advirtió, saliendo al vestíbulo y escrutando las sombras—. Sólo eres un fantasma si pretendes serlo. Si quieres hablar conmigo, hazlo, maldita sea. Silencio, interminable y solitario.

—Bueno, ¡yo sí quiero hablar contigo! —exclamó. Oyó un movimiento al final del pasillo y corrió hacia allí. Llegó a la cocina a tiempo de verlo abrir la puerta y salir. Corrió tras él—. ¡Richard!

Él titubeó un instante y después, cubierto con una oscura sudadera con capucha, echó a correr hacia la playa. Laura lo observó hasta que las tiras reflectantes de sus zapatillas desaparecieron en la oscuridad. «No puedes seguir en la sombra para siempre», pensó para sí.

* * *

Laura se convenció de que los niños eran mucho más resistentes que los adultos. Esperaba que la niña estuviera inquieta y asustada por la mañana, pero no fue así. Kelly entró en su dormitorio con una sonrisa esplendorosa y actitud inquisitiva. Quería ver su nueva casa, jugar y pasarlo bien; y a Laura no le importó nada olvidarse de las tareas hogareñas y dedicarle el día.

Kelly se rió cuando Laura intentó meter sus piernas entre los pasamanos del tobogán. Estaba claro que no era para adultos, por lo menos para adultos que tuvieran caderas. Miró a Kelly, hizo un movimiento de cejas y se deslizó hacia abajo. No pudo parar al borde y acabó sentada en el suelo de golpe. Kelly soltó una carcajada y corrió hacia ella.

—Creo que estoy algo oxidada para esto.

—¡Otra vez! —exclamó Kelly dando saltos.

—Oh, no. Creo que hoy te toca a ti ser la reina del tobogán —dijo, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo del trasero de los vaqueros.

Kelly no se hizo de rogar y Laura sonrió al verla subir. Sus piernas apenas alcanzaban los peldaños. Se tiró y cayó de pie, haciendo que Laura se preguntara si los aterrizajes perfectos eran un don que se perdía con la edad.

Cuando se cansó de los columpios, Laura sugirió ir a la playa. Recogió un cubo y una pala del arenero y corrió hacia allí con la niña. Cuando llegaron, Laura tiró el cubo y alzó a Kelly por el aire, volteándola y haciéndole cosquillas. La niña gritó y rió encantada. Se sentaron en la arena húmeda y, para sorpresa de Kelly, Laura se puso a construir un foso para el castillo de arena.

—Estoy toda llena de arena —comentó Kelly cuando volvían hacia casa.

—Se quita con agua —dijo Laura, encogiéndose de hombros.

—¿No te vas a enfadar?

—Claro que no, cariño —se acuclilló y miró a la niña a los ojos —. No se puede vivir al lado de la playa y no mancharse de arena.

—A mi mamá no le gustaba la arena —la niña se echó a llorar y Laura, apenada, la levantó en brazos y se puso en pie.

Desde lejos, Richard vio que Kelly lloraba. Sintió dolor de corazón cuando Laura la levantó en brazos con cariño y la llevó hacia la casa. Las observó, preguntándose por qué estaba triste su hija, deseando estar con ellas. Sintió una oleada de celos. No había trabajado en todo el día, pues iba de ventana en ventana, atraído por sus risas.

Laura se detuvo en la entrada principal y miró hacia arriba. Richard se apartó demasiado tarde. La expresión de ella lo decía todo: «Tú deberías estar aquí».

Laura subió a Kelly al dormitorio, murmurando palabras cariñosas mientras la niña sollozaba. Le quitó la ropa húmeda y arenosa y la bañó. Media hora después Kelly estaba limpia y lista para la siesta; se quedó dormida encima del *sandwich* y Laura la subió al dormitorio en brazos. Después de acostarla en su cama de princesa, volvió a la cocina a fregar los platos de la comida. Preparó una bandeja para Richard y algo para Dewey y pulsó el

intercomunicador.

—La comida esta servida, milord —anunció.

—Gracias.

—No pienso subirla. Tendrás que bajar y arriesgarte a chocar conmigo a la luz del día.

—Laura.

—Tengo trabajo, señor Blackthorne. Cosas que no hice porque estuve jugando con tu hija.

—¿Por qué estaba triste? —preguntó él tras unos segundos de silencio. Laura decidió ahorrarle los detalles y fue directo al grano.

—Echa de menos a su madre.

—Tuve la impresión de que lo solucionaste.

—Lo intenté —dijo ella, recordando con dolor las lágrimas de Kelly.

—Gracias, Laura.

—De nada. Es una niña encantadora. Ahora sal de esa cárcel y baja a comer.

—Te comportas como una tirana.

—Ésa soy yo —replicó ella, ignorando el tono divertido de su voz—. Laura la Despiadada —apagó el intercomunicador, pero un momento después volvió a encenderlo—. Y cuando te pida disculpas por lo de anoche, espero que estés en la habitación conmigo, ¿me oyes?

Él la llamó, pero no le respondió. Iba a conseguir que saliera. Aunque fuera lo último que hiciera en la vida, lo devolvería pateando y gritando al mundo de los vivos.

* * *

Richard oyó los gritos de Kelly, que aumentaron de intensidad mientras corría hacia su habitación, abrochándose el cinturón de la bata. Abrió la puerta y miró la cama, la niña se retorcía entre las sábanas.

La lamparita de noche daba una luz tenue, y Kelly chilló justo cuando llegó a su lado. La tomó en brazos, susurrándole que todo iba bien y que él estaba allí. Estaba rígida y temblorosa, y sus manitas agarraron la bata con desesperación.

—Papá está aquí, cielo, papá está contigo —murmuró, frotándole la espalda. La niña se relajó y rompió a llorar.

—Tenía… tenía miedo.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—Oh, papá, mami se ha ido —sollozó desconsolada. Él apretó los ojos, preguntándose cómo se enfrentaba una niña de cuatro años al dolor, a una muerte que no entendía.

—Ahora yo estoy aquí, Kelly.

Los sollozos se acallaron lentamente, y cuando se abrazó a su cuello, Richard se tensó. La niña no pareció notar las profundas cicatrices y se relajó un poco, acunándola con cariño. Deseaba protegerla, ser el caballero andante de sus sueños, ese que la libraba de los dragones. Quería que se sintiera segura.

La besó en la cabeza y le contó que estaba muy contento de que estuviera allí, y que hubiera deseado conocerla antes. Cuando la niña se durmió, siguió con ella en brazos un buen rato. Era la tercera noche que tenía una pesadilla y las dos anteriores Laura había llegado a la habitación antes que él.

Laura debía estar agotada. Habían pasado el día jugando en los columpios y en la playa, y había observado cómo le enseñaba a Kelly a dar volteretas. Después, con la ayuda de Dewey, montaron en la yegua y pasearon por la playa. Él percibió que se llevaban muy bien y sintió celos, aunque lo alegraba que la niña fuera feliz. Era obvio que Laura sería la madre perfecta y se preguntó por qué no se había casado.

Richard oyó el crujido de la puerta al abrirse, se puso en pie y se ocultó en el pasadizo. Laura entró al dormitorio con el ceño fruncido, segura de haber oído algo. Miró a su alrededor y se inclinó para darle un beso a la niña. Al hacerlo percibió un olor que no era el de Kelly, era un olor especiado…, masculino. Se irguió.

—¿Blackthorne? —susurró. No hubo respuesta, pero supo que había estado con Kelly, aunque estuviera dormida. Eso la alegró; implicaba que no existía el distanciamiento que él pretendía.

Salió de la habitación y decidió prepararse una manzanilla. Los pasillos estaban iluminados con tenues luces laterales, en el suelo, así Richard conseguía que su rostro siempre estuviera en la penumbra. Fue a la cocina y, cuando calentaba el agua, oyó el chisporrotear de la madera. Corrió al salón; la chimenea estaba

encendida, se acercó lentamente a calentarse los pies desnudos, y percibió la presencia de él a su espalda.

—Quédate.

Laura se volvió. Estaba sentado en una silla de respaldo alto, con el rostro sumido en las sombras. La irritó que él supiera exactamente cómo y dónde situarse para que no pudiera verlo. Recorrió con los ojos la bata de seda marrón que cubría sus piernas.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Supongo que por la falta de actividad —replicó él, llevándose una copa de vino a los labios. Ella notó que su mano derecha era lisa y sin cicatrices, pero que escondía la otra junto a su cuerpo.

—Eso es culpa tuya. Nadie te pide que te quedes encerrado en la torre.

—No quiero discutir sobre eso, Laura. O déjame en paz o únete a mí. Hay vino en el aparador —dijo, indicándolo con la copa. Ella titubeó, preguntándose si era prudente quedarse allí—. ¿Tienes miedo? —preguntó él.

—¿De ti? —Ella rió suavemente—. No, ladras más que muerdes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no te acercas lo suficiente como para morder —se burló ella.

—Qué valiente —murmuró él contra la copa, deseando que se sentara de una vez.

El fuego iluminaba la bata de satén negro, y veía al trasluz la silueta de su sensual cuerpo desnudo. Intentó controlar su frustración, pero no podía apartar la vista. La perfección se erguía tentadora ante él, y notó la tensión que verla provocaba entre sus muslos. No quería desearla, pero era humano, como cualquier hombre. Era una belleza de piernas largas y senos bien formados, y estaba en su casa, embrujándolo.

—Siéntate, Laura —pidió al fin, incapaz de soportar esa visión un segundo más.

—Voy por mi té —replicó ella volviendo a la cocina. Cuando regresó él la esperaba y eso la alegró, a pesar suyo. Se sentó en un extremo del sofá, junto al fuego y, con la taza en las manos, miró el bailoteo de las llamas. Él se revolvió en la silla y Laura lo percibió sin verlo.

«Oigo cómo se agita tu respiración cuando me acerco, siento tu

cuerpo vibrar…», le había dicho la noche anterior. Se preguntó si percibía lo que sentía en ese momento. Bebió un sorbo de té, deseando alejar esas sensaciones, pero no pudo. Recordó la fotografía y pensó lo difícil que debía ser para un hombre que habría hecho suspirar de deseo a muchas mujeres, el pensar que ahora se estremecían de horror al verlo.

—Lamento lo que dije la otra noche —dijo, mirando en su dirección.

—¿Por qué? Era verdad.

—Fue una grosería expresarlo con palabras.

—Acepto la disculpa.

—Gracias, señor Blackthorne.

—Creo que nos hemos herido lo suficiente como para utilizar nuestros nombres de pila.

—Oh, Richard —murmuró suavemente—. No era mi intención herirte.

—La verdad te hirió más a ti que a mí.

—¡Deja de ser tan endiabladamente frío! —dejó la taza sobre la mesa con un golpe.

—¿Qué quieres que haga? ¿Negar que siento atracción por ti? Eres como una chica de póster, por Dios santo.

—¿Y qué? Mi cuerpo es un mero accidente de la naturaleza. No soy lo que aparento ser —se puso en pie, airada porque la hiciera sentir tantas cosas cuando se había jurado olvidarse de los hombres, no volver a involucrarse con alguien que no viera más allá de su rostro, que ni siquiera lo intentara—. ¿Sabes lo que pienso?

—Estoy seguro de que me lo dirás —masculló él secamente.

—Pienso que no te atreves a arriesgarte. Que has olvidado cómo ser una persona normal, en vez de un oso gruñón y exigente al que han despertado de la hibernación.

—Sé lo que quieres, Laura, pero no puedo permitirlo. Y no lo haré.

—¿Y yo no tengo voto? —Con las manos en las caderas lo miró, él agarraba con fuerza el pie de la copa—. Veo que la opinión que tienes de mí empeora por momentos.

—No, pero la experiencia me ha enseñado mucho —explicó él con paciencia, deseando que llevara algo más de ropa puesta y se alejara del fuego—. Simplemente odio lo que me haces sentir.

—¿Odio? Oh, cualquier chica se derretiría ante tanto halago, Richard. Pero ya dejaste claros tus sentimientos la otra noche. Supongo que es una suerte que sólo vaya a quedarme hasta que puedas ocuparte de Kelly como un padre de verdad —espetó ella, yendo hacia la puerta.

—Entonces no te irás nunca.

Eso la detuvo. Lo miró con una mezcla de compasión y furia. El fuego iluminaba su cabello oscuro y sus anchos hombros y deseó por un lado sentarse en su regazo y sentir su cuerpo, por otro lado golpearlo hasta que recuperara el sentido común.

—No puedo quedarme para siempre, Richard.

—Tenemos un contrato legal —replicó él, poniéndose en pie tras la silla. Ella percibió cierto pánico en su voz y se arrepintió de haberlo amenazado, pero la desesperaba su tozudez.

—Sí, lo tenemos —lo tranquilizó suavemente. Alzó la mano hacia él y, como un gato al acecho, Richard agarró su muñeca y la apartó.

—No intentes tocarme. Entra en el contrato.

Se quedaron quietos y Laura sintió un cosquilleo de anticipación en la piel. Podía dar un tirón y arrastrarlo a la luz, pero no quería que perdiera la confianza en ella. Richard necesitaba tiempo.

—Te propongo un trato —dijo—. Si no me echas en cara mis concursos de belleza, yo no intentaré mirarte.

—De acuerdo —con una risa profunda, la soltó.

Laura sintió el sonido recorrer su espalda como una corriente eléctrica. Asintió, y dio un paso hacia atrás, deslizando la mano por el respaldo de la silla. Richard apretó la copa con fuerza, al imaginar esa mano acariciándolo.

—Una cosa más —dijo ella, deteniéndose en el umbral.

—¿Sí? —Se volvió, ella estaba de espaldas.

—Soy una mujer sincera. Casi nunca me callo nada. Si me enfadas te diré por qué y… —Giró el cuerpo levemente hacia él—… y no pienso pagar por la traición de ella, ni por su debilidad.

Se refería a Andrea, y Richard sabía que tenía razón. Las dos mujeres no se parecían en nada pero, aun así, no quería arriesgarse a ver en sus ojos una mirada de horror como la de Andrea.

—Dices eso porque no me has visto.

—No necesito verte, Richard, para saber qué clase de hombre

eres en realidad —se dirigió hacia la escalera y cuando rozó el primer escalón, él se puso a su espalda. Ella no se volvió. El calor que irradiaba su cuerpo la envolvió y cerró los ojos, esperando. Casi se le doblaron las rodillas al sentirlo tan cerca y se agarró a la barandilla.

—Piensas que soy honorable —le dijo él al oído, provocándole un escalofrío.

—Sé que lo eres.

—Quizás deberías recordar que hace tiempo que no veo a una mujer bella. A ninguna mujer.

—¡Qué halagador! —susurró ella, con un nudo en la garganta.

—Deberías sentirte halagada. Porque eres lo único que me ha hecho desear salir de las sombras —ella sintió un cosquilleo en el estómago—. Maldita sea, Laura —continuó él con voz ronca de deseo—. Cuando te veo, lo único que deseo es probarte…

Ella notó un calor abrasador que la quemaba y se puso la mano sobre el corazón desbocado.

—… Sentir tu piel desnuda bajo mi boca…

Laura se tragó un gemido.

—… Y estar… —Su voz se convirtió en un gruñido—… dentro de ti.

Capítulo 5

«Dentro de ti». Sus palabras le evocaron imágenes de cuerpos ondulantes y besos profundos, y se dejó caer contra él. Richard le sujetó los hombros y hundió el rostro en la curva de su cuello.

—Oh, Laura —gimió, aspirando su fragancia como si fuera lluvia en un desierto. Ella se pasó la lengua por los labios y alzó la mano para tocarlo, deteniéndose a medio camino. Giró, pero él le agarró la muñeca y le sujetó los brazos tras la espalda. Ese movimiento la obligó a apoyarse en él y tuvo que respirar profundamente al sentir la dureza de su virilidad.

—¿Ves lo que le haces a mi cuerpo?

—No es más de lo que le haces tú al mío, Richard —alzó el rostro hacia el suyo, escondido en las sombras. Su cuerpo ardía con una pasión que no había soñado con sentir nunca.

—¿Harías siquiera esto sin verme? —preguntó él, acercando el rostro y rozándole los labios con los suyos, provocando chispas de pasión.

—Sí —susurró ella.

Inmediatamente, él cubrió su boca con un beso suave y reposado. Todo se desbocó, y la besó una y otra vez, con fuerza y deseo.

Ella lo aceptó, disfrutando de su poder, adorando la gloriosa oleada de sensaciones que envolvía su cuerpo en fuego. El corazón amenazaba con estallarle en el pecho y cuando él se apoyó en la pared, sujetándola entre las piernas, le dejó hacer sin protestar. Era muy erótico estar a oscuras en la escalera, sin poder tocarlo,

deseando hundir los dedos en su cabello y demostrarle que no podía dominarla.

Cuando introdujo la lengua entre sus labios, ella se abrió a su invasión, haciéndole gemir de deseo. Él le sujetó las muñecas con una mano, llevó la otra hacia su espalda y la apretó contra sí. Ella se movió y se revolvió, gimiendo de frustración al no poder tocarlo.

Richard estuvo a punto de perder el control cuando ella recorrió sus labios con la lengua, volviéndolo loco de pasión. Pasión. Un fuego que sólo ardía una vez en la vida. Era como si ambos intentaran apagarlo con un solo beso, pero lo único que conseguían era avivarlo.

Posó la mano en su hombro, rozando su piel desnuda al borde de la bata. Ese simple contacto fue como un relámpago para su cuerpo, apretó y ella se arqueó hacia él. La tocó, deslizando la mano por su pecho hasta un seno. Ella comenzó a besarlo de forma salvaje, apretándose más contra su cuerpo. Él le acarició el pecho, dibujando círculos alrededor del pezón, mientras su lengua acariciaba lo más profundo de su boca. Richard se sentía vivo, caliente y palpitante por ella; deseaba más. Deseaba sentir sus manos, su cuerpo acoplado sobre él, disfrutar de las caricias de una mujer, de esa mujer. Sólo de ella.

Pero no podía. Aunque deseaba quedarse allí el resto de la noche, sabía que había cruzado una frontera prohibida. Apartó la boca de golpe.

—No —gritó ella, al saber que iba a abandonarla, a dejarla así, húmeda y hambrienta.

—No puedo —haciendo un esfuerzo por respirar, Richard la apartó y se irguió. La soltó y Laura cayó hacia atrás, temblorosa. Apoyó los brazos en sus hombros para equilibrarse y él se puso tenso.

—Laura, no lo hagas.

No lo obedeció. Dejó que sus manos se deslizaran por el torso cubierto de seda, sintiendo los latidos de su corazón y los músculos tensos, bajando hasta el cinturón de la bata. Él se puso duro como una roca.

—No lo hice por lástima, Richard —musitó con dulzura—. Deseaba hacerlo —sus dedos llegaron a las caderas, peligrosamente abajo, después se volvió y comenzó a subir las escaleras—. ¿O es

que no te has dado cuenta?

Richard se quedó parado. No podía moverse. Ni siquiera fue capaz de contestar. La vio subir, con la bata entreabierta y gran parte del pecho al descubierto. Sin taparse, ella se detuvo en el primer rellano y miró a las sombras.

—¿Sigues odiando cómo te hago sentir?

—Sí… y no —replicó él apoyando la cabeza en la pared.

—¿Qué parte de ti ganará, Richard? ¿El hombre que acaba de llevarme al paraíso con un beso, o la bestia que está encerrada dentro? —Tras esas palabras, corrió escaleras arriba, como si temiera volver a bajar y caer rendida en sus brazos.

Cuando desapareció de su vista, Richard dio un puñetazo a la pared. Había sido un estúpido por tocarla. Iba a tener que mantenerse alejado de ella. Pero la idea de no verla le causaba dolor.

* * *

Llevaba días evitándola; dos, para ser exactos, y ansiaba su compañía. Oír el correteo y las risas de Kelly no lo ayudaba en absoluto. El sonido competía con el de la lluvia del exterior. Durante todo el día, el ruido, la música y las risas habían invadido su soledad; deseaba contemplarlas, pero intentaba convencerse de que tenía demasiado trabajo. Miró los tres ordenadores desde los que dirigía sus empresas y se comunicaba con sus empleados y soltó un gruñido. Encendió la televisión con el control remoto y subió el volumen para no oírlas jugar al «corre que te pillo».

Mientras miraba la tele, pensó en cuánto cariño y devoción le daba Laura a Kelly. No sólo se notaba en las risas y en el parloteo, sino en cosas pequeñas como los lazos de colores, a juego con la ropa, que le ponía en el pelo. Y en cómo lo dejaba todo para abrazar a su hija cuando la necesitaba. El también deseaba abrazarla, ser quien le atara los zapatos y limpiara sus lágrimas.

Encendió el intercomunicador para oír toda la casa. Se le hacía extraño escuchar a otras personas, no lo había hecho en años.

—¡Laura, mira!

Oyó pasos y un gemido de Laura. La última vez que había

escuchado ese sonido, ella se rendía gustosa a su beso, y se estremeció al recordarlo.

—Oh, Kelly, qué pena.

—Lo aplastarán si se queda en el establo, ¿no?

—Sí.

—¿Puedo ir por él?

—Oh, sí, hay que ir. Ponte el impermeable. Tendrás que agacharte y tener paciencia. Si va hacia ti, puedes traerlo. Si no, habrá que dejarlo; será porque no quiere y podría arañarte.

—Bueno —dijo Kelly sombría—. Pero ya verás como viene.

Richard arrugó la frente y se acercó a la ventana desde la que se veía el jardín. Su hija corrió afuera, con un impermeable amarillo, y fue a la puerta del establo. Se agachó y estiró la mano, esperando como le había dicho Laura. Richard pulsó el intercomunicador.

—¿Un gato, Laura?

—Es un gatito, ¿no estabas trabajando?

—No creo que sea buena idea —dijo él, ignorando su pregunta —. Sólo tiene cuatro años.

—Necesita algo que cuidar. Aliviará la pérdida que sufre, Richard. Quiere responsabilizarse de algo y el gatito es inofensivo.

—Los gatitos maúllan a todas horas, y eso no paliará su dolor.

—No, no lo hará. Lo que necesita es que su padre salga de su cueva y esté con ella, pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

—Maldita sea, Laura —se miró la mano cubierta de cicatrices con remordimiento—, sabes que no puedo hacer eso.

—No, Richard, no lo sé —su exasperación se reflejó claramente por el intercomunicador—. Lo que sí sé es que nos has echado encima a Kelly y a mí la reacción de unos pocos, y que te estás perdiendo un montón de amor.

Richard se frotó la nuca.

—¡Oh, mira! Ha ido hacia ella —la excitación de su voz le golpeó en el pecho.

—Laura…

—Ve despacio, cariño. El suelo resbala. Sujétalo con cuidado, no es más que un bebé —gritó por la puerta de atrás. Poco después volvió al intercomunicador, su voz cálida pero firme—. Si vieras su cara ahora no tendrías ninguna duda. Te lo prometo, haré que lo cuide bien. Será mi responsabilidad. ¿Satisfecho, milord?

Era imposible negarse sin parecer un ogro.

—Y me aseguraré de que el gatito no te vea.

—Muy graciosa —hizo una mueca de enfado—. De acuerdo. Es tu responsabilidad.

Ella desconectó el aparato, pero podía seguir oyéndola por el altavoz que había sobre la mesa.

—Oh, es precioso —canturreó Laura.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro que sí. Necesita un hogar.

—Pero… ¿qué dirá papá? —preguntó la niña con miedo. A Richard no le gustó nada, no quería que su hija le tuviera miedo.

—A tu papá le parece una idea estupenda.

Richard la llamó mentirosa para sus adentros y, aunque no pudo verla, percibió la sonrisa de Kelly por toda la casa. Laura estaba empeñada en hacerle parecer un héroe ante su hija.

—¿Es chica o chico? —preguntó Kelly. Tras una pausa y una risita llegó la respuesta.

—Es una chica, cielo.

Tres hembras en la casa. Un hombre no tenía nada que hacer allí; aun así, se apoyó en el marco de la ventana y escuchó, deseando formar parte del grupo. Deseó ver el rostro de Kelly mientras tenía en sus brazos a la bolita de pelo.

—Tiene los ojos como tú, Laura.

—No, no creo que los míos sean tan verdes ni tan bonitos.

Richard pensó que sí lo eran. Esmeralda, felinos y llenos de misterio.

—Vamos a secarlo. El pobre está tiritando. Encenderé el fuego en el salón. Envuélvelo en la toalla y sujétalo para que se acostumbre a ti.

—¿Cómo vamos a llamarlo?

Vamos. Richard comprendió que ya se sentía vinculada a Laura. Sus voces se apagaron y no pudo resistirlo, al menos tenía que oírlas. Ya era bastante malo no poder ver a su niña, pensó mientras bajaba por la escalera del pasadizo.

—… Pero nunca he conocido a un gato que hiciera caso a su nombre —oyó momentos después.

—¿Has tenido algún gatito? —preguntó Kelly. Richard salió del pasadizo y, desde la cocina, contempló a Laura encender el fuego.

—Claro, cuando era pequeña teníamos al menos tres. Y un par de perros y una cabra o dos —obsequió a la niña con una sonrisa que hizo que a Richard le hirviera la sangre—. Ganado, pollos y muchos muchos cacahuetes.

—¿Cacahuetes?

—Mi papá cultiva cacahuetes.

—¿Hace mantequilla de cacahuete? —A Kelly se le iluminó el rostro.

—No, vende la cosecha a los fabricantes de mantequilla de cacahuete —explicó Laura—. ¿Qué tal? —preguntó indicando el fuego con un gesto.

—Muy calentito, pero el gato sigue tiritando.

—Bueno, háblale suavemente para que se acostumbre a tu voz y sepa que no vas a hacerle daño. Sécale el pelo. Iré por leche caliente.

—Muchísimas gracias, Laura. —Kelly, acurrucada en una esquina del sofá le dedicó una sonrisa radiante.

—De nada, preciosa. —Laura la besó en la cabeza y fue hacia la puerta. Se detuvo en el umbral a contemplar cómo Kelly y su mascota se consolaban mutuamente.

En la cocina, iluminada sólo por la luz de la campana, abrió la nevera, sacó la leche y fue a buscar un platillo. Su mano se detuvo un segundo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó, sintiendo su presencia tras ella, al otro lado del mostrador. En el silencio oyó su respiración. No había estado tan cerca de él desde que se besaron en la escalera y todo su cuerpo se agitó al recordarlo. Había esperado que no verlo acallara sus sensaciones, pero sólo saber que estaba cerca convertía su cuerpo en fuegos de artificio.

—El suficiente para enterarme de que eres hija de un granjero.

—Ésa soy yo. La mayor de Silas Cambridge. —Laura soltó una risita.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Cinco. Tres chicas y dos chicos —vertió la leche en el platillo.

—Debe haber sido agradable. Soy hijo único.

—Había mucho ruido y poco sitio, pero adoro a mi familia —dijo ella.

Él se sonrió, encantado por la forma en que su acento se

acentuaba al recordar sus raíces. Sentía curiosidad por su pasado.

—¿Qué te hizo participar en concursos de belleza, aparte de lo obvio?

Obvio. Había escuchado esa palabra mil veces. Es «obvio» que es demasiado guapa para hacer otra cosa que caminar por la pasarela. «Obvio» que debe ser orgullosa porque es atractiva. «Obvio» que los hombres sólo la desean por su rostro y su cuerpo.

—¿Qué importa eso?

—Me gustaría saber más sobre la mujer que cuida de mi hija, y me intriga cómo pasaste de una granja de cacahuetes a Asuntos Exteriores.

Ella comprendió que estaba en su derecho a preguntar, si ella fuera madre haría lo mismo.

—Mi familia es pobre como las ratas —admitió—. Mi madre vio que podía ganar algún dinero extra y me ofreció para concursos y anuncios cuando tenía la edad de Kelly —se encogió de hombros y, con el platillo en la mano, se volvió hacia él—. Cuando tuve edad suficiente para comprender lo horrible que era aquello, las envidias y el comercio, elegí los concursos que tenían mayor compensación económica o becas, para poder ir a la universidad y dejar la granja.

—Admirable.

Ella soltó un gruñido y alzó los ojos. Sintió la tentación de encender las luces; pero había hecho un trato y Laura Cambridge nunca faltaba a su palabra, ni siquiera por un príncipe dragón.

—¿Intentabas escapar de tus raíces?

—Dios, no. Simplemente no quería casarme con un granjero, tener cinco hijos, pasar apuros económicos todos los meses y rezar todas las noches para que lloviera y la cosecha no se echara a perder —explicó, con voz cortante.

—Lo siento…

—No, no lo sientas —suspiró y alzó una mano—. Fue duro cuando era pequeña, pero en realidad no sabíamos que éramos pobres. Todos los que nos rodeaban vivían igual. A mis padres no les va mal —soltó una risa—. De hecho, les va bastante bien. Pero mamá está tan acostumbrada a no tener nada que sigue guardando la grasa del tocino y la ropa vieja, y preparando conservas y mermeladas, por si acaso —movió la cabeza—. Supongo que hay costumbres que no se pueden cambiar —con el platillo en la mano,

fue hacia el salón. Lo dejó en el suelo y le preguntó a Kelly si quería un cacao caliente. La sonrisa de la niña fue contestación suficiente; cuando Laura volvió a la cocina percibió que él seguía allí.

Se alegró de que no hubiera vuelto a su torre, pero su lado lógico le decía que debía poner los pies en la tierra y recordar la lección aprendida con Paul sobre los hombres y su forma de pensar.

—¿Te apetece uno? —le preguntó, sacando el cacao en polvo y poniendo agua a calentar.

—No, gracias.

Laura se preguntó como esas dos palabras podían sonar tan seductoras en la penumbra. No habían hecho mención de su arrebato de pasión adolescente dos noches atrás. Era fácil callar cuando no podían mirarse a los ojos. Se aclaró la garganta y borró de su mente el erótico recuerdo.

—¿Y tus padres, tu familia?

—Kelly es lo único que tengo. Mis padres murieron con seis meses de diferencia, un año antes de que me casara.

—Por eso debes conocerla, Richard —dijo ella, pensando que esa soledad debía ser muy triste—. Pronto estaréis los dos solos.

Richard se negaba a pensar en eso, contaba con Laura. Tendría que vivir con la tentación que su presencia suponía y evitarla. No podía permitir que Kelly lo viera; su hija debía tener una imagen formada, pero una mente de cuatro años era incapaz de imaginar los estragos que había sufrido su cuerpo. Lo rechazaría y él no podría soportarlo. Cuando le retiraron los vendajes, Andrea no pudo disimular, y una niña reaccionaría igual. Laura sería más tolerante, pero no quería arriesgarse. Después de ese beso que lo había afectado como una explosión, su rechazo lo destrozaría. Se recordó que debía pensar en Kelly, no en su cuerpo ni en su necesidad de una mujer. Era mejor seguir en la oscuridad, al menos a tres metros de Laura. Estar más cerca era peligroso.

—¿Y la familia de tu mujer?

—Ex mujer —corrigió él—. No tenía familia. Al menos, nunca me habló de ella.

Laura asintió, sentía curiosidad por su esposa, pero no quería hurgar en sus heridas. La forma en que había dicho «ex» era índice del dolor que aún sentía, aunque sólo se hería a sí mismo, los muertos no sufrían. Laura pensó que debía ser una bruja para

haberlo rechazado en tan mal momento. Si no había familia Kelly nunca sabría lo que era tener abuelos, ni primos. «Los dos están demasiados solos», pensó, empeñada en obligarlo a salir de su encierro.

Preparó dos tazas de cacao y fue hacia la puerta.

—¿Qué te hizo dejar de enseñar a los hijos de dignatarios extranjeros y trabajar para Esposas a Domicilio?

—Un hombre —se volvió hacía él, el sol poniente tras las nubes de tormenta envolvía su alta silueta con un halo borroso y plateado —. Un hombre al que amaba de verdad.

Richard se sintió como si lo hubieran cortado en dos con una espada al percibir la angustia y tristeza de su voz.

—Oh, Laura, ¿qué te hizo?

—Mentir, traicionar, engañar y, lo peor de todo, quererme sólo por mi aspecto. Ya ves, Richard, tenemos más en común de lo que creías.

—No me lo parece.

—¿No? ¿No me deseas simplemente por mi aspecto?

—Cielos, hay una gran diferencia. No tienes ni idea de lo que es ser repugnante.

—Cierto, pero sí sé lo que es que me juzguen sólo por mi belleza. —Laura calló cuando Kelly entró corriendo en la cocina.

—¿Estás hablando con mi papá? ¿Está aquí? ¿Puedo verlo? ¿Dónde está? —Rodeó a Laura, buscando, pero había desaparecido.

—Sí, cariño, era él.

—¿No quiere verme? —Kelly la miró con tristeza, sujetando al gatito contra su pecho. Sus ojos se llenaron de lágrimas y a Laura se le rompió el corazón. Lo maldijo por hacerle eso a su propia hija.

—Sí, cielo, claro que sí. Pero no puede, aún no.

—¿Cuándo? —La tristeza de su voz hizo que a Laura le ardieran los ojos.

—Pronto —susurró, preguntándose si Richard Blackthorne saldría alguna vez de su cueva para conocer a su princesita.

Capítulo 6

Richard había oído el camión y el timbre, y se preguntó por qué el recadero no dejaba el paquete en la escalera como siempre, en vez de ir hacia la parte trasera de la casa. Comprendió que era por Laura. Todo el pueblo debía rumorear y cotillear sobre la bella que vivía encerrada en el castillo con la bestia. Sonrió con cinismo, era sorprendente que sólo hubiera ido un hombre; a Laura Cambridge nunca debieron faltarle admiradores.

Precisamente de eso se quejaba ella. De que sólo interesaba a los hombres por su aspecto; incluso al que amaba. Un hombre que la había engañado y mentido. El tipo debía ser un idiota, indigno de una mujer como Laura Cambridge. Era dulce y cariñosa, se merecía un hombre que la apreciara. Había percibido humillación y vergüenza e ira en sus preciosos ojos verdes. Se preguntó quién era él y cuánto tiempo había pasado desde entonces. Le hubiera encantado partirle la cara.

Miró al jardín y vio a Laura sentada a la mesa, contemplando a su hija columpiarse mientras dibujaba en un cuaderno infantil. El hombre se acercó, Laura dejó el cuaderno y le indicó que dejara el paquete en el porche. Pero el tipo tuvo la audacia de sentarse junto a ella. Demasiado cerca. Richard rechinó los dientes cuando le ofreció café del termo. «¿Es que ese chico no tiene otros encargos?», se preguntó irritado. Dewey se acercó a ellos y Richard creyó que el gesto hosco de su amigo asustaría al joven, pero no fue así. Laura le sirvió un café a Dewey y, aunque se lo bebió rápidamente y fulminó con la mirada al tipo, al menos cinco años más joven que Laura,

éste no se inmutó. Richard estuvo a punto de abrir la ventana y gritarle que se largara… con su familia. Estaba celoso, y mucho. Dio un paso atrás y se frotó la cara. Genial.

No tenía derecho a sentir celos. Laura no era suya y él no encajaba. Laura, Dewey, Kelly… eran la familia, y él no era más que una sombra. El eco de un hombre. Dios santo, ¿cómo había dejado que su vida se convirtiera en eso? Nunca había sido cobarde y esconderse iba en contra de sus principios. Pero lo hacía por ellos; no quería provocar pesadillas e infartos.

Oyó un golpe y miró la puerta. Sabía que era la asistenta, la señora Coleson. Le pidió que esperara un minuto y bajó por la escalera de servicio al segundo piso. Oyó la aspiradora mientras paseaba por los pasillos. Se detuvo ante las habitaciones de Kelly y de Laura. Sintió la tentación de entrar en la de Laura para echar una ojeada, pero su sentido del honor se lo impidió. Entró en la de Kelly, comprobó la estabilidad de la alta cama y recogió unos juguetes. Volvió a oír risas y miró por la ventana. Kelly daba saltos y la gatita intentaba atrapar los cordones de sus playeras. Retorció la cortina entre los dedos. Daría cualquier cosa por estar abajo, riendo con Kelly y Laura, sintiendo el sol en el rostro. De pronto, Laura alzó los ojos y lo vio en la ventana.

Incluso a esa distancia, vio su mirada de furia. No entendía por qué estaba enfadada, era ella quien flirteaba con el recadero. El tipo miró a la ventana, le devolvió la taza y se marchó.

Laura le dio la espalda a Richard y sonrió cuando Kelly comenzó a gatear por el suelo con su mascota. Era agradable que la niña volviera a disfrutar; había pasado unos días sombría, desde la noche en que su padre, a sólo unos metros de ella, se negó a verla. Kelly estaba dolida y cuando le preguntaba por qué no la quería su papá, la furia de Laura aumentaba.

Pero eso no impedía que siguiera deseándolo con sólo oír el sonido de su voz.

Se recordó que debía dejar de pensar así. «Paul te quería por tu aspecto, con Richard es igual». Para marcar distancias, se había concentrado en enseñar a Kelly a cuidar de su mascota. La gatita negra llevaba puesto un collar verde fluorescente, con una campanita que tintineaba mientras corría tras los talones de Kelly.

Además, el nuevo miembro de la familia tenía nombre: *Serabi*.

Según Kelly no tenía pinta de llamarse *Jasmine*, y *Bagerah* era nombre de chico. Teniendo en cuenta que habían pasado los dos últimos días de lluvia viendo películas de dibujos animados, Laura pensaba que la gatita no había salido mal parada.

Laura retomó el cuaderno infantil y continuó dibujando el rostro de Kelly. Siempre le había gustado el arte pero, aunque le encantaba dibujar y tenía talento, no había utilizado un carboncillo o un pincel desde que fue a la universidad. Laura suspiró y se detuvo para contemplar cómo la niña se metía a la gatita dentro de la chaqueta. Adoraba a Kelly, y su amor aumentaba cada vez que sonreía, se subía a su regazo o reía.

«En este momento es lo único que tienes», susurró una voz en su cabeza. Pero lo cierto era que la semana que llevaba allí le parecía mucho más que lo que nunca tuvo con Paul. Se encogió de hombros y volvió al dibujo hasta que se levantó el viento y tuvieron que entrar a la casa.

Serabi entró trotando tras Kelly pero, un segundo después, corrió a investigar los miles de rincones de la casa.

—No, espera —dijo Laura, deteniendo a Kelly antes de que corriera tras la gata—. Primero lávate, luego prepararé la cena.

Kelly lanzó un suspiro dramático pero, obediente, se encaminó al cuarto de baño.

—Pienso inspeccionar esas manos, señorita.

—Sí, señora —respondió la niña. Laura sonrió y sacó una sartén y los ingredientes necesarios para preparar un guiso de ternera, pimientos y cebollas. Cuando Kelly volvió, Laura la envió al salón a ver un vídeo. El clic del intercomunicador, una señal sin voz, sonó frío como una citación.

—¿Ha llamado, milord?

—Tantos humoristas en paro y tú, en cambio, preparando la cena.

—Soy asombrosa, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa, sintiéndose menos enfadada con él.

—¿Por qué se ha quedado tanto el recadero?

—Simple amabilidad —dijo ella, preguntándose si lo que percibía en su tono eran celos.

—¿Tuya o de él?

—De los dos, supongo. Es agradable, trabaja para pagarse un

máster en la universidad.

—Me da igual que sea estudiante de honor, no quiero extraños cerca de mi hija.

—Es comprensible. Pero pienso que Dewey y yo nos bastamos para protegerla.

—Pues piensa otra vez, Laura. Soy un hombre muy rico, y no me extrañaría que alguien quisiera raptar a mi hija para pedir un rescate.

—¿No crees que exageras? —Laura parpadeó.

—No, no lo creo.

—¿Qué significa eso? ¿Ni visitas ni excursiones? ¿De veras esperas que Kelly se convierta en una ermitaña cuando no tiene ninguna razón para serlo? —Clavó el dedo índice en el intercomunicador, como si fuera el pecho de él—. Pues deja que te diga que no lo permitiré. Tiene que ir al colegio y jugar con otros niños. Echa de menos a sus amigos y a su madre y, francamente, lord Blackthorne —escupió—, está a mi cargo. Si no te fías, ¡baja y ocúpate de ella tú mismo!

—Oye… espera un segundo… —Su voz resonó por la cocina—. ¿Tú te enfadas conmigo?

—No —replicó ella acercándose al aparato—. No me enfado, estoy furiosa. Heriste los sentimientos de Kelly la otra noche. Estabas a unos metros de ella y te negaste a hablarle. Se siente rechazada y dolida y… —Inhaló con fuerza—… y cree que no quieres que esté aquí.

—¿Qué?

—Así razona una criatura de cuatro años. Si no quieres verla, hablarle o reconocer su presencia es porque no deseas que esté aquí. Curioso, ¿eh?

—Maldición.

—Exactamente lo que pensé yo. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Qué puedo hacer?

—Baja aquí y habla con ella.

—¿Crees que no lo deseo? ¡Pero no pienso asustar a mi propia hija!

—Su amor es incondicional. Es algo que los padres reciben de sus hijos sin pasar ninguna prueba, sin hacer nada. —Laura apagó el aparato y segundos después lo conectó de nuevo—. La pelota está

en tu campo, chuta o retírate del juego.

—¿Qué quieres decir, Laura? —Su voz tenía un frío tono de advertencia, pero ella lo ignoró.

—Sigue ahí arriba hasta que se olvide de que tiene padre, hasta que aprenda a vivir como una huérfana. Ya lo hace, y le hará menos daño —apagó el aparato y siguió preparando la cena.

Richard la llamó dos veces y como lo ignoró se dejó caer en la silla de cuero, mesándose el cabello. Era una mujer muy terca. ¿Quién se creía que era para decirle qué hacer con su hija? No era más que la niñera, diablos. Él fijaba las reglas. Kelly era su hija y él decidía cómo educarla.

* * *

Richard se ataba la zapatilla cuando vio una pata negra introducirse bajo la puerta y oyó un maullido. Se levantó y abrió. La gatita asomó la cabeza y la alzó para mirarlo. Cualquiera habría sonreído. La gatita se enroscó en sus tobillos, ronroneando, y se agachó para recogerla.

—Estás en zona prohibida —le dijo al animalito de ojos verdes.

Era tarde. Kelly dormía y Laura debía estar en su dormitorio o abajo. Hacía un par de horas que no oía movimiento alguno. La gatita maulló, Richard la acercó a su pecho, dispuesto a llevarla a la habitación de Kelly antes de salir a correr. Pero el animal trepó hasta su cuello ronroneando y lo lamió. Sintió la necesidad de contacto, de la caricia de una criatura viva, y frotó el rostro contra el suave pelo negro. *Serabi* ronroneó más fuerte.

Entró en el dormitorio de Kelly y colocó la gatita cerca del pecho de la niña. *Serabi* dio un par de giros y se acomodó. La mano de Kelly fue automáticamente hacia su lomo.

Según Laura, la niña creía que no la quería allí. Llevaba todo el día pensando cómo hacer que Kelly comprendiera que era lo más importante en su vida. Que la necesitaba. Se sentó con cuidado al borde de la cama y contempló cómo dormía. La gatita levantó la cabeza, lo miró como si fuera un intruso y volvió a echarse.

Kelly se movió y Richard se puso tenso. Abrió los ojos y él se quedó inmóvil, con el corazón palpitante. Estaba tan oscuro que ella

sólo podía ver su silueta, al menos no creería que un monstruo la atacaba en mitad de la noche.

—¿Papá? —preguntó una voz temblorosa.

—Sí, princesa —replicó, deseando que el temblor no fuera miedo.

—¿Estás enfadado?

—No, cielo. ¿Por qué dices eso?

—Nunca vienes a verme.

—Estoy aquí ahora, ¿no?

—Sí, supongo —asintió ella tras una pausa.

Richard hizo lo que no debía. La tomó en brazos. La gatita protestó y la colocó sobre una almohada. Kelly se agarró con fuerza a su cuello.

—Te quiero, Kelly —le susurró suavemente al oído, con un nudo en la garganta—. Te quiero mucho. Me alegro de que estés aquí.

—¿De verdad?

—Sí, cariño, claro que sí. Te quiero. Me gustaría poder salir contigo y jugar en la playa, pero no es posible.

—¿Por qué?

—Porque… no puedo estar a la luz —la mentira se le atragantó.

—¿Todavía te duelen los cortes, papi? Mamá me dijo que eran profundos.

Richard cerró los ojos. ¿Profundos? Habían llegado hasta su alma.

—Sí, linda, a veces todavía duelen.

—Oh —suspiró con fuerza, y se acurrucó contra su pecho—. Una vez me caí y me corté la rodilla. Me dolió mucho tiempo.

A Richard se le secó la garganta. A su manera, estaba intentando consolarlo, comprender. Le dolió que tuviera que hacer ese esfuerzo.

—Estaba muy solo hasta que tú llegaste, Kelly.

—Yo también, papá —sus bracitos lo apretaron, tenía la mano sobre la zona desfigurada de su cuello, pero no pareció darse cuenta —. Te quiero —musitó y su boca se abrió con un bostezo.

Laura había dicho que era un amor incondicional. ¿Lo perdonaría? Le frotó la espalda y la acunó, deseando no tener que soltarla nunca. Los brazos se aflojaron y comprendió que se estaba quedando dormida. La tumbó y volvió a poner a la garita a su lado.

Ambas bostezaron de forma adorable. Richard se levantó de la cama.

—No te vayas aún, papi.

—No me voy, cielo —sonrió con ternura—. Estoy aquí —se sentó en la mecedora y eligió un cuento. Kelly abrió los ojos un segundo y, en la oscuridad él susurró—. Erase una vez, en un país lejano, una preciosa niña…

* * *

Laura estaba a orillas del mar, con los dedos de los pies hundidos en la arena y las manos en los bolsillos de la chaqueta. Se sentía mal por presionar a Richard, pero nunca había conocido a un hombre más tozudo que lord Blackthorne, señor del castillo. Sus labios se curvaron con ironía. La luna se reflejaba en el agua y el viento le alborotaba el pelo. Sintió un escalofrío. Más lluvia y más tormentas, pensó, prometiéndose mirar el parte meteorológico por si había amenaza de huracán. Miró hacia la casa y vio una silueta que trotaba colina abajo.

Richard. Desapareció tras las verjas y volvió a aparecer en la playa, corriendo. Ella emprendió el regreso. Llevaba capucha y la sudadera oscura hacía que casi fuera invisible en la oscuridad. Se detuvo al verla. Laura titubeó un segundo y continuó su camino.

—Laura —ella pasó a su lado sin mirarlo.

—No quiero que la niña esté sola en la casa.

—Está puesta la alarma.

—Eso da igual si se despierta y empieza a buscarme por la casa.

A buscarla a ella, no a él. Richard sintió un pinchazo de envidia. Pero para eso estaba Laura allí, para cuidar y amar a su hija. Para suplirlo.

—Laura, espera.

—¿Para qué? ¿Para volver a discutir? Ya sabes lo que siento.

—¿Ah, sí? Una noche te deshaces en mis brazos y a la siguiente quieres cortarme la cabeza.

—Con buenos motivos en ambas ocasiones —espetó ella, soltando chispas—. El beso de la escalera no tiene nada que ver con tu hija ni con cuánto desea estar contigo.

—Lo sé —se acercó un poco—. Quería asegurarme de que tú también lo sabías.

—Prefiero no hablar de eso. —Laura dio un paso atrás, luchando contra el deseo de tirarse a sus brazos y volverlo a besar.

—Eso no hará que desaparezca —objetó él. Se oyó su respiración y el crujido de su ropa agitada por el viento—. Además, yo no quiero que desaparezca —añadió con voz profunda y ronca.

—Me niego a que me utilicen —replicó ella.

—Te agradezco el voto de confianza. Pero te recuerdo que no soy el bastardo que te hizo daño.

—Eso no viene al caso. Ese beso demostró lo imprevisibles que somos —«ese beso exquisito y maravilloso», pensó para sí—. Soy conveniente y daría igual que fuera cualquier otra mujer.

—¡No te menosprecies de esa manera!

—Me gusta la verdad. Es más fácil de tragar.

—Entonces vives una mentira —se acercó y ella no retrocedió—. No sabría utilizar a una mujer. Sólo he amado una vez en mi vida —inspiró con fuerza—. Y ni por un momento puede compararse a lo que siento cuando estás cerca.

—No es más que lujuria —a Laura le flaquearon las rodillas y el corazón le dio un vuelco.

—Conozco la lujuria. No es más que un consuelo temporal.

—Yo sólo soy temporal en tu vida, Richard —dijo ella controlando la voz.

—Cielos, ¿qué diablos te hizo ese tipo? —exigió él, odiando esa frialdad y deseando saber qué la había originado.

—Me propuso matrimonio y cometí el error de aceptar, creyendo que me amaba —irguió la barbilla—. Dos días antes de la boda me enteré de que se casaba conmigo por mi cara de actriz. —Richard gruñó con simpatía, pero ella no necesitaba su piedad—. Paul pensaba seguir con su amante después de la boda. Yo era su trofeo; para sonreír, acompañarlo, ocuparme de la casa, dar fiestas y producir un par de herederos —movió la cabeza de lado a lado—. Es algo tan anticuado que me pone enferma. Pero no me hubiera faltado de nada, excepto su amor, claro.

—Era un estúpido arrogante y egoísta —para despreciar el amor de una mujer tan bella e inteligente debía ser un idiota de primera.

—Eso me gusta pensar —él le tocó el hombro y Laura dio un

respingo de excitación—. No, Richard. No puedo involucrarme contigo.

—Ya es demasiado tarde —soltó una risa—. Vives en mi casa, cuidas de mi hija… me vuelves loco —inclinó la cabeza—. Prueba otra vez.

Se acercó y ella inhaló su aroma, sintió el calor de su cuerpo. Laura no podía engañarse. Por peligroso que fuera, aunque le rompiera el corazón al preferir el aislamiento a salir a la luz, anhelaba sus caricias. Quería que volviera a besarla, necesitaba saber si la magia de la escalera era genuina, si sus manos seguían teniendo el poder de hacerla perder la cabeza.

Quizá todo se debía al misterio de su rostro y de su cuerpo, a su soledad y al dolor que ocultaba en la oscuridad y que le devoraba el alma.

O quizá fuera el atractivo erótico de esa voz rasposa y profunda lo que la seducía y enloquecía.

Capítulo 7

Richard saboreó su dulzura incluso antes de rozarle los labios con la boca. Ella emitió un gemido roto, pidiendo más y, al tiempo, negando el fuego que existía entre ellos. Incapaz de no tocarla, puso las manos en sus brazos y ella se tambaleó hacia él. Entonces devoró su boca y el calor lo invadió como una espiral envolvente, que llegó hasta sus huesos.

—Laura —murmuró, y ella suspiró, clavándole los dedos en el pecho.

—No deberíamos hacerlo —gimió ella, pasando la lengua por sus labios y provocando un gruñido.

—Lo estamos haciendo —replicó él. Ella deslizó las manos hacia arriba y él le agarró las muñecas, apartándolas de su cuerpo y sujetándoselas a la espalda.

—No —se quejó ella débilmente y su deseo se convirtió en ira—. No puedo hacer esto —apartó la boca—. No puedo vivir así. Entre nosotros no existe nada si no confías en mí —se revolvió y él la soltó. Laura corrió hacia la casa sin volver la vista atrás, con el cuerpo anhelando su contacto y el corazón roto de dolor por ambos.

Richard la vio partir, intentando controlar la respiración. Tenía el pecho tenso, la sangre le hervía de deseo y su cuerpo palpitaba por ella. En ese momento se vio a sí mismo como una patética parodia de lo que fue un día. Y se odió.

* * *

Tras una carrera que puso a prueba sus desgarrados músculos, Richard volvió a la casa. Al pasar por el salón encontró algunos dibujos de Laura sobre la mesita de café. Uno era de Kelly durmiendo en una silla con su gatita. Otro era de la casa y otro de su hija en el columpio con una sonrisa radiante. Le sorprendió que fueran extremadamente buenos y también el amor que se percibía en cada línea y cada sombra. Además, estaban hechos a lápiz en un cuaderno rayado. Richard seleccionó uno de Kelly y subió a su habitación, sin preocuparse de que le viera por el pasillo. Sospechaba que Laura intentaría evitarlo.

El día siguiente confirmó su sospecha.

* * *

Laura le dejaba las comidas a la puerta, llamaba y no decía más de una o dos palabras. Sabía que si hablaba con él recordaría y desearía demasiado. Aunque no era suficiente, necesitaba distanciarse para asentar su mente y su corazón. Cada vez que pensaba en él se sentía confusa.

Se concentró en jugar con Kelly, que parecía muy feliz. Pasearon por la playa recogiendo caracolas. Las lavaron y secaron y las pegaron en un espejo viejo que Laura encontró en una caja en el garaje. Una zona del garaje era un caos y la otra estaba ordenada; comprendió que muchas de las cosas debieron pertenecer a la esposa de Richard y eran recuerdos de su matrimonio.

—¿Lo pintamos a juego con tu dormitorio? —preguntó Laura. Kelly negó con la cabeza.

—Quiero regalárselo a papá.

—Seguro que le encantará —sonrió Laura.

—Voy a ir a dárselo.

—Cielo, no creo que sea buena idea —protestó ella, pero Kelly ya corría hacia la casa, con el espejo apretado contra el pecho. Laura la siguió, alcanzándola antes de que llegara a la escalera—. Kelly, para. Aún tiene que secarse. ¿Por qué no lo pones en tu habitación de momento?

—No, ¡quiero dárselo! —Kelly se soltó de un tirón y corrió a la

escalera. Laura fue más rápida que ella y la sujetó—. ¡Déjame ir!

—Cariño, no puedes verlo. Nadie puede.

Kelly gritó y Laura se sentó en la escalera, la abrazó, le quitó el espejo y lo puso a un lado. Algunas caracolas se despegaron y cayeron al suelo. Kelly se aferró a Laura y comenzó a llorar como si se le rompiera el corazón.

—¿Qué ocurre ahí? —Se oyó por el altavoz.

Laura, sin contestar, tranquilizó a Kelly y la subió, con el espejo, a su dormitorio. Los sollozos de la niña se apagaron y Laura la tumbó en la cama y le quitó los zapatos. Kelly, aunque era la hora de la siesta, no quería dormir.

—Quiero a mi gatita.

—Iré a buscarla —dijo Laura, apartándole el pelo de la cara con la mano. Cuando salió de la habitación, Kelly se bajó de la cama, empujó la silla hasta la pared, se subió en ella y pulsó el botón del intercomunicador.

—¿Papá? Tengo un regalo para ti. Lo hice yo. Es un espejo —no hubo respuesta—. ¿Papá?

—Gracias, cielo. Seguro que es precioso.

—¿No lo quieres?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, ven a buscarlo —dijo Kelly con un timbre de cansancio en la voz.

—No puedo, cariño.

—¡Sí puedes! —gritó Kelly—. Te he visto en la playa. ¡Te vi! ¡Sí puedes!

Laura entró con la gatita en la mano. Había oído lo suficiente para captar lo que ocurría. Por el intercomunicador se oyó el gemido de impotencia de Richard.

—Vamos, preciosa —dijo Laura, recogiendo a Kelly de la silla y llevándola a la cama.

La niña se quejó y se le escaparon unas lágrimas. Pateó las ropas de cama, rezongando.

—Si eres mala no te daré a *Serabi* —dijo Laura seriamente. La niña soltó un suspiro y la miró a través de una cortina de pelo oscuro, con ojos tristes y apesadumbrados.

—Lo siento —masculló con hosquedad. Laura se sentó al borde de la cama, sin soltar a la gata.

—No es culpa tuya. Sé que estás enfadada porque tu papá no viene a verte —pensó para sí que ella también lo estaba—. Pero tienes que calmarte. Yo le daré el espejo.

—¿Por qué tú puedes verlo y yo no? —sollozó.

—Yo tampoco lo he visto.

—¡Estaba en la cocina contigo!

—No había casi luz. No lo vi.

—Oh.

—Duerme un rato y luego veremos cómo te sientes. Quizá demos un paseo a caballo.

—Bueno —estiró los brazos hacia la gatita.

—*Serabi* no tiene ganas de echarse la siesta —negó Laura. La gatita se revolvió en sus brazos y cuando la dejó sobre la cama saltó al suelo y se fue corriendo. Kelly tenía aspecto de sentirse abandonada y Laura sintió pena. No era justo y no podía dejarla sola. Simplemente no podía.

Levantó a la niña en brazos, la llevó a su dormitorio, y la colocó en el centro de la cama. Se quitó los zapatos y se echó. Kelly se acurrucó contra ella y Laura echó una colcha por encima de ambas. Le susurró palabras tranquilizadoras, con los labios apoyados en su cabeza, buscando el sueño que dejara atrás el dolor de corazón que les provocaba el hombre encerrado en su torre.

—Te quiero, Kelly.

—Yo también a ti —replicó la niña, aliviando el dolor de Laura.

* * *

Richard, de pie en el dormitorio de Laura, las contempló dormir. Deseaba subirse a la cama con ellas, abrazarlas. Maldijo el momento y la decisión que había provocado que cuchillas de cristal y metal desgarraran su cuerpo y su alma.

Se sentía como un monstruo encadenado, que hacía daño a los seres queridos cuando se atrevían a acercarse. Daba las gracias por que esas dos personas hubieran entrado en su vida, y día a día comprendía lo vacío que había estado hasta que llegaron. Las emociones embargaban el aire de la casa. Sabía que cuando Laura despertara tendría que enfrentarse a su silencio o a sus

recriminaciones y no quería ninguna de las dos cosas.

Miró el espejo que tenía en la mano, enmarcado con caracolas grises, blancas y naranjas. En la última planta no había espejos, no los necesitaba para recordar su aspecto. Ni siquiera utilizaba uno para afeitarse. Cada vez que viera ése, recordaría por qué se mantenía oculto, por qué nadie desearía ver su imagen. Pero decidió quedárselo, apreciarlo; en él vería a Kelly y a Laura acostadas juntas como madre e hija, y sabría que no podía tener a ninguna de las dos.

Le dejó una nota a Kelly explicándole que se había llevado el regalo y salió de la habitación. Subió las escaleras de la torre y cerró la puerta tras él, dejando fuera el mundo y deseando poder hacer lo mismo con su corazón.

* * *

El resto de la tarde transcurrió lentamente. Laura cumplió su promesa de montar a caballo, e incluso galopó por la playa con Kelly sentada ante ella. A la niña le encantó y volvió a sonreír, pero a ella no le resultó tan fácil.

Tras una cena ligera, un baño y un cuento, Kelly se durmió y Laura se quedó a solas en la biblioteca. Había encontrado una caja de fotos y papeles en el garaje y tenía la esperanza de encontrar una foto de Richard y su esposa para enmarcarla y, al menos, ofrecerle a Kelly una referencia. Sentada en el sillón de cuero, con un vaso de vino al lado, revisó los papeles. Algunos eran muy viejos y otros estaban pegados debido a la humedad. Encontró un sobre de plástico transparente con recortes de periódico. Los extendió sobre la mesa y miró el más grande.

«*El empresario Richard Blackthorne involucrado en un accidente de tren*» rezaba el titular. Había una foto del coche, retorcido y enganchado a la parte delantera del tren. Habían tenido que cortar un trozo del vehículo para sacarlo.

Leyó el artículo. Una mujer embarazada había tenido un ataque epiléptico y su coche se había quedado parado en mitad de la vía. Richard intentó sacarla, pero tenía los miembros rígidos y no pudo moverla. Los testigos afirmaban que había vuelto a su coche y había

empujado el de ella hasta sacarlo de la vía y ponerlo a salvo. Pero él no tuvo tiempo de cruzar. El tren chocó contra la parte trasera de su lujoso automóvil, lanzándolo contra la puerta y estrellándolo contra la ventanilla. El tren lo arrastró durante más de un kilómetro antes de detenerse.

A Laura empezaron a temblarle las manos antes de acabar el artículo, que continuaba describiendo los negocios de Richard, sus premios y sus donaciones benéficas.

Al final había una foto de Richard antes del accidente, guapísimo y de esmoquin; al lado había una de cuando lo metían a la ambulancia. El lado izquierdo de su cabeza y de su cuerpo estaban tapados. El brazo colgaba inerte, cubierto de sangre, sólo se veía su anillo.

Laura siguió mirando los recortes. «*Richard Blackthorne muy grave*», decía un titular. «*Blackthorne sale del hospital, cirujanos plásticos declaran que las lesiones son irreversibles*». «*Blackthorne se niega a ser entrevistado*». Otro mencionaba que la Ciudad de Charleston le había otorgado una placa por su valentía e incluía una foto de la mujer y el niño a los que había salvado. La esposa de Richard recogió la placa en su nombre y su único comentario fue «*La recuperación de mi marido será lenta y dura. No pensó en las consecuencias cuando ayudó a la señora Argyle y, a pesar de sus lesiones, no se arrepiente*».

Incluso sobre el papel, el comentario de Andrea Blackthorne rezumaba amargura. Miró en la caja y, al fondo, encontró la placa. Por su desinteresado acto de valentía, sin considerar su propia seguridad… la Ciudad de Charleston otorga a su hijo predilecto…

Un héroe. Había más condecoraciones y reconocimientos, y Richard no había ido a recoger ni una sola de ellas en persona.

Se preguntó quién había guardado los recortes. No creía que Richard quisiera revivir todo eso. Sospechó que debió hacerlo Dewey. Andrea lo había abandonado tras el accidente y eso implicaba que era incapaz de aceptar al hombre que era cuando le quitaron los vendajes.

Suspiró, quizá se equivocaba. Quizá el matrimonio iba mal antes y el accidente los había distanciado aún más. La enfurecía que Andrea hubiera marcado tanto a Richard como para hacerle esconderse en las sombras. Probablemente todo habría sido distinto

si ella lo hubiera apoyado. La maldita mujer debería haberse sentido orgullosa del valor y sacrificio de su marido. Guardó los artículos y siguió buscando una foto para Kelly. Encontró una de Andrea y Richard y cuando miró los ojos de él, vio a Kelly. Se preguntó si la niña también sonreía como él.

De repente, sintió que la observaban.

—Eso es repulsivo, Richard. Deja de hacerlo. Un día de éstos me vas a asustar y voy a tener que hacerte daño. ¿Dónde estás? —dijo, irritada al no descubrirlo en la oscuridad.

—Aquí —él agitó el brazo y lo vio junto a la armadura que había en la esquina. Era difícil distinguir qué era metal y qué era hombre.

—¿Apago las luces y enciendo la máquina de humo para que puedas seguir viviendo en la frontera con la vida un poco más?

—Veo que tu ingenio corta como un estoque.

—Entonces no eres tan estúpido como creía.

—¿Qué diablos significa eso?

—De nuevo tengo que decirte que has hecho daño a Kelly.

—Deberías haberme ayudado, Laura —acercó una silla a la oscuridad y se sentó—. Sabes que no quería hacerle daño —su suspiro de dolor cruzó la habitación y llegó hasta Laura—. Dios, parece que soy incapaz de hacer nada bien últimamente.

—Eso es porque aún no te has acostumbrado a que haya intrusos en tu santuario.

—Pero no he podido evitar hacer daño a la pequeña.

—Sé que no ha sido intencional. Pero quiero que te des cuenta de lo que ocurre.

—Estoy convencido de que me lo dirás. Sigue.

—Esta rutina no funciona, tenemos que pensar en otra cosa. Kelly te perdonará, Richard, ya lo ha hecho.

—Pero un espejo, Laura. Por Dios santo.

—Oh, Richard. —Laura parpadeó—, ni siquiera había pensado en eso —había espejos en su dormitorio y en los baños, pero en ningún otro sitio—. Era sólo un proyecto para entretenerla. Regalártelo fue idea suya.

—Lo sé, lo sé —dijo él con pesar—. Tengo que compensarla de alguna manera.

—Lo harás —asintió ella aunque no sabía cómo—. Leí lo del

accidente —señaló los recortes.

—No me gusta que curiosees en mis cosas. —Richard se puso tenso.

—Podría haberlo encontrado fácilmente en Internet —apuntó ella. Él asintió, pero seguía sin gustarle que rebuscara en su pasado —. Hiciste algo muy galante y desinteresado.

—Podría haber conseguido que nos matáramos los dos —gruñó él.

—Al contrario, tu rapidez la salvó a ella y a un ser humano que ni siquiera había respirado por primera vez. Tú le diste esa oportunidad y la de conocer a su madre.

—Nació pocas horas después del accidente.

—¿Has visto a la señora Argyle y a su hijo desde entonces?

—Los médicos me dijeron que fue al hospital, pero Andrea no la dejó entrar. Después me escribió. Le puso mi nombre al niño —explicó él, dándose cuenta de que el niño no era mucho mayor que Kelly.

—¿Andrea no le dejó entrar a darte las gracias?

—Yo no estaba de humor para recibirla.

—¿Quién habla, tú o Andrea?

—¿Perdona? —preguntó él a la defensiva.

—¿Cómo te sentiste cuando recuperaste el conocimiento después del accidente?

—Contento de estar vivo, contento de que ellos lo estuvieran. Estaba tan sedado que no recuerdo mucho de esas primeras semanas.

Transcurrieron unos momentos. Laura bebía vino y Richard seguía en la oscuridad. La lámpara de la mesa le permitía ver la silueta de la silla, y a él de cintura para abajo. Tenía los pies cruzados por los tobillos. Unos pies perfectos.

—¿Cómo se sintió Andrea?

—No hizo muchos comentarios.

—Ya supongo que no.

—¿Qué esperabas? A su marido lo arrolló un tren por causa de otra mujer.

—Eso son palabras de ella. No la defiendas, Richard. Por Dios, la mujer no era tu amante. Hubieras hecho lo mismo por un hombre. Sabías lo que hacías. Andrea se enfadó porque arriesgaras tu vida y

se enfadó más aún al ver el resultado.

—Tienes razón, maldita sea —asintió él tras una larga pausa—. Recuerdo que me preguntó cómo podía haberle hecho eso a ella, a nosotros —soltó una risa—. Eso me hizo verla como era en realidad. Entonces fue cuando trajo a los mejores expertos en cirugía plástica del país, pidiendo opinión tras opinión, sin obtener la respuesta que deseaba.

—¿Y cuál era?

—… Que mi rostro volvería a ser el de antes.

Cielos. En esa frase quedaba claro el egoísmo de Andrea, pensó Laura con dolor.

—¿Y entonces se marchó?

—No —él suspiró con disgusto—. Se quedó algún tiempo. Dormía en la habitación de invitados, con la excusa de que no quería hacerme daño en las heridas.

Laura supuso que para entonces ya se notaría su embarazo y que deseaba ocultárselo.

—No te dejaba tocarla, ¿verdad?

Él se quedó inmóvil, tenso, y ella casi percibió su encogimiento de hombros, la oleada de humillación que lo invadió.

—No, pero no podía culparla. No después de ver mi reflejo en un espejo.

—Yo sí.

—¿Perdona?

—Si te quería de verdad, no habría importado.

—En aquella época no era demasiado amable.

—Tampoco lo eres ahora, ¿y qué?

—Ahí está esa mordacidad que adoro —rió él entre dientes. A Laura se le aceleró el corazón—. Sigue, Laura, sé que tienes más que decir.

—Tenías muchos dolores, te estabas recuperando de un horrible trauma. He leído los artículos y visto las fechas —su voz sonó tensa de furia hacia la mujer que lo había abandonado—. Estuviste varias semanas en el hospital, después tuviste que hacer rehabilitación y necesitabas enfermeras que te atendieran a diario. Según los periódicos, tienes suerte de estar vivo —se había machacado el fémur, que ahora era una varilla de metal, la cadera y casi todos los huesos del lado izquierdo. Habían tenido que sustituir la

articulación del hombro con una prótesis de plástico y llevaba clavos en el brazo, los dedos y las costillas—. Tu determinación por recuperarte es admirable.

Richard alzó la cabeza de golpe. Aparte de sus médicos, era la primera persona que le decía eso. Después del accidente y de que Andrea lo culpara de su propia desgracia y de las consecuencias que tenía para ella, había decidido luchar.

—Intentaba demostrarle que nada había cambiado entre nosotros —murmuró en la oscuridad—. Poco después comprendí que daba igual. Ya me veía de otra manera.

—¿Cómo?

—Como un monstruo en vez de un hombre.

—Oh, Richard —la compasión de su voz le partió el alma, pero continuó hablando.

—Dormía sola, comía sola y, de pronto, una mañana se marchó. Ni siquiera quiso verme para despedirse. Me dejó una carta.

Laura pensó que era imposible ser más cruel y aséptico, pero se guardó su opinión.

—Comprendí que quizá la había empujado a hacerlo. No, no me defiendas, Laura, por favor. Yo era el chico de oro, todo lo que tocaba se convertía en dinero. Todo el mundo quería estar cerca de mí —hablaba como si se refiriera a una persona que no conocía y que no deseaba conocer—. Daba por sentado el estilo de vida, la libertad, y la gente pendiente de mí. Hasta que vi a la señora Argyle al volante, embarazada, luchando por respirar mientras el niño pataleaba en su vientre no supe quién era yo en realidad, todo lo demás era pura imagen. La decisión de empujar su coche aunque llegaba el tren… eso definió qué persona era yo en mi interior. En mi alma —se puso un dedo en el pecho, sobre el corazón—. Me distanció de la vida que había llevado hasta entonces. Fue como si nunca hubiera vivido hasta ese momento. Hice lo correcto —masculló, como si intentara reafirmarse—. Era lo único que podía hacer. Y Andrea me maldijo por ello, me miraba con repulsión cuando creía que no la veía. Y yo me enfadé con el mundo por mostrarme a un hombre que no estaba seguro de desear conocer.

—¿Y ahora? —Discretamente, Laura se limpió las lágrimas que corrían por su mejilla.

—No cambiaría nada de lo que hice esa noche —aseveró él. A

continuación la sorprendió lanzando una risita—. Excepto que pisaría el acelerador con más fuerza.

—Ya, claro, eso no habría estado mal. —Laura se acabó el vino y metió el resto de los papeles y fotos en la caja que había en el suelo. Se levantó y se acercó hacia él, la bata moldeaba su esbelta figura, y Richard se puso rígido.

—Quédate ahí —ordenó roncamente. No obedeció, fundiéndose en las sombras con él, y percibió la fragancia de limón que emitían su piel y su pelo—. Laura —musitó. Ella alzó la mano y él se la agarró, pero consiguió zafarse y tocó el lado intacto de su rostro y hundió los dedos en su cabello. Él gimió suavemente.

—Yo no soy Andrea, y tú no eres Paul —dijo ella posando los labios sobre los suyos, apenas un roce. Richard luchó contra el impulso de sentarla en su regazo y explorar cada milímetro de su piel con la boca y las manos—. No me asustas, dragón. Además, si crees que seguir siendo un recluso es lo mejor para todos… —Se movió, y puso la boca cerca de su oído—… entonces. ¿Por qué siempre te acercas tanto a la luz por mí?

Sin darle tiempo a responder, desapareció en el oscuro vestíbulo. Pero Richard sabía la respuesta: empezaba a confiar en ella, le había contado cosas que nunca le había contado a nadie. Y era muy peligroso. Cuando estaba cerca de ella, lo último en lo que pensaba era en la imagen que veía al mirarse en un espejo.

Capítulo 8

—Laura —llamó Kelly desde el salón—. ¿Qué es esto?

Laura se secó las manos en un paño y cruzó el comedor. Se quedó quieta y parpadeó al ver las cajas de madera atadas con lazos verdes.

—¿Por qué no lo averiguamos? —Miró la nota que había sobre las cajas, dirigida a ella. La abrió y leyó: *Muéstrame algo más de tu talento*. Junto a las cajas había un boceto que había hecho de Kelly, con una nota que decía: *Es precioso, la has captado perfectamente, Richard*.

—¿Para quién son? —preguntó la niña, dando saltos de anticipación a la vista de los regalos.

—La nota dice que el de arriba es para ti —aflojó los lazos y le entregó la caja a Kelly. La niña se sentó en la alfombra, la abrió y dio un grito de sorpresa. Dentro había cuentas de colores, brillantina para decorar, lápices de colores, rotuladores, acuarelas y papel—. De parte de tu papá —dijo Laura. Kelly la miró resplandeciente.

Laura sonrió. Richard había pedido excusas a su hija del único modo a su alcance. Kelly le preguntó si podía probarlo todo y Laura asintió. Puso un mantel viejo sobre la mesa del comedor y llevó un vaso con agua para que pintara.

Cuando Kelly estuvo instalada, Laura volvió al salón. Con un suspiro, abrió la primera caja y encontró papel, carboncillo y todos los utensilios necesarios para dibujar. La caja siguiente contenía acuarelas de buena calidad, paleta y pinceles, en la última había un

caballete y un taburete plegables. Otra nota rezaba: *La habitación amarilla del ala oeste tiene la mejor luz y una vista excelente del río y del pueblo.*

Las lágrimas le quemaron los ojos. Nadie antes se había molestado en ver más allá de su rostro, en descubrir la persona que era en su interior. Aunque las paredes de su apartamento estaban llenas de dibujos, Paul ni siquiera se había fijado. Adoraba dibujar y pintar, pero lo había dejado por cosas que, en un momento dado, le parecieron más importantes. El arte le proporcionaba una sensación de libertad que no conseguía con ninguna otra cosa. Y él se la había devuelto.

—Anda, para ti también hay —gritó Kelly, apareciendo a su lado y mirando las cajas. Laura acarició la oscura cabecita.

—Es maravilloso, ¿no? Tendremos que preparar un lugar especial para utilizarlas.

Kelly asintió y volvió al salón dando saltos. Laura se sentó en el sofá y examinó cada artículo, excitada y preguntándose qué dibujar. Ansiaba darle las gracias, pero sabía que no la recibiría. Cuando Kelly acabó su primer dibujo, Laura lo pegó en la nevera y llevó a la niña al baño. Le costó convencerla, porque quería probarlo todo. Laura le prometió que lo haría al día siguiente y, tras un baño y un cuento, Laura la acostó. Kelly insistió en tener el regalo cerca de la cama, como si eso la aproximara a su padre.

Laura dejó la puerta entreabierta y se preguntó que estaría haciendo Richard. Desde la noche anterior no había hablado con él. No la había llamado una sola vez por el intercomunicador, ni había aparecido entre las sombras. Era como si el día anterior hubiera revelado demasiado y necesitara distancia. Aun así, su regalo era fantástico, era un hombre complicado. Tras darse una ducha y ponerse el pijama y una bata, bajó las escaleras, deseando probar las pinturas.

* * *

Cuando Richard oyó a Laura abajo, fue al dormitorio de Kelly, impaciente por estar con su hija. Se sentó en la mecedora y contempló cómo dormía; la luna bañaba su rostro acentuando su

inocencia. *Serabi* estaba sentada como una reina a los pies de la cama.

—Papá —murmuró Kelly suavemente, como si percibiera su presencia. Él tomó su mano, y le acarició el dorso con el pulgar—. Gracias por las cosas de pintar, papá —dijo ella sin abrir los ojos.

—Me alegro de que te gusten, princesa.

—A Laura también le gustan las suyas —dijo Kelly con un bostezo.

Él sintió un cosquilleo de placer. Ansiaba ver a Laura, hablar con ella. Sólo a su lado se sentía humano, como si sus cicatrices no tuvieran importancia. Tomó el libro de cuentos de la mesilla, lo abrió por la página que había marcado y comenzó a leer, sintiéndose como un rey al ver la sonrisa adormilada de Kelly.

* * *

Richard maldijo el tamaño de su propia casa tras encontrar la biblioteca vacía. Laura no estaba en su dormitorio. Salió de la biblioteca y giró a la izquierda, hacia el ala oeste, diseñada para sirvientes e invitados y que no se utilizaba. Subió las escaleras buscándola y empezando a sentir pánico. ¿Y si se había hecho daño? La llamó suavemente y, al no recibir respuesta comenzó a abrir puerta tras puerta.

—¡Laura!

—Aquí dentro.

—¿Dónde diablos es aquí? Maldita sea, esta casa es un laberinto.

—Dijiste que podía usar la habitación amarilla, ¿no? —Su risa cálida y ligera aún flotaba en el aire cuando abrió la puerta. Estaba sentada de espaldas a él, frente al caballete, con el pincel en la mano—. ¿No es verdad? —insistió ella.

—Creo recordarlo, sí.

—No paseas mucho por la casa, ¿eh?

—Por esta zona no. Me siento como un idiota.

—¿Estabas preocupado?

—Diablos, sí. Esta casa es tan grande y vieja…

—Y oscura —añadió ella, girando levemente pero sin mirarlo.

Richard comprendió que lo hacía por él. Las cortinas estaban

abiertas y rayos de luz plateada entraban por las ventanas.

—Estás pintando en la oscuridad, Laura.

—Vaya, Blackthorne, eres muy perspicaz.

Él rió y, moviendo la cabeza, se acercó. Laura lo sintió tras ella, percibió el aroma de su loción para después del afeitado y se preguntó cuándo se habían agudizado tanto sus sentidos. Casi sentía el calor de su cuerpo a través de la fina bata y el pijama. Anhelaba verlo, no por curiosidad, sino para que confiara en ella.

—¿No es una vista increíble? —señaló el pueblo, que se extendía ante ella; las casas encaladas de blanco brillaban a la luz de la luna, y la marea lamía la playa. La casa estaba en un promontorio, como un ogro maquiavélico que dominaba el pueblo. No era extraño que todos lo temieran.

—Pensé que te gustaría. Pero ¿por qué pintas sin luz?

—Quería captar esa imagen. La isla dormida —dijo ella, sobresaltándose cuando él puso las manos en el respaldo de la silla.

—Pues la has captado perfectamente —dijo él, tras estudiar el cuadro a medio pintar. La voz sonó junto al oído de Laura, suave y dulce.

—Las nubes no paraban de moverse y arruinarlo.

—Hay una tormenta tropical en la costa de Florida. Es posible que llegue hasta aquí.

—Espero que no —echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el calor de su cuerpo junto a la mejilla. Se estremeció—. La temporada casi ha terminado.

—A veces la Madre Naturaleza es muy bruja. Pero aquí estamos a salvo, esta casa lleva veinte años aguantando tormentas.

—Gracias por las pinturas. Me encantan —dijo ella, tras unos momentos de silencio.

—De nada. Tienes un talento extraordinario.

—Gracias —consiguió decir ella, emocionada.

—Dime, reina de la belleza, ¿era esto lo que hacías en las pruebas de talento de esos concursos?

—No, claro que no —sonrió suavemente, preguntándose por qué no la ofendía que la llamara reina de la belleza.

—No me lo vas a decir, ¿eh? —Ella negó con la cabeza—. Me encantan los retos, Cambridge —hizo una pausa y gimió—. Dios, hueles bien.

—Tú también —murmuró ella pero, cuando volvió la cabeza, él se apartó y fue a la ventana. De espaldas, se apoyó en el marco de la alta y estrecha ventana. La luz plateada se derramó sobre él y Laura se quedó asombrada al ver su tamaño. Debía medir al menos uno noventa, y sus hombros bloqueaban la luz.

—Santo cielo, Richard, eres un gigante.

—¿Te asusto? —preguntó él con una risa.

—Huy, sí, ¿no me ves temblar? ¿Sabes una cosa?, no le parecerías tan misterioso a la gente del pueblo si no te esforzaras tanto en alejarlos.

—No vienen de visita.

—Con la muralla china rodeando la casa y una cabeza de dragón en la puerta, ¿qué esperas? La casa está aislada y, francamente, Richard, no le vendrían mal algunos arbustos o flores alrededor de esos robles. Admito que ver el musgo colgando de las ramas es una imagen memorable, pero también tétrica. Quizá si pintaras…

—Laura.

—¿Qué? —Ella inhaló con fuerza.

—Estás parloteando —dejó caer los brazos y se volvió, apoyándose en la pared derecha de la ventana. A ella le dio un vuelco el corazón.

Podía ver el lado derecho de su rostro, intacto y muy atractivo. Tenía el cabello demasiado largo y le rozaba el cuello de su camisa. Blanca, como siempre. Camisa blanca y pantalones oscuros, como si tuviera un montón de trajes de ejecutivo a los que dar algún uso.

—Te cortas el pelo tú mismo, ¿verdad?

—Supongo que se nota hasta en la oscuridad —rió él, pasándose la mano por el cabello.

—Te lo cortaré, si quieres. Solía cortárselo a mis hermanos y hermanas…

—No, gracias. Tampoco es que lo vea nadie.

—Eso no viene al caso. —Laura se puso en pie—. Lo ves tú. Por Dios, Richard… —calló.

—¿Qué?

—No podemos seguir así. Escondernos en las sombras no nos hace ningún bien.

—Habla por ti misma.

—¿Qué ganas tú?

—Mi privacidad, mi dignidad. Mi orgullo.

—No, no es cierto —negó con la cabeza—. Sólo mantienes vivas las heridas que ella te infligió. No todo el mundo es como Andrea.

—Hace tiempo que la olvidé.

—Te creo, pero te ha marcado y no me gusta.

—Peor para ti —espetó él, a la defensiva.

—Así están las cosas, ¿no? Si intento acercarme a ti te conviertes en una bestia furiosa.

—No me fuerces. Eso no ocurrirá.

—Oh, ¡déjalo ya, Blackthorne! Sé quién eres, pero no qué aspecto tienes —dio un paso—. Déjame verte.

—No.

—Me has hecho el mejor regalo de mi vida —dijo, señalando las pinturas que había en el suelo y en la mesa—. Me has visto a «mí». No al rostro que ganaba concursos. Pero no me permites que yo te dé nada.

Él comprendió que quería demostrarle que no se asustaría, que no sentiría repulsión. Pero no podía arriesgarse, y menos cuando empezaba a sentirse de nuevo como un hombre, cuando quería salir a la luz sólo por ella.

—Me has dado una oportunidad con mi hija.

—¿Y eso es suficiente? —Él no contestó—. ¿Es suficiente?

—¡No! —exclamó él—. No desde que entraste por la puerta —ella dio un paso hacia él.

Richard la miró fijamente. La luna iluminaba su bello rostro, y el largo cabello ondeaba a su espalda. La bata escondía su cuerpo.

—Pero tiene que ser así.

—No es cierto. Conmigo no.

El cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, abriendo y cerrando los puños. Percibía oleadas de su fragancia, embrujándolo, amenazando con romper los últimos vestigios de su voluntad.

—Tengo que irme. Ahora. —Laura lo agarró del brazo—. Maldita sea, mujer, déjame ir —ordenó, sintiendo sus dedos como brasas en la piel.

—¿Por qué?

Ladeó la cabeza, mirándola. Estaba a centímetros de él. El deseo recorrió su cuerpo como una hilera de hormigas viva y cosquilleante. Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

—Porque si te toco, no creo que pueda parar —confesó, tragando saliva.

El corazón de Laura se disparó. Le tocó la mejilla y él dio un respingo. Sufrió por él, por su dolor, por sus años de reclusión.

—Oh, Laura —musitó Richard, apoyando la mejilla en su mano, disfrutando de su tacto—. No puedo. No puedo. Me volveré loco.

—No lo harás.

—Sí —siseó él, tomó su mano y le besó la palma y las yemas de los dedos, temblando.

Un hombre fuerte, que había sobrevivido a una experiencia horrible, un hombre que se escondía en las sombras, temblaba ante ella. Laura se sintió favorecida por un don, adorada, y supo que le había entregado su corazón, y que ansiaba entregarle su cuerpo. Enredó los dedos en su pelo y acercó la cabeza hacia ella.

—Si te vuelves loco, por favor… llévame contigo.

Un segundo después la boca de él la tomaba, devorándola, penetrándola, ardiente de deseo y pasión. Ella lo aceptó y él introdujo la lengua entre sus labios, saboreándola una y otra vez. No podía respirar ni pensar, sólo sentir, llevaba mucho tiempo sintiendo únicamente su fealdad, su desolación. Ella era un rayo de sol en su oscura vida, una atracción irresistible, que lo besaba como si quisiera redimirlo y enloquecerlo.

Rodeó su cintura con el brazo, atrayéndola hacia sí, permitiendo que sintiera su excitación, lo que provocaba en su cuerpo con un beso. Casi lo avergonzaba que lo excitara con tanta facilidad. Se apartó un momento e inspiró con fuerza, deseando ver su rostro, sus ojos.

—No deberíamos cruzar este umbral.

—Demasiado tarde —gimió ella antes de besarlo y apretarse contra él, apoyándose entre sus muslos abiertos. Su mano izquierda exploró su cuello, su hombro derecho y bajó hacia el pecho.

Él gruñó, deslizó la mano por su espalda, hasta sus nalgas, y la apretó contra sí. Sintió que el calor de su cuerpo le atravesaba la ropa y se tensó cuando ella puso la mano derecha en su hombro destrozado. Casi lo decepcionó que la retirara, sin embargo, mientras el pulso del deseo se aceleraba, comprendió que la había llevado hacia su espalda. El cariñoso gesto hizo que algo se rompiera en su interior. La besó con más fuerza, abrió su bata y le

tocó un seno, sintiendo el pezón endurecerse bajo su palma. Acarició la suave piel y ella ronroneó, apretándose contra él. Ella misma se desabrochó el pijama y él apartó la tela de sus hombros. Sus ojos devoraron la piel desnuda y agachó la cabeza. Ella se echó hacia atrás, apoyándose en su brazo, invitándolo abiertamente. Atrapó un pezón con los labios, y ella gimió suave y profundamente, con pasión, y clavó los dedos en su hombro.

Lamió, chupó y dibujó círculos alrededor del pezón, después devoró sus pechos como un hombre hambriento en un banquete real. Sabía a limones y a miel, y la luz de la luna iluminaba la piel perfecta de sus senos desnudos. La mordisqueó y los gemidos entrecortados de ella inflamaron su pasión. Deseaba hacerla sentir placer, quería llevarla al éxtasis.

—Necesito tocarte. Eres tan cálida y suave. Oh, Dios… —calló cuando los dedos de ella rozaron uno de sus pezones. Se dejó caer en la alfombra, arrastrándola consigo, entregándose.

Laura lo apretó contra sí, su cuerpo era una sombra contra la luz de la luna que se derramaba sobre ellos, mientras él la besaba salvajemente, pidiendo más y más. Estaba dispuesta a todo.

—Dime que pare y lo haré —murmuró él contra su boca. Laura llevó la mano de él a su pecho.

—Si paras ahora, te pegaré.

Él rió y volvió a tomar su boca con ardor y frenesí, después dibujó con la lengua una línea que descendió por su cuello, rodeó los pezones y siguió bajando. Los músculos de ella se tensaron bajo sus caricias, y se estremeció de deseo cuando introdujo la mano en los pantalones del pijama. Él encontró su objetivo, caliente y húmedo, entreabrió la delicada carne e introdujo un dedo en su interior.

Ella se arqueó y su gemido rompió el silencio. Lo agarró, urgiéndolo a que se pusiera sobre ella. Negándose, la acarició con más fuerza, más profundamente, llevándola al borde de éxtasis. Su cuerpo se ondulaba ante cada embate, y él saboreó cada gemido, olor y sensación.

Laura se convirtió en una criatura salvaje que le decía lo bien que la hacía sentirse y cuánto había deseado que la tocara así.

—Vamos, bella, tómalo —le susurró al oído—. Quiero sentir cómo te abres para mí.

—Ya lo hago, te lo juro —gimió ella, moviéndose contra su mano.

—No lo suficiente.

De repente, se apartó, le quitó los pantalones y abrió sus muslos. Deslizó una ancha mano bajo sus caderas, la alzó, y la cubrió con la boca mientras deslizaba dos dedos en su interior. Laura gritó, sus caderas se movieron y un fuego imparable la abrasó, un ciclón de deseo la arrasó. Él trazó círculos con la lengua, succionando y tirando con los labios, y Laura sintió que su deseo crecía y crecía, tensándola y endureciéndola.

Richard percibió la tensión de los delicados músculos, del cuerpo luchando por alcanzar el clímax, y adoró cada segundo; cada estremecimiento de ella recorría su propio cuerpo como una oleada. Deseaba estar en su interior, reclamarla como suya, pero no podía ser. Nunca. No podía hacerle el amor en la oscuridad, como una criatura salvaje. Ella se merecía más de un hombre; él sólo podía ofrecerle la culminación de su placer.

Y lo hizo; rodeando con los labios la perla de su sexo, chupó suavemente, introduciendo y sacando el dedo de su interior. Ella estalló en mil pedazos y sus convulsiones los recorrieron a ambos. Su cuerpo se curvó con el de ella, y su orgasmo lo recorrió, haciendo que casi perdiera el control.

Laura, arrebatada, repetía «Me muero» una y otra vez. Apenas había recuperado el aliento, cuando él volvió a besarla, acariciándola aún, prolongando los últimos latidos de placer. Rodeó su cuello con los brazos y lo besó hambrienta, ignorando la súbita tensión de su hombro, ignorando que no quería que lo tocara.

—Te quiero, «a ti».

—No.

—¡Sí! —Le abrió un botón de la camisa e introdujo la mano dentro.

—No —atrapó su mano y la detuvo—. No te haré el amor en la oscuridad. Mereces la luz.

—Entonces, enciéndela —silencio—. No quieres que te vea —él siguió callado—. Ya veo. —Laura soltó un suspiro—. ¿Ni siquiera por mí? ¿Ni siquiera después de hacerme «eso»?

—No.

—Estoy harta de oír no, Richard —dijo ella, intentando

mantener la calma, aunque su cuerpo aún ardía, aunque él aún la tocaba.

—Es la única respuesta que puedo darte.

—Creí que confiabas en mí —retiró sus manos y se apartó de él —. Parece que eso no es posible —se puso en pie y, sin molestarse en recuperar el pantalón del pijama, salió de la habitación.

Richard se sentó, puso la cabeza entre las manos y se mesó el cabello. ¿Por qué le parecía que la oscuridad era mucho más intensa que antes?

Capítulo 9

Laura había dejado a Kelly medio dormida, echándose la siesta, pero cuando volvió, no estaba en la cama.

Abrió una puerta y buscó en otra habitación, la cerró y pasó a la siguiente. La llamó, sin recibir respuesta. Habían pasado todo el día jugando. Laura necesitaba distraerse lo más posible, para no pensar en Richard. Pero, incluso tras montar a caballo, pasar horas en la playa y en los columpios y hacer manualidades con Kelly, seguía sintiendo las caricias de Richard. Su boca en la piel. Se sentía febril y ardiente, y ni siquiera una ducha fría logró calmarla.

—Kelly, nena —llamó en otra habitación vacía. El tono de su voz se fue haciendo más y más agudo al no encontrarla.

La invadió el pánico y corrió de habitación en habitación; finalmente fue al ala oeste, pero allí sólo estaban sus pinturas. Miró los pantalones de su pijama con disgusto, recordando con que facilidad se los había quitado él. Los agarró y volvió a la parte principal de la casa.

—Vamos, sal, princesa —dijo abriendo armarios y baúles—. Esto no tiene gracia.

Se quedó inmóvil al oír un sonido apagado y distante. Fue hacia el ruido, pero no la encontró. Corrió fuera, Dewey estaba en el garaje, trabajando en el coche.

—Ayúdame a buscar a Kelly. No la encuentro. Debe estar jugando, o algo así.

Preocupado, él asintió, dejó las herramientas y fue a buscarla por los jardines, mientras ella volvía a la casa. Laura se asomó por

el balcón del salón y no vio huellas de pisadas en la arena, nada que indicara que se había alejado de la casa. Sintió un ligero alivio. Se preguntó dónde podía estar y por qué no contestaba.

Llamándola, buscó en todos los sitios en los que podía esconderse, incluyendo el armario de la limpieza. El miedo comenzó a atenazarla. Aunque la casa era segura y tenía un sistema de alarma muy avanzado, recordó la advertencia de Richard: alguien podría secuestrarla y pedir un rescate. Decidió no alarmarlo de momento.

—No hay ni rastro de ella —dijo Dewey, asomando la cabeza por la puerta de atrás. Laura asintió con la cabeza y le dio las gracias. Corrió escaleras arriba, con la esperanza de que Kelly hubiera vuelto a su dormitorio, pero estaba vacío. Los rotuladores y el cuaderno de dibujo seguían donde los había dejado.

Oyó un golpeteo en la *suite* de Richard y el enfado de la noche anterior resurgió. Subió y golpeó la puerta.

—¿Sí? —preguntó él.

—Abre la puerta, maldita sea.

—No.

—¡Ya te dije que estaba harta de oír eso! Abre, o te juro que la destrozaré con una de esas espadas antiguas que hay por la casa.

—¿Recurres a la violencia, Laura? —Richard frunció el ceño, deseando abrir y besarla hasta hacerla cambiar de humor.

—Necesito tu ayuda, Richard. ¡Kelly ha desaparecido!

—¿Qué? —Richard dejó caer la pesa al suelo de golpe.

—Estoy segura de que está en la casa. No hay huellas en la arena y Dewey no la ha encontrado afuera. Estaba durmiendo en la cama y cuando volví había desaparecido.

—¿La gatita también?

—Sí, también —dijo ella tras pensar un segundo. De pronto, oyó un gemido apagado.

—Oh, Dios, la oigo. ¿Dónde puede estar?

—Yo la encontraré —dijo Richard, poniéndose una camiseta.

—¿Cómo diablos vas a encontrarla ahí encerrado? ¡Sal, Richard! ¡Necesito ayuda!

—Tranquilízate, cariño. La encontraré —dijo Richard, acercándose a la puerta. Su voz la tranquilizó. Estaba segura de que la encontraría pero, entretanto, ella seguiría buscando.

* * *

Richard agarró una linterna, entró en la escalera de servicio que había oculta en las paredes y bajó un piso, después subió por la escalera opuesta, que llevaba al otro lado de la casa.

—¿Kelly? ¿Kelly?

—¿Papá?

—Quédate donde estás, princesa. Ya voy.

—Tengo miedo —gimió. La gatita maulló.

—Lo sé, preciosa. Sigue hablando. —Richard subió la estrecha escalera—. ¿Ves la linterna?

—No —su voz sonó asustada.

—Todo va bien, cielo, papá está aquí. No te pasará nada.

—Vale.

Richard se sonrió. La niña intentaba hacerse la valiente. Dobló la siguiente esquina y deseó que hubiera luces en los pasadizos. La mitad de las escaleras desembocaban en largos pasillos y, aunque él conocía el laberinto en la oscuridad, Kelly podría haber estado atrapada durante días, buscando una salida.

—¿Cómo encontraste las escaleras en la pared?

—*Serabi* fue a una esquina de mi dormitorio, y luego se metió por debajo de la pared.

El comprendió que debía haberla dejado mal cerrada en su última visita nocturna. Lo ocurrido era culpa suya.

—¡Veo la luz, papá! —gritó ella con alivio.

Richard la iluminó con la linterna y la alzó en brazos, apretándola con fuerza. Si le hubiera ocurrido algo… Ella se agarró a su cuello y él la besó en la mejilla. Temblorosa, se echó a llorar.

—Ya pasó, nena. Ahora estás con papá.

—Tenía mucho miedo —sollozó ella.

—Lo sé, nena, lo sé —la tranquilizó suavemente mientras se dirigía a la salida. Apretó la pared y la puerta se abrió. La dejó en el suelo y ella corrió al vestíbulo de arriba.

—¡Laura, Laura!

—Oh, Kelly —gritó Laura. Corrió hacia ella y la levantó en brazos, besándola. Kelly se echó a reír. Richard, de pie en el umbral, contempló a Laura con su hija. Sus ojos, rebosantes de

lágrimas, brillaban de amor por la niña.

—Tesoro, estaba muy preocupada. ¿Dónde fuiste?

Richard se puso tenso. Había llegado el momento de la verdad.

—Estaba en las paredes.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una escalera interior para el servicio, y pasadizos que llevan desde aquí al ala oeste —dijo Richard—. Recorren toda la casa.

Laura giró, mirando en su dirección. Su cuerpo llenaba el umbral y vislumbró unos pantalones cortos y una camiseta negra, en vez de la austera camisa blanca y pantalón oscuro usuales. La luz se reflejaba en el músculo retorcido de su muslo izquierdo y Laura se estremeció al recordar escenas de la noche anterior, pero la pudo su enfado.

—¿Pasadizos? —dijo—. ¿Y tú lo sabías?

—Por supuesto.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo? Por Dios, Richard, ¡podría haberse caído! No habríamos… no la habría encontrado nunca. ¡Fue algo egoísta y peligroso no hablarme de ellos!

—Lo siento, Laura —dijo Kelly.

—No es culpa tuya, preciosa.

—Así es como vienes a mi dormitorio, ¿verdad, papá? —Kelly miró de uno a otro, preocupada.

—Sí, princesa, es así.

—¡Desde luego! —Laura comprendió al fin cómo se movía por la casa sin que lo viera. Dejó a la niña en el suelo y se cruzó de brazos.

—Sólo a su dormitorio —aclaró él, imaginándose lo que estaba pensando.

—Ni se me había ocurrido que fueras al mío —se burló ella—. Suelo tener la luz encendida.

—Papá me lee. Todas las noches.

—¿Qué? —Laura miró a Kelly. Se irguió, dejó caer los brazos y se enfrentó a Richard—. ¿Le lees? ¿Vas a su dormitorio por esos pasadizos todas las noches?

—Sí. Ella se encaminó hacia él y le clavó un dedo en el pecho.

—Eso es… eso es —suspiró y apoyó la mano en el centro de su pecho—. Eso es maravilloso, Richard. Me alegro por los dos.

—No cambia nada.

—Me hace ver que podéis apañaros si no estoy aquí —dijo ella. Él se inclinó y ella captó su aroma a especias, sudor y hombre; un cosquilleo recorrió todo su cuerpo.

—Tú no te vas —gruñó él. No podía soportar la idea, ni siquiera un momento.

—Por favor, no te vayas, Laura. ¡Por favor! —chilló Kelly, con pánico en la voz.

—No me voy, cielo —la consoló y se acercó más a Richard y susurró—. De momento. Te lo dije, no puedo seguir así.

—Pero seguirás —musitó él inclinando la cabeza. Su boca estaba a milímetros de la de ella.

Sabía que él se refería a que lo haría por Kelly, y el maldito tenía razón. Pero su actitud la irritó.

—Continuaremos con esta discusión más tarde, señor Blackthorne —espetó, y volvió con Kelly.

—Sí, bella, lo haremos —dijo él, y a ella sus palabras le sonaron casi como una amenaza.

—¿Estás enfadada con papá, Laura? —preguntó Kelly cuando ella la tomó de la mano.

—Sí, estoy enfadada.

—¿Por qué?

—Porque es… testarudo —«y orgulloso y desconfiado, y quiero que me crea y me bese hasta enloquecerme, como anoche», pensó Laura.

—Ah —exclamó. Laura se sonrió. Estaba claro que Kelly no entendía nada y era mejor así.

—Vamos, nena. Tienes que acabar la siesta antes de cenar. —Kelly se quejó, pero se encaminó hacia el dormitorio, con la gatita en brazos—. En cuanto a ti, Richard…

—Sí —dijo él con calma, mirando su trasero embutido en una falda vaquera y recordando cómo se sentía bajo sus manos. Laura se detuvo en la puerta del dormitorio y miró hacia él.

—Tienes un buen par de piernas.

Él se atragantó con una carcajada; la mirada de Laura expresó más que mil palabras, y el tono de su voz le hizo rememorar la noche anterior. Sus músculos se paralizaron y su cuerpo gritó de deseo por ella. A un lado estaba la soledad, sofocándolo como una neblina, al otro estaban Laura, la esperanza, la libertad y mucho

más.

* * *

Laura se revolvió en la cama y, por primera vez en años, el sonido de la lluvia y los truenos no la reconfortó. Si no descansaba estaría agotada al día siguiente, pensó, culpando mentalmente a Richard. Tras bañar a Kelly y darle la cena, había leído un poco, dibujado y tomado una manzanilla, pero ni siquiera el alivio de haber encontrado a Kelly y de saber que Richard pasaba un rato con su hija todas las noches, había relajado la tensión que la atenazaba.

Ardía. Se sentía inquieta, agitada y… enfadada. Con él.

Los momentos pasados en sus brazos no hacían más que invadir su pensamiento, como una lluvia torrencial golpeando un cristal. Se levantó y fue hacia la ventana. Apartó la cortina y se sentó en el banco a mirar la tormenta. El agua estaba negra como la noche, sólo se veía la espuma blanca de las olas. Se preguntó si debería ir a buscarlo e intentar convencerlo de que confiara en ella. Pero sabía que no debía, él confiaría cuando estuviera listo. Si es que lo estaba alguna vez. Temía que, si lo presionaba, se encerrara aún más; no podía arriesgarse a eso por el bien de la niña. Kelly necesitaba que su padre lo fuera de verdad, que se atreviera a mirar a su hija y al resto del mundo sin miedo.

Una parte de ella sufría por el gentil hombre que se sentía obligado a esconderse de ellas. Por el hombre que pensaba que les hacía un favor, cuando en realidad sólo se hacía daño a sí mismo.

Laura comprendió cuánto le importaba Richard y eso la asustó. La aterrorizaba, porque él daba mucha importancia a su apariencia. Ya había sufrido por causa de un hombre así, pero también sabía que Paul sólo la quería por su aspecto, por la imagen que daba ante sus amigos y colegas.

Richard y ella se parecían. El accidente de él había sido un punto de inflexión en su vida, cambiándolo irrevocablemente, reajustando sus prioridades. A ella, la ruptura de su compromiso la había fortalecido, le había hecho comprender que poca gente era honesta. Que pocos la querían por lo que era y no por lo que parecía. Paul había cambiado su percepción del mundo.

Richard la consideraba demasiado guapa para un hombre como él. No entendía que ella no veía sus cicatrices, no notaba el esfuerzo que hacía para no cojear. Se había enamorado de su voz en la oscuridad, de los cálidos besos que la encendían, del hombre perspicaz que había captado a la artista que ella había dejado atrás con los vestidos y diademas de los concursos.

Se preguntó cómo podía estar tan enamorada de un hombre que no confiaba en ella lo suficiente como para dejarle ver su rostro.

* * *

En su *suite*, Richard paseaba como un animal enjaulado. Fuera, la tormenta alcanzó su apogeo, y sintió cada trueno, cada relámpago como si atravesaran su cuerpo. Se mesó el cabello, aún húmedo de la ducha y se frotó la nuca. Quería ir con ella, verla, tocarla, pero sabía el peligro que suponía para ambos.

La noche anterior lo había demostrado. Con sólo tocarla, su fuerza de voluntad se esfumaba.

Ella quería lo que no podía darle. Que permitiera que otro ser humano, aparte de Dewey, lo viera. No sabía lo que implicaba. Sería cómo rendirse a una inspección y era demasiado arriesgado. ¿Y si ella retiraba la vista? Entonces lo habría perdido todo. Sabía que vivir en la oscuridad lo agotaba, que su mal humor y su necesidad iban en aumento. Echaba de menos pasear al sol. Diablos, ¡echaba de menos entrar en una habitación con las luces encendidas!

La echaba de menos a ella.

Miró la puerta de madera tallada. El viento la hacía crujir, como si quisiera abrirla. Se encaminó hacia ella, flexionó los dedos y la abrió.

Laura estaba sentada en el banco de la ventana con las piernas recogidas a un lado. Sólo había una lámpara encendida en una esquina de la habitación, se había acostumbrado a que la casa estuviera siempre a oscuras.

Se vio un relámpago, la luz parpadeó, se apagó y volvió de inmediato. En ese momento supo que él estaba en la habitación. Su cuerpo vibró de excitación y, apretando la bata contra su cuello,

volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿Por qué estás aquí?

—La verdad, no lo sé.

—Siéntate —le indicó con un gesto.

Él avanzó un paso y se detuvo.

—Santo cielo, aquí hace un frío endiablado —fue a la chimenea y apiló unos troncos.

—Yo no tengo tanto frío.

—Hay humedad. Te pondrás enferma. Y puede que se vaya la electricidad —encendió una cerilla, y la pequeña llama iluminó sus rasgos.

—Podría haberlo hecho yo —dijo Laura, viendo las marcas que cruzaban su cuello.

—Lo sé.

—Vete, Richard.

—¿Ya estás harta de mi compañía?

—Claro que no. Pero sabes que no es prudente —inhaló y soltó el aire con fuerza—. Quiero más que tus caricias, más que estar en tus brazos —admitió con honestidad—. Te quiero a ti entero —él se quedó inmóvil—. No sólo al hombre de las sombras, ni a la voz que me tranquiliza y me hace sentir viva al pronunciar mi nombre. No sólo el cuerpo que no me dejas tocar —hizo una pausa, haciendo acopio de valor—. Ya he tenido la mitad del amor y atención de un hombre antes. He tenido las migajas… —Tragó saliva—. No volveré a aceptar eso.

Él no replicó, y Laura sintió que su corazón estaba a punto de romperse en pedazos.

—No podemos compartir nada si no confías en mí. Eso lo convierte en algo pasajero. Como si nos estuviéramos utilizando el uno al otro —concluyó con voz tenue.

—Entre nosotros hay más que una mera atracción sexual, Laura —su voz sonó ronca y profunda y Laura sintió pinchazos de calor por todo el cuerpo, que se intensificaban por segundos.

—Si sabes lo que siento, si crees eso, entonces, ¿por qué estás aquí?

—Yo… tenía que verte.

—¿Pero yo no puedo verte a ti? —suspiró y contuvo las lágrimas que le quemaban los ojos—. Ahórranos a los dos un montón de

dolor. Vuelve a tu torre.

En el silencio que siguió sólo se oía el chisporrotear de las llamas, que iluminaban la habitación con un tenue resplandor dorado. El se quedó junto a la chimenea, con una rodilla en el suelo, echando palitos a las llamas. El fuego bailoteaba, silueteando sus hombros y su torso, agrandando su tamaño. El cabello le ocultaba la mejilla y la mandíbula, enroscándose en el cuello de su camisa. Ella deseó enredar los dedos en él, acariciar su pecho con las manos, experimentar sus besos, su boca en el cuerpo. Se tapó la cara con las manos.

—Vete, por favor —susurró, con voz temblorosa de deseo.

—No —se irguió y se volvió hacia ella—. Ya no.

Laura bajó las piernas desnudas del banco, su corazón se desbocó. Él abrió y cerró los puños. Recorrió su rostro con los ojos, bebiendo cada detalle, cada curva de su belleza clásica y perfecta. Sentada al borde del banco, parecía más una niña que una mujer; el cabello le caía sobre los hombros en una cascada de rizos castaños, y el fino tejido de la bata permitía atisbar la voluptuosa figura que se escondía debajo.

Durante unos minutos se limitó a mirarla, librando una batalla consigo mismo; luchando entre lo que deseaba y lo que no podía conseguir, intentando hacer una elección. Finalmente, extendió la mano hacia ella.

—Ven, Laura. Ahora, mientras siga teniendo fuerza —su mano tembló—. Ven a ver al monstruo que deseas que te acaricie.

Capítulo 10

—Tú no eres un monstruo. —Laura se levantó lentamente y, al ver el temblor de su mano, corrió hacia él, la agarró y la puso en su mejilla.

—Oh, Laura —gimió Richard.

—En la oscuridad —susurró ella, llevándolo a la sombra— somos iguales. No, shh. Yo no soy una antigua reina de belleza, tú no tienes cicatrices. Somos dos personas, Richard. Sin defectos.

—No podemos seguir así, y a la luz…

—A la luz, somos dos personas con sus propias imperfecciones —alzó los ojos hacia él, viendo la forma borrosa de las cicatrices que llevaba tanto tiempo ocultando—. Muéstramelas.

Richard inspiró con fuerza y soltó el aire de golpe, sabiendo que perdería lo que tanto deseaba. Giró hacia el fuego, y la atrajo hacia él.

La luz iluminó su rostro, hizo una mueca de dolor, pero no apartó los ojos de ella. Esperó. Esperó su repulsión, esperó que sus rasgos se contrajeran con rechazo. Pero no ocurrió.

Laura lo examinó lentamente, percibiendo su tensión, como si fuera a partirse en dos, correr hacia la puerta, o apartarla. No pensaba permitirlo. Había tenido el coraje de mostrarse y no iba a fallarlo. El momento significaba demasiado para ella, y le decía cosas que él no podía decir. Esa confianza era el mejor regalo de su vida. Seguía siendo un hombre intensamente atractivo. Sólo mirarlo a los ojos, azules e idénticos a los de su hija, hizo que el corazón le diera un vuelco y se acelerara disparatadamente.

—Tienes unos ojos preciosos —le dijo—. Me siento como si llevara años esperando para verlos —por un momento, se limitó a disfrutar de esa mirada que penetraba hasta su alma. Después sus ojos recorrieron sus cicatrices.

«Cuánto dolor, cuánto debe haber sufrido por su valiente rescate», se dijo. Alzó la mano y, aunque él hizo una mueca, posó las yemas de los dedos en las cicatrices. Él cerró los ojos, respirando lenta y profundamente.

Eran como arañazos de las garras de un animal salvaje. Dos laceraban su frente hasta el pelo, una le cortaba la ceja, otra el rabillo del ojo. Tenía más cruzando la mejilla, que bajaban por su mandíbula y cuello hasta desaparecer bajo la camisa. Se quedó inmóvil mientras ella estudiaba cada una, como una estatua de piedra a punto de romperse en mil pedazos.

A Laura se le partió el corazón al pensar en los años que había pasado solo, creyendo que era horroroso, que su aspecto impediría que lo amaran porque nadie vería el coraje que había tenido para ganarse esas marcas.

—Mira a lo que has sobrevivido —musitó con asombro, y él captó la admiración de su voz. Ella se acercó más e, instintivamente, él se tensó.

—Laura.

—Shh —deslizó la mano por detrás de su cuello y lo atrajo hacia ella. Besó las marcas de su frente, ojo y mejilla con ternura; después le desabrochó la camisa y besó las irregulares cicatrices que cruzaban su cuello y hombro. Él gimió, puso las manos en su cintura e intentó apartarla.

—Oh, Laura, no lo hagas.

—No me rechaces, Richard. Por favor —suplicó ella, comprendiendo su ansiedad—. Soportaste todo este dolor en su día. Ahora no son más que cicatrices que están sólo en tu mente —él negó con la cabeza, pero ella siguió besando sus heridas, sus labios como un bálsamo—. No veo una desfiguración, veo marcas de tu valor. Heridas de la guerra que luchaste por sobrevivir.

Él corazón de Richard latía fuerte y rítmicamente, enredó los dedos en su cabello y echó su cabeza hacia atrás.

—No quiero que me toques por lástima —dijo. Ella curvó los labios ligeramente y se enfrentó a sus ojos.

—Oh, mi bella bestia —dijo con tono seductor—. Lo último que me haces sentir, es lástima.

—Hay más… mis costillas, cadera… y pierna.

—No me importa. ¿Cuándo vas a entenderlo?

—Nunca he… quiero decir que ninguna mujer me ha tocado.

—Vaya, vaya, casi virginal, ¿eh? —sonrió ella.

Él soltó una risa y se quedó inmóvil cuando ella se apretó contra él. Percibió cada curva y valle de su figura, la firme presión de sus pechos bajo la bata, y comprendió que era la única prenda que ocultaba su desnudez.

Todo su cuerpo clamó por ella, sintió que la sangre se acumulaba en su entrepierna, latiendo como otro corazón. Ella era la locura, la libertad y todo y cuanto deseaba poseer. Susurró su nombre, acariciando su espalda con anhelo.

Laura le sacó la camisa de los pantalones, acariciando la piel que quedó al descubierto. Tenía el cuerpo bronceado y terso, curvado por fuertes músculos, prueba de que pasaba mucho tiempo haciendo pesas. El resultado era impresionante y pensó que era la criatura más bella del mundo. La sola visión de tanto hombre la excitaba, y sentirlo tan cerca de ella llevaba su pasión al límite.

Lo miró a los ojos y después rodeó uno de sus pezones con los labios, haciendo círculos con la lengua. Él gimió y la agarró con fuerza. Le acarició las costillas, percibiendo las cicatrices por encima de su impresionante musculatura.

Con cada beso, Richard sentía que su alma se liberaba. Su cuerpo gritaba por ella, ansiaba más. Pensó que se desmoronaría como un montón de arena, y rezó porque no fuera así. Acariciando su cabello, apartó su cabeza y la besó.

Fue un beso devorador. Sin reservarse, profundizó al máximo. Su lengua acarició, sus labios rozaron y pulsaron. Saboreando y tomando.

Y ella le devolvió aún más. Siempre más.

La rodeó con sus brazos y la levantó del suelo. Era diminuta, frágil y voluptuosa, y le robó el alma mientras se besaban. Pero no era suficiente. La desesperación de ambos emergió a la superficie, caliente y deliciosa como vino especiado.

—Tócame —le susurró ella al oído—. Richard, no puedo esperar más.

Él obedeció, arrastrando sus fuertes manos por su espalda, sus nalgas, sus muslos. Después, puso las manos bajo sus piernas y la alzó, colocando sus piernas alrededor de sus caderas.

Se dejó caer al suelo sobre las rodillas, sin dejar de besarla, abrió su bata y se llenó las manos con sus pechos desnudos. Ella gimió, arqueándose y echándose hacia atrás como una diosa en una ofrenda pagana. Él atrapó un pezón con los labios. Laura gritó su nombre, tirándole del largo cabello, balanceando las caderas contra las suyas, y él succionó el pezón, llevándolo al interior de su boca ardiente.

Ella se estremeció, sintiendo que ola tras ola de calor la envolvían, la dejaban, y la invadían de nuevo. Sentía el sexo húmedo y vibrante.

Notó la presión de su virilidad contra la ropa y deseó más. Lo quería dentro de ella, llenándola, calmando el nudo que se ataba bajo su piel. Estiró la mano por encima de su hombro y levantó la camisa, arrancándosela y tirándola a un lado, mientras seguía sintiendo la exquisita sensación de su boca y sus manos sobre ella. Moldeó su pecho, brazos y firme estómago con las manos, recorriendo cada milímetro de piel con la mirada.

—Eres tan bello —dijo, y él supo que lo decía de verdad. Supo que esa mujer única veía al hombre, no las cicatrices. Perdió el control y comenzó a jadear; sus manos, impacientes, la acariciaron.

—Voy a hacerte el amor —aseveró con certeza.

—Eso esperaba —se burló ella.

Le quitó la bata y la miró de arriba abajo, los muslos desnudos por encima de los suyos.

—Esto me va a llevar toda la noche —gruñó.

—No me voy a ningún sitio —dijo ella. Arqueó una ceja, le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera del pantalón.

—Necesitamos protección —él tragó saliva y detuvo su mano.

—Eso corre de mi cuenta —le abrió los pantalones y, con una sonrisa traviesa, metió la mano dentro. Él la agarró, pero Laura lo exploró lentamente, moldeando la firmeza de su miembro, sintiendo cómo se endurecía bajo su mano.

—Vas a hacer que pierda el control —dijo él, estremeciéndose.

—Has dicho «toda la noche» y cuento con ello.

—Todavía no —protestó él, retirando su mano.

Ella rió y frotó la boca por su barbilla, anticipando la sensación de tenerlo, de sentir que la llenaba, y deseando más. Él la tumbó en el suelo, y como un hombre en busca de un tesoro, saboreó sus senos, sus pezones oscuros y erectos, sintiendo cómo se endurecían bajo su lengua. Laura ronroneó y le dejó hacer. Cuando se inclinó entre sus muslos, se estremeció de deseo. Cuando introdujo dos dedos en su interior se arqueó como un gato.

—Mírame —ordenó él. Laura abrió los ojos lentamente. El tocó y jugueteó, observando su rostro, su reacción, su deseo; alzó sus caderas y cubrió el centro de su placer con la boca.

Ella gritó su nombre con voz ronca, retorciéndose en la alfombra. Richard vio cada curva de su cuerpo, cada músculo ondularse mientras la saboreaba. Introdujo los dedos más adentro, la acarició con más fuerza y notó que todo su cuerpo le pedía más, percibió el pulso del deseo acrecentarse. Eso lo volvió loco.

El placer de ella era el suyo. Cuando se mordió el labio y su cuerpo vibró, cálido y ardiente, sintió la contracción de sus músculos. Ella se puso rígida, se apretó contra él, se estiró y luego intentó abrazarlo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Richard! —Tembló y se dejó caer, inerte en el suelo. Él rió suavemente y, antes de que se calmara, se puso en pie y se quitó la ropa. Laura abrió los ojos. Era magnífico, de piernas musculosas y caderas estrechas. Se irguió ante ella, firme y orgulloso, y ella se puso de rodillas. Él dio un paso atrás, pero ella le agarró las caderas y presionó la boca contra la cicatriz que recorría su pierna hasta debajo de la rodilla.

Se estremeció, pero siguió subiendo, lamiendo, mientras lo acariciaba. Rodeó su sexo con las manos y lo miró. Él negó con la cabeza, se dejó caer al suelo y la tumbó de espaldas.

—Aún no, necesito sentirte —abrió sus muslos, los colocó sobre los suyos y, de rodillas, se situó entre ellos. La punta húmeda de su miembro empujó, probando, retirándose, jugando con ella.

—Ven ahora —dijo ella, intentando atraerlo hacia sí.

—No quiero hacerte daño.

—No podrías, Richard. Nunca —de repente, se levantó y se situó sobre su regazo, guiándolo a su interior—. He dicho ahora.

—Que nadie diga que no te obedezco —gruñó él.

Le agarró los hombros y, mirándolo a los ojos, se dejó caer

lentamente sobre él. La sensación de sentirlo la hizo temblar, y sus gemidos se derramaron contra la boca de él. Era enorme, pero empujó con más fuerza.

—Oh, Laura, ah, Dios santo —la abrazó con fuerza, estremeciéndose brutalmente.

—Lo sé —dijo ella, apartándole el pelo y depositando una lluvia de besos en su rostro—. Lo sé.

Era la plenitud. La pertenencia. Laura supo que nada la afectaría más que ese momento. Nada en su vida sería tan íntimo. Había perdido el corazón por él. Por fin sus almas se unían.

Él besó su boca con hambre y deseo, y Laura comenzó a moverse. Richard jadeó, apretando los dientes. A Laura le encantó la expresión de su rostro mientras se movía. Sus enormes manos le agarraron las caderas, ayudándola en su movimiento.

Era diminuta en sus brazos, sus esbeltas piernas se flexionaban para levantarse y volver a deslizado en su interior. Con cada movimiento, él entraba más profundamente y, mirándola a los ojos, supo que nunca habría otra mujer en su vida. Nunca un momento más precioso. No era la pasión que compartían lo que lo marcaba. No era el deseo que le hacía perder el control y los convertía en una sola persona. Era ella. Ella había llegado dónde nadie podía. Había abierto su corazón y su mente, salvándolo con sus sonrisas. Hacía que deseara ser un hombre mejor, un padre para su hija. Había conseguido que recuperara la dignidad. Era más mujer de lo que tenía derecho a esperar, pero ella no le hacía sentirse así. Nunca lo había hecho.

Deseó rugir por la fuerza que le daba. Su felicidad hizo que deseara hacerla sollozar de placer. La tumbó en la alfombra y la observó mientras embestía y se retiraba. Sus ojos brillaron y le sonrió felina y seductora. El fuego bañaba su cuerpo desnudo de luz dorada mientras la lluvia golpeteaba contra las ventanas y las paredes de piedra. La tormenta estaba en su apogeo.

Colocó la mano bajo ella y la penetró una y otra vez, la fricción aumentó con cada embate, convirtiéndose en un húmedo y tenso abrazo. El placer iluminó el bello rostro de Laura.

—Richard. Oh… —Se clavó contra él, dejándose llevar por el pulso del deseo. Cada empuje aumentaba la tensión de su bajo vientre. Él continuó empujando y empujando. Mirándola a los ojos,

le dijo que había vuelto a sentirse como un hombre en cuanto ella cruzó el umbral, que adoraba su mente desafiante, que no había podido soportar un minuto más sin demostrarle que confiaba en ella. Y que estaba allí por algo mucho más fuerte que el simple deseo.

Se retiró y la penetró de un golpe. Cálido, húmedo y deseando más. Sus cicatrices se retorcían sobre los músculos, flexionándose con el ritmo de su placer y su pasión por esa mujer perfecta, suave y dúctil.

En la oscuridad sus cuerpos no tenían principio ni fin. A la luz de las llamas, en el castillo de piedra, volvieron a nacer.

Bajo él, ella se ondulaba como una pálida cinta de seda, y su pasión se desbordaba. Sus músculos interiores lo agarraron como un puño de terciopelo. Tensa, le clavó los dedos en el pecho y se abrió aún más a él, dándoselo todo.

Él perdió el control y se clavó en ella, arrastrándola por la alfombra. Le pidió disculpas y ella rió, adorando la fuerza salvaje, la energía que llenaba su cuerpo. Dio otro empujón y ella soltó el aire de golpe, apretó las piernas alrededor de sus caderas y gimió cuando el éxtasis la invadió.

Él echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gruñido ronco y sordo, liberando por fin a la bestia que llevaba en su interior. Se vació en su interior; Laura percibió la cálida descarga y lo atrajo más profundamente. Richard se estremeció, y ella le acarició el rostro, el pecho.

Se oyó el chisporroteo del fuego en la tormenta.

Richard intentó recuperar el aliento. Ella le acarició la espalda y eso le encantó. Nunca se cansaría de sus caricias. Nunca. La besó en los labios y supo que todo su dolor, toda la agonía de soledad que había sufrido, había terminado.

En ella había encontrado la libertad y el segundo latido de su corazón.

* * *

Estuvieron completamente inmóviles unos minutos. Después Richard se apoyó en los brazos y la miró. Ella sonrió, dibujando su

boca y su barbilla con el dedo.

—Bueno —susurró suavemente—. Creo que se puede decir que no has perdido tacto.

Él sonrió, y ella atrajo su cabeza y le dio un beso húmedo y pausado.

—¿Frío?

—No —negó ella, acariciándole el hombro.

—¿Crees que se habrá ido la luz?

—¿A quién le importa?

—Ya sé cómo conseguir que te relajes —ella abrió un ojo y lo miró—. Vas a cien mil revoluciones por minuto, me asombra que no caigas rendida cada noche.

—No me gusta perder el tiempo.

—Laura… —titubeó—. No sé cómo decirte lo que significa para mí que aceptes…

—No —puso dos dedos en sus labios—. No he tenido que aceptar nada, Richard. Sólo necesitaba satisfacer mi curiosidad. Está hecho y ya pasó. Tú has tenido que hacer más que aceptarme —le dijo—. Has tenido que confiar en mí.

«En que no fuera como Andrea», estaba implícito en sus palabras, pero no lo dijo. Él comprendió que tenía razón. Ella, al aceptarlo como era, lo había liberado de mucho más que las imágenes que Andrea había implantado en su mente tiempo atrás. Sonrió y se puso de espaldas, arrastrándola con él.

—Quiero hacerte el amor en todas las habitaciones de la casa.

—Bueno, habías dicho que tardarías toda la noche. Y es una casa muy grande.

Él se rió por lo bajo, se puso en pie y tomándola en brazos fue hacia la puerta. Recorrió el pasillo y subió las escaleras que llevaban a su *suite*. Abrió la puerta de una patada.

—Tenemos que empezar por algún sitio… —dijo, caminando hacia el enorme cuarto de baño, de paredes color granate. Laura oyó el burbujear del agua, después sintió el calor, cuando él entró en el *jacuzzi* y la depositó en el agua.

—Madre mía.

—Es para la cadera y la pierna. Me ayuda a evitar la rigidez.

—Hay otras cosas que siguen rígidas —dijo ella y, bajo el agua, rodeó su sexo erecto con la mano. Él gimió y se recostó contra el

borde de la gigantesca bañera. Laura sonrió traviesa y se sumergió bajo el agua.

Richard parpadeó y segundos después soltó un fuerte gemido, mientras ella lo rodeaba con su boca. Lo acarició, lamió y manipuló, después emergió sonriente, apartándose el pelo de los ojos.

—Eres una bruja, artera y seductora.

La agarró por la cintura y, sin esfuerzo aparente, la sentó en el borde de la bañera, le abrió los muslos y la devoró.

Su risa de sorpresa pronto se convirtió en pasión. Él introdujo dos dedos en su interior, provocando oleadas de placer. Le agarró la cabeza, ardiente y salvaje, y cuando él le dio la vuelta, apoyándola sobre el estómago y se situó tras ella, gritó.

—Oh, date prisa, por favor.

La penetró de un golpe.

Ella nunca había sentido nada igual. Ardió de deseo, estremeciéndose con cada embestida. Él agarró sus caderas y la llevó más y más allá, escalando con ella, atravesándola con su dureza, haciendo que lo adorara. Que adorara su fuerza, su forma salvaje de hacerle el amor. Después comenzó a acariciarla y ella se deshizo.

Richard perdió el control, ciego de pasión. La rodeó con los brazos y empujó una y otra vez, estremeciéndose con violencia, sin mesura. El placer puro e intenso los hizo explotar en una lluvia de gemidos acompasados con el burbujeo del agua.

Ella giró para besarlo y decirle que la hacía sentirse salvaje y libre.

Pero Richard sabía que era él quien se había liberado, su tortuosa prisión finalizaba esa noche.

Era la bestia domada por la bella.

Capítulo 11

Richard revolvió los huevos en la sartén, silbando para sí.

—Vaya, que buen humor. ¿Por qué será?

Sonriente, la miró, adorando su sensual sonrisa. Llevaba burlándose de él desde el amanecer, y después de la noche que habían pasado, se preguntaba cómo tenía tanta energía.

—Si quieres, puedo llevarte arriba y explicártelo.

—¿Arriba? Pero si nos quedan al menos veinte habitaciones por inaugurar. —Laura soltó una risita, estremeciéndose al imaginar sus manos sobre ella.

—Veinte no son suficientes —dijo él, mirándola con intención. Laura se aclaró la garganta e intentó mostrar una cierta dignidad, para evitar que la tirara sobre la mesa y le hiciera gritar de placer; aunque le parecía una idea espléndida.

—Entonces, además de fantasías, ¿qué planes tienes para hoy?

—¿Aparte de mirarte?

—Madre mía, ¡qué interés!

Él echó los huevos en un cuenco, llevó la sartén y los utensilios al fregadero, los fregó, secó y guardó en el armario. Laura parpadeó y cuando él se irguió captó su expresión de sorpresa.

—¿Qué? —Se miró los vaqueros y los pies descalzos, buscando una mancha de huevo.

—Un hombre que limpia lo que ensucia. Espera a que se enteren mis hermanas.

—Llevo mucho tiempo solo —hizo una mueca—. Si no limpio yo, no lo hace nadie.

—Sigue así, Blackthorne. Me gustan los hombres que saben que su lugar está en la cocina, con una bayeta en la mano.

Él soltó una carcajada y la agarró cuando pasaba a su lado con un plato de beicon. Ella dejó el plato a un lado mientras él le besaba el cuello.

—Dios, hueles bien.

—Es la grasa del beicon. Añade un toque de misterio —él rió y la besó lentamente. El cuerpo de Laura comenzó a arder y se apretó contra él, acariciándole el pecho, cubierto con una camiseta de algodón. Cuando se apartó, estaba sin aliento y mareada de deseo.

—Puedo cortarte el pelo, si quieres —le dijo, apartándoselo de los ojos.

—¿No te gusta mi aire de pirata? —inquirió él.

—Eres demasiado guapo para esconderte tras todo ese pelo —él sonrió; cuando le llamaba guapo, casi deseaba creerla.

—Esta noche entonces —aceptó.

Mordisqueando un trozo de beicon, Richard puso el pan en la tostadora, mientras Laura sacaba platos y cubiertos y ponía la mesa para cuatro. Dewey aparecía todas las mañanas a tomar café, pero no contaba con Kelly hasta al menos una hora más tarde.

Richard abrió la nevera para sacar la mantequilla. Cuando la cerró, vio a Laura inmóvil y tensa al otro lado de la encimera. Frunció el ceño y se dio la vuelta. Kelly estaba junto al umbral, con el pelo revuelto y su osito bajo el brazo. Sintió un ataque de pánico. Su hija. Vería sus cicatrices. Miró a Laura y ella captó su miedo. Una cosa era que ella lo viera y aceptara, una criatura de cuatro años era algo muy distinto.

—Buenos días, Kelly —dijo Laura, Richard percibió el temblor de su voz. Ella estiró la mano y lo retuvo, para que no se le diera la espalda.

—Buenos días, Laura. —Kelly se frotó los ojos y bostezó—. Hola, papá —se subió a la silla, sentó al oso a su lado y miró a los adultos —. ¿Vas a desayunar con nosotras, papá? —Lo miró expectante. Inocente y confiada. Sin ningún miedo.

—Sí, princesa —consiguió decir Richard tras carraspear dos veces.

—¡Qué bien! —Alcanzó un trozo de beicon y comenzó a mordisquearlo, mientras Laura le servía zumo de una jarra. Laura

miró a Richard. Estaba helado, mirando a su hija con los ojos húmedos de lágrimas. Dejó la jarra y fue hacia él.

—Ni siquiera se ha dado cuenta —dijo él con voz áspera, sin apartar los ojos de la niña.

—Otra mujercita a la que habías subestimado, ¿eh? —sonrió ella.

—Sí —le agarró la mano—. Sí —sonrió y fue hacia Kelly. Laura lo detuvo suavemente.

—Ve despacio —advirtió. Él asintió, no quería asustar a su hija. Cuando saltaron las tostadas, se volvió hacia la encimera y untó la mantequilla.

—¿Te gusta la mermelada, Kelly?

—Mi favorita es la de arándanos —rió la niña.

—Ya, ya. —Laura puso los ojos en blanco—. Ayer era la de uva. Y anteayer la de melocotón —le hizo cosquillas a la niña y le dio un beso en la mejilla. Richard puso el plato ante su hija, se sentó y, con Laura a su lado, contempló absorto el sencillo ritual de su desayuno.

Pensó que el día no podía mejorar.

* * *

El viento agitó el abrigo de Laura y, aunque había dejado de llover, parecía que no tardaría en volver a empezar.

—Ven con nosotras —dijo Laura.

—Disfrutad de una tarde de chicas.

—Por favor, papi —pidió Kelly desde el interior del coche. Laura le puso la mano en el brazo, deteniendo sus súplicas. Intentaba comprender la aprensión de Richard. Llevaban más de una semana viviendo sin esconderse en las sombras, pero Richard aún no estaba dispuesto a enfrentarse al resto del mundo. La gente del pueblo nunca lo había aceptado, y seguían considerándolo la bestia del castillo. Murmuraban sobre él, para ellos seguía siendo una criatura misteriosa. Ya no lo era, pero tardarían en acostumbrarse a la idea.

Conseguir que Richard diera ese paso iba a ser muy difícil. Laura se sentía como si estuviera tirando de él con una cuerda.

—No importa —le dijo—. No tardaremos.

—Quiero hacerlo —murmuró él—. Pero no con Kelly. No se qué haría si ella oyera algunas de las cosas que me han llamado.

—Yo tampoco. —Laura apretó los labios. Él le acarició el rostro, adorando que estuviera tan dispuesta a defenderlos—. ¿Significa eso que sólo estarás con Kelly y conmigo, y nadie más?

—No puedo. Aún no.

—Esto no funcionará siempre, Richard —dijo ella con enojo—. Hay reuniones de padres. Clases de *ballet*, teatro. ¿Vas a negarle eso a Kelly y a ti mismo sólo por lo que puede decir la gente?

Él arqueó una ceja ante el súbito golpe de mal humor.

—No, pero tú pretendes que empiece dando un salto mortal, sin haberme tirado al agua.

—Vale, vale. —Laura suspiró—. Entiendo. O al menos lo intento. Quizá sea pedir mucho, demasiado pronto —echó una ojeada a Kelly que, sin prestarles atención, jugaba con los mandos y botones del salpicadero. Volvió los ojos a Richard—. Os quiero mucho a los dos —dijo suavemente, y él sonrió—. Deseo que seáis felices, y lo que menos necesita Kelly es esconderse contigo.

—¿O contigo?

—Efectivamente.

Richard soltó el aire de golpe. Sabía que eso tenía que llegar. Lo había insinuado con frecuencia los últimos días, pero no era algo que quisiera discutir en ese momento.

—Hablaremos de eso esta noche, ¿vale?

—Oh, sí, te lo garantizo —lo miró con determinación, beligerante desde la punta de la cola de caballo hasta sus gastadas zapatillas deportivas. Pero él no tenía intención de pasearse por la calle Mayor y hacer el ridículo. Richard aún no se atrevía a pensar en el futuro; pero sabía que ella le había robado algo más que el corazón. Deseaba sentirse así para siempre, evitar que el mundo se entrometiera. Estaba convencido de que si lo veía alguien más que Kelly, Dewey y ella, todo se echaría a perder.

—Esta noche, entonces —se inclinó para besarla.

Kelly soltó una risita y Richard le guiñó un ojo. Su hija lo había aceptado, y también su relación con Laura, eran una familia. Laura era su amante y todas las mañanas, al despertarse con ella entre los brazos, sentía una paz y felicidad que nunca había sentido antes. No pensaba arriesgarse a estropearlo.

—Será mejor que os vayáis antes de que vuelva a llover —dio un beso a su hija y acompañó a Laura al otro lado del coche. Ella se sentó al volante, se puso el cinturón y comprobó el de Kelly—. Volved pronto —dijo, besándola de nuevo.

—No tardaremos más de una hora —iban a comprar leche, huevos, y algo para entretener a Kelly si seguía lloviendo. El reparto de los ultramarinos llevaba un día de retraso y ella necesitaba airearse un poco, aunque le encantaba estar con Richard, hacer el amor y dormir a su lado.

Todas la mañanas volvía a su dormitorio antes de que Kelly se despertara; aunque Richard se había quejado de eso, no estaba dispuesta a que la niña hiciera preguntas que ninguno de los dos podría contestar sin crear más interrogantes. Richard no había dicho que quisiera que la relación fuera más allá, y las preguntas de Kelly lo forzarían a tomar una postura. ¿Qué podía decir ella?, preguntarle: «¿Vas a convertirme en una mujer honesta? ¿Esperas que me esconda aquí contigo? ¿Me quieres de verdad o sólo soy cómoda como amante tuya y madre de Kelly?». Se le hizo un nudo en la garganta. No le convenía pensar en eso.

Subió la ventanilla y encendió el motor. El coche se caló una vez y, sonrojándose, lo intentó de nuevo. Condujo hacia las verjas, sintiéndose como si abandonara un mundo para entrar en otro. «Del castillo de la colina a la tierra de los vasallos», pensó para sí.

En los últimos días, aparte de convencerse de que era un amante increíble, un padre cariñoso y que la hacía indecentemente feliz, había descubierto mucho sobre él. Era un hombre de negocios formidable. Aunque sabía que dirigía dos empresas de programas informáticos desde su despacho, no se había imaginado que él mismo era programador. Diseñaba para empresas grandes y pequeñas: programas de seguridad, antivirus, juegos, buscadores de Internet, gráficos. Cuando vio su trabajo comprendió que no había nada que no pudiera crear. Había amasado una fortuna sin poner el pie fuera de su casa. No era extraño que no tuviera ninguna prisa por salir.

Kelly y ella aparcaban junto al supermercado cuando la música de la radio se detuvo. Frunció el ceño cuando el locutor dio paso a un boletín de noticias: la tormenta tropical de la costa de Florida se había convertido en un peligroso huracán. Y se dirigía hacia allí.

* * *

Richard abrió la cortina y miró la oscuridad que envolvía todo. El viento aullaba con furia, pero aún llovía poco, la tormenta estaba a punto de desatarse. Se preguntó dónde estaba Laura. Tardaban demasiado en volver.

Había llamado al teléfono móvil, pero saltaba el mensaje de que estaba fuera de cobertura. Era imposible, a no ser que estuviera en el barco que iba al interior, pero nunca había entendido la tecnología de los móviles. A veces no funcionaban al torcer una esquina, y en cambio lo hacían dentro de un edificio. En cualquier caso, estaba impaciente por verlas, por saber que estaban a salvo y en sus brazos.

Llamó a la policía, pero la línea estaba ocupada y sabía que, con una amenaza de huracán, pasarían horas antes de que fueran en busca de una mujer y una niña. Richard fue al armario, se puso un abrigo y salió. Le pidió a Dewey que le prestara la camioneta; éste le dio las llaves y se ofreció a ir él. Richard lo rechazó, era incapaz de seguir allí sin hacer nada.

Momentos después conducía a toda velocidad por la carretera principal, con la lluvia aporreando el techo y las ventanillas. Encendió la luz de emergencia que había instalada en la parte superior de la cabina, iluminando la oscuridad, agradeciendo la previsión de Dewey. La lluvia formaba torrenteras y regueros por las calles. El barro y la arena habían dejado a coches atrapados otras veces, y se imaginó a Laura y a su hija atrapadas y rodeadas de agua. Iluminó las calles a derecha e izquierda, deseando poder ir más rápido. Un segundo después las vio. Aparcó el coche, suspiró con alivio y salió. Oyó el débil sonido de voces cantando por debajo de la lluvia.

—¡Richard! —exclamó Laura bajando la ventanilla. El asombro de su rostro lo partió en dos. Ella no esperaba que abandonara la casa para buscarlas; se avergonzó de sí mismo e inclinó la cabeza para besarla.

—Hola, papi —llamó Kelly.

—Gracias a Dios. ¿Estáis bien? —Abrió la puerta del coche y subió la ventanilla.

—Sí, el motor se paró y no quiere arrancar —dijo Laura, saliendo y tomando a Kelly en brazos—. La batería del móvil se agotó cuando intentaba llamar. Me olvidé de recargarla.

Richard le quitó a Kelly de los brazos y las ayudó a subir a la camioneta. Después volvió al coche por la compra.

—Dios santo, Laura —mascullló, colocando bolsas alrededor de ella—. ¿Crees que has comprado bastante?

—Me enteré de lo del huracán. Quería que estuviéramos preparados.

«Nosotros», pensó él. ¿Ya pensaba en ellos como una familia, igual que él?

—Llegará hasta aquí —dijo—. Quizá sólo suba por la costa, como hizo el último —los huracanes eran malos si se vivía en la costa, pero terribles en una isla pequeña como ésa. Era el precio que había que pagar por la soledad y la belleza de las puestas de sol.

Fue a cerrar el coche y subió a la camioneta. Miró a Kelly y a Laura. No se imaginaba lo que haría si les hubiera pasado algo. De repente, Kelly se lanzó en sus brazos.

—Sabía que vendrías a buscarnos, papá —él la abrazó y miró a Laura por encima de su cabeza.

—Has salido de casa por nosotras —ella sonrió con ternura y alegría. Seguía asombrada.

—No podía dejar que mis chicas favoritas se quedaran atrapadas en la tormenta sin mí.

Ella alargó el brazo y le pasó la mano por el cabello mojado. Se sentía orgullosa de él, pero no hizo falta que lo dijera. Richard lo sabía, y le besó la mano.

—¿Está bien *Serabi*, papá?

—Estaba dormida junto al fuego cuando salí —soltó a Laura y sonrió Kelly, asombrándose de lo inconscientes del peligro que eran los niños.

—Creo que es una tarde ideal para ver dibujos animados y beber chocolate caliente —dijo Laura—. Y sándwiches de mermelada calientes y palomitas, todo un festejo.

Kelly aplaudió entusiasmada y se acurrucó entre los dos adultos, ajena a la lluvia que caía torrencialmente a su alrededor.

* * *

No tuvieron oportunidad de hablar. La tormenta siguió creciendo y había demasiado que hacer. En vaqueros y con una sudadera, Laura ayudó a Richard y a Dewey a asegurar los establos. Dewey fue por el coche y lo remolcó hasta el garaje. Insistió en que la culpa era suya, y se empeñó en arreglarlo.

Richard dio de comer a los caballos y los encerró en el establo. Era una suerte que la casa estuviera en lo alto de la colina; para que el agua llegara hasta allí, tendría que arrasar el pueblo. Cuando le dijo a Laura que empaquetara algunas cosas para que Kelly y ella se fueran en el siguiente barco, ella se hizo la remolona, buscando algo más que cerrar o proteger. No pensaba dejar la isla sin él.

Como Richard no pensaba marcharse, hizo preparativos para aguantar la tormenta. Colocó linternas y velas por toda la casa. Aunque había un generador, a punto por si se iba la electricidad, no pensaba correr riesgos. El huracán no estaba cerca aún, pero ya se sentían sus efectos. Le dio a Kelly una linterna, pero como no hacía más que jugar con ella y estaba gastando las pilas, al final tuvo que quitársela.

Cuando volvieron dentro, Kelly estaba viendo un vídeo con la gatita, tan absorta que ni siquiera alzó la cabeza. Laura colgó los abrigos en la entrada posterior y preparó café.

—Quiero que os vayáis en el siguiente barco que salga de la isla. A un hotel.

—No habrá ninguna habitación libre. Toda la gente está marchándose —apagó la cafetera y se encaró a él—. ¿Vienes con nosotras?

—Claro que no.

—Entonces, olvídalo.

—Laura, tenéis que ir al interior.

—No, Richard. No pienso dejarte aquí.

—Soy un chico grande.

—Lo sé —dijo ella mirándolo de la cabeza a los pies, con una mueca—. Pero no pienso irme.

—Te irás, maldita sea, si yo lo digo.

—Oblígame —retó ella, cruzándose de brazos.

—Diablos, Laura, ¿no te das cuenta del peligro?

—No maldigas, Blackthorne. Si Kelly y yo nos vamos, Dewey y

tú os venís también.

—Y un cuerno —agarró el teléfono y marcó—. Aunque tenga que arrastraros al barco y dejaros atadas, os pondré a salvo.

—Aquí estamos a salvo. Más que conduciendo bajo la lluvia en busca de un hotel. ¡Más seguras que el resto del pueblo!

Él habló con el puerto, y preguntó cuándo salía el siguiente barco. Le gritó al hombre que había al otro lado del teléfono, después le pidió disculpas y colgó.

—Bueno, te has salido con la tuya. No salen más barcos.

—No me extraña, mira el nivel del agua.

Richard miró por la ventana. Crestas de espuma azotaban la playa. En cuando rompía una, llegaba otra. El viento aullaba entre los árboles y las nubes ocultaban las estrellas.

—Lo has hecho a propósito. Has buscado cosas que hacer hasta que ha sido demasiado tarde.

Ella se encogió de hombros, intentando contener una sonrisa. Richard la miró irritado. Fue hacia él y rodeó su cintura con los brazos.

—Estoy exactamente donde quiero estar, Richard. Si nos fuéramos, estarías preocupándote por si Kelly y yo estábamos a salvo. A estas alturas, acabaríamos avanzando lentamente por la carretera, junto a miles de personas, y lo sabes.

—Sí, supongo que tienes razón —aceptó él, ablandándose y rodeándola con sus brazos.

—Casi te mata tener que admitirlo, ¿eh?

—No.

—Mentiroso, mentiroso —sonrió al ver su mueca—. Además, nos quedan muchas habitaciones por bautizar —él suavizó el gesto —. Y me encanta una buena tormenta.

—Eres retorcida.

—No, pero necesito que los truenos apaguen mis gritos cuando haces eso que tú sabes con las caderas.

—Oh, Laura —gruñó él, besándola e introduciendo las manos bajo su sudadera. Acarició sus costillas, sus senos, deseando tenerla desnuda en sus brazos. Ella gimió levemente, abrazándolo.

—¿Es hora de acostarse? —musitó él contra sus labios.

—Falta un rato.

—Maldición.

Ella rió y, al oír la voz de Kelly, se separaron. Richard se apoyó en la encimera.

—Más vale que vayas a ver lo que ocurre.

—Veo perfectamente lo que ocurre —se burló ella, mirándole fijamente a la entrepierna y saliendo de la habitación. Richard sonrió, preguntándose cómo había podido vivir sin ella.

* * *

En la enorme cama de la torre, Richard penetró en su cuerpo, acercándose al paraíso con cada embestida. Contempló su rostro, aún más erótico que la sensación de deslizarse en su interior y retirarse de nuevo. Ella gemía cada vez. Lo dominaba la pasión mientras, en el exterior, la tormenta se desataba.

Laura clavó los talones en el colchón, arqueándose hacia él, su cadencia armoniosa y cada vez más rápida. Él apoyó la frente contra la suya y empujó con más fuerza, notando cómo el éxtasis iluminaba sus rasgos y recorría todo su cuerpo. Eso le llevó a su propio clímax.

Se apretó contra ella, sintiendo como sus músculos lo atenazaban, y supo que nunca antes se había sentido tan vulnerable. Ni tan poderoso.

Laura se dejó envolver por el placer, él se estremeció y se derramó en su interior con un gruñido sordo. Ella se sintió estallar, temblando con las deliciosas sensaciones que invadían su alma.

—Oh, Richard, Richard —balbuceó, rodeándolo con las piernas y atrayéndolo hacia sí. Besó su garganta y su mejilla cruzada por cicatrices, mientras la pasión se diluía suavemente y volvían a la tierra. Ninguno de ellos habló, no sabían qué decir, ni si debían expresar sus sentimientos con palabras.

Pero Laura los admitió en silencio. Estaba locamente enamorada de él. Su tierna bestia, su príncipe marcado. Y temía recibir lo que se merecía: otro corazón partido.

Y esta vez, estaba segura, no se curaría jamás.

Capítulo 12

El huracán, llamado Helen, era salvaje. Tifones de agua se concentraban en el lado del río de la isla. Incluso la zona pantanosa se ondulaba como un espeso jarabe de barro que subía y bajaba con la furia del viento. En la zona marítima las olas alcanzaban ocho metros de altura, y se estrellaban contra la costa, castigando a los isleños que se habían atrevido a vivir tan cerca del mar.

A Laura le encantaba, pero sólo porque se sentía segura en la enorme mansión de piedra. La lluvia repiqueteaba como clavos y los truenos eran impresionantes. Sabía que las cosas empeorarían, y estaba pendiente de los boletines de la radio. Puertas y ventanas se estremecían con el viento. Habían cubierto los cristales con maderas; en el exterior, habían asegurado las cristaleras del salón con sacos de arena; dentro había toallas y trapos en los umbrales de las puertas, para absorber la lluvia que entraba por debajo.

Kelly veía la televisión o jugaba con sus muñecas, mientras Richard iba de habitación en habitación comprobando su estanqueidad y asegurándose de que no había goteras en el ático.

Laura entró en la habitación amarilla. Fue a la ventana y contempló el pueblo vacío. El último barco se había llevado a todo el mundo, menos a la policía, el día anterior. Un relámpago cortó la oscuridad del cielo durante unos segundos, iluminando el terreno que había bajo la casa. Laura se estremeció.

—Richard —gritó—. Ven, pronto.

—No deberías estar junto a la ventana —dijo él corriendo a su lado—. No está sellada.

—El viento golpea desde el lado del mar, no desde éste —dijo ella, con los ojos fijos en el pueblo—. Hay gente allá abajo.

—¿Qué?

—El pueblo se está inundando. Vi el *jeep* de la policía. Parecía que intentaba llevarlos a un sitio seguro —señaló, aunque no se veía nada en la oscuridad—. Tenemos que hacer algo.

—Creí que todos habían cruzado a tierra firme.

Siempre que había un huracán evacuaban a toda la población, excepto a la policía, y a él. Richard no pudo soportar la idea de que sufrieran mientras él estaba a salvo. Sacó el radio transmisor que había estado utilizando para comunicarse con Dewey y le contó lo que ocurría.

—Saca la camioneta. ¿Aún funciona esa radio de la policía que tenías?

—Sí, he estado escuchando los informes. La casa de la señora Demmer está bajo dos palmos de agua, y sube hacia la calle Magnolia —la voz de Dewey sonó rasposa por la radio.

—Entonces debemos darnos prisa. Ponte en contacto con la policía.

—De acuerdo. Les diré que suban aquí.

—Vamos. —Richard se guardó el transmisor e hizo un gesto a Laura—. Hay que buscar mantas y almohadas —salió de la habitación y fue hacia abajo—. Y el botiquín. Habrá que hacer café, supongo —se detuvo en la escalera y la miró—. ¿Tenemos suficiente comida para un par de días?

—Sí, y podemos alargarla.

—Bien. No sé cuánta gente subirá —siguió bajando las escaleras —. Me siento como un idiota por no haberlo pensado antes.

—No tenías por qué hacerlo. Creíamos que se habían ido todos menos nosotros.

—Van a ser un par de noches difíciles.

—Cariño, no sabrás lo que es difícil hasta que no intentes tener a una cabra contenta en la cocina, sin que se coma los manteles de tu madre —dijo ella, corriendo hacia la cocina.

—¿Cabras, Laura? —rió suavemente y chasqueó la lengua—. ¿Qué pensarían los jueces de los concursos de belleza sobre eso?

—Seguramente me despojarían de mis coronas —replicó ella, se volvió hacia él y besó sus labios—. ¿Crees que me importaría?

Él sonrió, le dio un azote en el trasero y ella lo miró con picardía antes de entrar a la cocina.

—Hay mantas y almohadas en el armario del vestíbulo de arriba. Saca las de mi dormitorio también. Vi cuatro en el ropero —ella lo había cambiado todo de sitio, y no quería que se pasara toda la noche buscando—. Creo que hay dos en el baúl de la biblioteca; si buscamos lo suficiente encontraremos media docena más —mientras hablaba, preparó una cafetera, sacó unos termos y comenzó a preparar sándwiches.

Richard fue a buscar velas y linternas. No tenía valor para decirle que tendría que ocuparse de la gente ella sola.

* * *

Laura sirvió el café, echando una ojeada a Lisa Tolar, una deliciosa joven que estaba allí de luna de miel con su marido. Habían tenido muy mala suerte pero, al menos, tendrían algo interesante que contar a sus hijos. Lisa ofreció su colaboración, y su marido, un marino de Beaufort, también ayudó a servir café y bebidas, y a tranquilizar a todo el mundo. Para pasar el rato y empezar a conocerse, jugaron una partida de trivial. En el suelo, pintando con Kelly, estaba Christopher Austin, un niño pelirrojo, cuyas pecas y ojos claros no dejaban lugar a dudas de su ascendencia irlandesa. Sus padres estaban sentados cerca de ellos. Había otras tres personas, incluyendo a los dos oficiales de policía, Andrew y Mark, que salían de vez en cuando a comprobar la situación del exterior. Pero no había nada que ver, la isla estaba vacía exceptuando a los que se encontraban en el castillo.

Todos estaban en el salón, comedor o cocina. Excepto Richard. Laura pensó que ésa era su oportunidad. Les había abierto su casa, no serían capaces de ridiculizarlo. Al menos delante de Kelly; nadie sería tan despiadado. Cada minuto que pasaba sin aparecer la irritaba, y también el que no la hubiera dicho que iba a esconderse.

—¿Dónde está el señor Blackthorne? —preguntó Mark Lindsey, uno de los policías.

—En algún rincón de la casa, supongo. —Laura se encogió de hombros.

—¿Lo ha visto?

—Por supuesto.

—¿Qué aspecto tiene?

Kelly alzó los ojos, miró a Laura y luego al joven oficial.

—Alto, guapo. —Laura fue hacia Mark y le llenó la taza—. Intente no ser tan burdo, oficial Lindsey. No es más que un hombre. Un hombre que, por cierto, le ha abierto su casa a usted y a todos los demás.

Él se sonrojó y dio un sorbo al café.

Kelly dejó los rotuladores, se puso en pie y fue hacia la escalera. Laura oyó su voz, y luego el profundo murmullo de Richard. Kelly volvió corriendo y se detuvo en seco.

—Aquí está —miró por encima del hombro e hizo un gesto.

Richard no apareció. Kelly volvió hacia las sombras y, un momento después, se adelantó, guiando a Richard de la mano.

—Éste es mi papá.

Richard miró a la niña, tan emocionado por su gesto, que le ardía la garganta. Inspiró con fuerza, dio un paso adelante y echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndoles una visión de la bestia.

Laura dejó el termo de café, se puso a su lado y le dio la mano, esperando los dardos, las miradas de repugnancia. No llegaron.

—Hola, señor Blackthorne. —Mark fue hacia él—. Es un placer conocerlo por fin —se dieron la mano, Mark se presentó, y después hizo lo propio con su compañero y los demás. Richard sonrió y asintió, preguntándose cuándo empezaría, cuándo llegaría el dolor. Pero no ocurrió nada.

Al presentar a los recién casados, Mark se atoró con sus nombres.

—Gary y Lisa Tolar —dijo la joven—. Estamos de luna de miel.

—Pues menuda recepción, ¿no? —dijo Richard y la pareja sonrió.

De repente, se oyó el ruido de cristales estrellándose contra el suelo. Richard, con rapidez, echó la cortina para cubrir el ventanal roto.

—Mark, en la antesala de la cocina hay un martillo, clavos y algunas maderas.

El policía corrió por el material y, entre los dos, aseguraron la ventana. Después decidieron que era mejor cubrir el resto de los

ventanales.

Laura barrió los cristales mientras los policías apartaban los muebles. Richard se agachó con el recogedor. Cuando se irguió, ella le quitó el recogedor y, sin una mirada o palabra, fue a la cocina a vaciarlo.

El frunció el ceño. Algo iba mal, y sintió un cosquilleo de aprensión. Pero no podía hablar con ella a solas, ni siquiera un momento. Había demasiada gente. Richard poco acostumbrado a sentirse rodeado, escapó a la biblioteca. Mark estaba en el sofá, leyendo.

—Siento haber entrado —el joven policía se puso en pie, sonrojándose—. Pero esta biblioteca es increíble —dijo, señalando los libros.

—Puedes llevarte prestado lo que quieras, Mark. ¿Para qué sirven los libros si nadie los disfruta? —Fue al minibar y sacó una licorera.

—Éste es una primera edición.

—Supongo que al autor le agradaría saber que alguien sigue leyendo su obra —dijo Richard echando una ojeada al título. Sirvió una copa de *brandy* y se la ofreció a Mark, que la rechazó alegando que estaba de servicio.

Richard se sentó en el sillón de cuero que había tras el escritorio. Durante un instante, recordó la imagen de Laura allí, hojeando papeles y medio desnuda. Deseó que pasara la tormenta para poder llevársela a la cama.

—La gente le tenía miedo —dijo Mark.

—Lo sé.

—No tenían por qué.

Richard enarcó una ceja. Mark se aflojó la corbata y se desabrochó la camisa, abriéndola para mostrar las terribles quemaduras que cubrían su pecho y hombro, sin llegar al cuello.

—Sé como se siente —dijo—. Tenía curiosidad por saber cuál de los dos estaba peor —añadió.

—Creo que andamos por el estilo. —Richard empujó la otra silla con la pierna y le indicó que se sentara—. ¿Puedo preguntar cómo ocurrió?

El joven policía se acomodó en la silla, y se abotonó la camisa.

—Entonces estaba casado, hacía dos años que había salido de la

academia de policía. Estaba de servicio en Orangeburg cuando nos avisaron que había un incendio en la ciudad de los niños. Es un orfanato para niños con problemas. Fui el primero en llegar…

* * *

Durante dos día más, el huracán Helen arrasó y destruyó, y por fin siguió hacia el norte, dejando tras de sí la luz del sol y suficientes daños como para tener a todos ocupados mucho tiempo. Los invitados se marcharon y Laura supo que había hecho buenos amigos, mientras que Richard había establecido un vínculo con Mark, el policía. A la mañana siguiente, Laura se despertó y encontró a Richard preparándole el desayuno a Kelly. Con un pinchazo se dolor, comprendió que ya no la necesitaba. Ni tampoco Kelly; la niña estaba vestida y bien peinada.

—Buenos días —dijo Richard, pero su rostro se ensombreció al ver la expresión de ella.

—Buenos días a los dos —exclamó Laura, forzando una sonrisa. Kelly se removió en la silla, con un trozo de beicon colgándole de una esquina de la boca. Laura se lo quitó, se lo comió y le dio un beso.

—¿Has descansado bien? —le preguntó Richard, mientras ella se servía un café. Se había dormido en cuanto se acostaron, y por la mañana, como era habitual, había vuelto a su dormitorio.

—Sí, muy bien. No sabía que estaba tan cansada.

—Estuviste maravillosa con la gente —dijo él.

—Tú también —replicó ella, mirándolo por encima del borde la taza. Mientras le servía a Kelly un plato de tostadas, Richard se preguntó si era tristeza lo que veía en sus ojos.

Laura se obligó a desayunar, aunque sus maletas ya estaban hechas. No quería irse, no quería decir adiós. Pero Richard ya se valía por sí mismo y su trabajo estaba hecho. Katherine Davenport la había llamado el día anterior con un nuevo contrato.

Era hora de marcharse, y se sentía fatal.

—Kelly y yo vamos a ir de compras, ¿vienes con nosotros?

—No, tengo que acabar la colada y aún estoy algo cansada.

—Te eché de menos anoche —dijo Richard, acercándose a ella y

rodeándola con sus brazos. Ella asintió y a él lo preocupó su mirada desolada—. ¿Algo va mal?

—Nada que un buen descanso no cure.

—¿Por qué no vuelves a la cama? Sólo son las ocho.

—Puede que lo haga —dijo ella, incapaz de expresar sus pensamientos.

Poco después, Richard y Kelly bajaban al pueblo, dispuestos a saludar al resto de la población y acabar con los rumores de una vez por todas. Laura fregó las cosas del desayuno, preparó la comida y llamó a un taxi.

* * *

De pie en el muelle, Laura intentaba contener las lágrimas que le quemaban los ojos. Odiaba dejar a las dos personas más importantes de su vida, pero no tenía opción. Parte de ella le gritaba que se quedara y siguiera como hasta ese momento. Pero su corazón le recordaba que él no le había pedido nada, ni había hablado de futuro, y que quizá le había dado demasiada importancia a su relación. Con Paul eso había tenido consecuencias funestas. Richard sabía que su contrato era temporal, y el trabajo estaba hecho.

—¿Dónde diablos te crees que vas? —dijo una voz a su espalda.

—A casa —respondió, sin volverse.

—Creí que estabas en casa —el enfado de su voz era patente.

—No, Richard. Vine a ayudarte con Kelly, a integrarla en tu vida para que fueras su padre.

—¿Yeso es todo? ¿Me dejas?

—Tengo que hacerlo —dijo ella, conmovida por el tono lastimero de su voz.

—¿Por qué? —preguntó él, agarrándola del brazo y obligándola a girar.

—He terminado. Mi trabajo está hecho.

—¿Qué éramos Kelly y yo? ¿Una maldita obra de caridad?

—¡No!

—Así que apareces en nuestras vidas y luego desapareces. ¿Tan mala opinión tienes de mí? ¿Una pobre alma destrozada que necesitaba de tu ternura? —Se inclinó y bajó la voz—. ¿Era eso lo

que sentías cuando me dejabas tocarte, amarte?

—Claro que no —se le escapó una lágrima y la dejó caer.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—¡Porque nunca sabré si lo que sientes por mí es mera gratitud o algo más! —Casi aulló ella.

—Dios santo, concédeme un poco de crédito —la soltó y dio un paso atrás—. Soy un hombre adulto y sé lo que quiero, y te quiero a ti.

Ella negó con la cabeza y alzó los ojos. Él se estremeció al ver sus lágrimas.

—¿Cómo puedo saber que no es una simple transferencia de emociones? Estabas solo, escondiéndote. Ahora eres libre, tienes a tu hija y puedes ser su padre. ¿Cómo puedo saberlo?

—Porque ya no necesito apoyarme en ti. No necesito tu ayuda. Y sigo sintiendo lo mismo —ella parpadeó. De pronto, Richard casi se le echó encima—. ¿Cómo puedes no saberlo? No necesito una muleta, Laura, mi corazón te necesita a ti —le frotó los brazos, mirando fijamente sus ojos verdes—. Siempre te necesitaré. Me quedo sin aliento sólo con pensar que puedas irte. No puedo vivir sin ti. Quédate, Laura.

Ella lloró en silencio y las lágrimas surcaron sus mejillas.

—Te quiero —tomó su rostro entre las manos—. ¡Te quiero! —dijo con fiereza—. Desde el momento en que te vi. Te quise cuando me gritaste por esconderme, cuando abrazaste a mi hija y la consolaste y seguiste haciéndolo cuando yo no podía. Te quise cuando peleabas conmigo y me insultabas —sus ojos se enrojecieron —. Estaba en una prisión, Laura, amarte a ti es mi libertad.

Ella susurró su nombre, viendo en sus ojos el futuro que tenían ante ellos.

—Te quiero —le dijo.

—Gracias a Dios —cerró los ojos y soltó un suspiro de alivio—. Cásate conmigo, sé mi mujer, mi mejor amiga. Toma mi apellido, ten hijos míos y hazme el hombre más feliz del mundo. Te necesito, bella mía. —Laura miró sus brillantes ojos azules—. Di que sí —pidió él besándola.

—¿Lo exiges o lo pides?

—Lo suplico.

—Ah, bayetas y súplicas, eres mi hombre —él soltó una risotada

—. Te quiero, Richard Blackthorne —susurró contra sus labios. Segundos después se perdió en uno de esos besos húmedos y lentos que la hacían perder el sentido.

—¿Ha dicho que sí, papá? ¿Lo ha dicho?

Laura se apartó y vio a Kelly correr hacia ellos desde el coche. Richard la alzó en brazos y los dos miraron a Laura.

—¿Ahora vas a ser mi mamá?

—Sí, preciosa —le acarició la mejilla y miró a Richard—. Creo que sí.

—¿Ves, papi? —Kelly esbozó una sonrisa deslumbrante—. No tenías que ir al fin del mundo a buscarla.

Laura sonrió, y lloró de alegría cuando Richard la abrazó.

—No, princesa. Pero hubiera ido. Sin dudarlo.

Epílogo

Un año después

Laura estaba cerrando la galería de arte Blackthorne, cuando Richard la llamó. Sonrió al verlo bajar del coche e ir hacia ella.

—Hola, cariño. Pareces cansada —la besó con dulzura.

—Huy —le agarró el brazo—. Llegó la hora.

—¿Qué hora?

Ella le lanzó una mirada tipo «Eres un desastre de hombre» y se señaló el abultado vientre con ambas manos.

—¿Ahora mismo? —La miró asombrado.

—Considerando que llevo teniendo contracciones todo el día, yo diría que tenemos unos treinta minutos.

—Santo cielo, Laura. —Richard sintió pánico—. ¿Por qué no me has llamado?

—¿Para qué? ¿Para estar en casa mientras tú me mirabas? ¿Con mi madre y mi hermana encima de mí?

En eso tenía razón, pensó él. Tanta mujer a su alrededor era difícil de sobrellevar.

—¿Puedes andar?

—Claro. Y bailar, ¿ves? —Meneó las caderas y dio unos pasos.

—Dios, ¡no hagas eso! —La detuvo. Ella se rió de su pánico.

—Venga. Vamos a buscar a Kelly.

—No, no, primero al médico. Dewey puede recoger a Kelly del colegio.

—Pero se lo prometimos.

—Tendrá que entenderlo. Vamos —la tomó del brazo, pero ella

clavó los talones en el suelo—. No me digas que vas a discutir conmigo ahora —gimió—. No, por favor. ¿Ahora?

—Se lo prometimos.

—Cielo santo, Laura, vas a tener a mi hijo. A nuestro hijo. Tenemos que irnos.

—¿Algún problema, señor Blackthorne? —preguntó un tendero, riendo.

—Va a dar a luz y ¡no me deja llevarla al médico! —La señaló con el dedo, acusador—. Tus hermanas me matarán.

—Iré. Tampoco es tan urgente —un segundo después se dobló con una contracción—. Oh, vaya, quizás sí. Dios, tu hijo es tan burro como tú.

Richard decidió tomar la iniciativa; la levantó en brazos y la metió al coche. Desde el otro lado de la calle, Mark Lindsey se acercó en la moto.

—¿Hace falta escolta policial, Richard?

—Gracias, Mark —con manos temblorosas, Richard se sentó al volante.

—Oh, ¡no seáis ridículos! —dijo Laura, sin saber si avergonzarse o reír cuando Mark encendió la sirena y los escoltó las dos manzanas que había hasta el consultorio. Amigos y vecinos se asomaron a decirles adiós y desearlos suerte.

Menos de una hora después, Richard tenía a su hijo en brazos. Laura casi había dado a luz en la puerta del hospital, y ahora estaba sentada en la cama, con Kelly acurrucada a su lado. Le puso al niño en brazos y se subió a la cama con ellas. Kelly contó los deditos de su hermano.

—Te quiero —susurró Richard, besándola—. Gracias —deslizó un anillo en su mano derecha. Tenía un aro formado con las gemas de nacimiento del niño, y al lado otro de gemas azules.

—¿Qué significa el segundo aro? —le preguntó.

—Es el de Kelly.

Con los ojos llenos de lágrimas, lo besó, susurrándole su amor y su felicidad. Todos sus sueños se habían hecho realidad.

Richard abrazó a su familia. Su vida no tenía nada que ver con aquellas noches oscuras paseando por la casa a solas. Había sido un hombre amargado y desolado, encerrado en una torre; Laura había atravesado el muro, resucitando su alma y obligándolo a vivir en su

mundo, demostrándole su belleza. Viendo a su familia, comprendía la grandeza del amor, y daba gracias a Dios por el día en que ella entró en su jaula y lo despertó. Amándola era libre, la bestia rescatada por la bella, y premiada con su corazón.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.